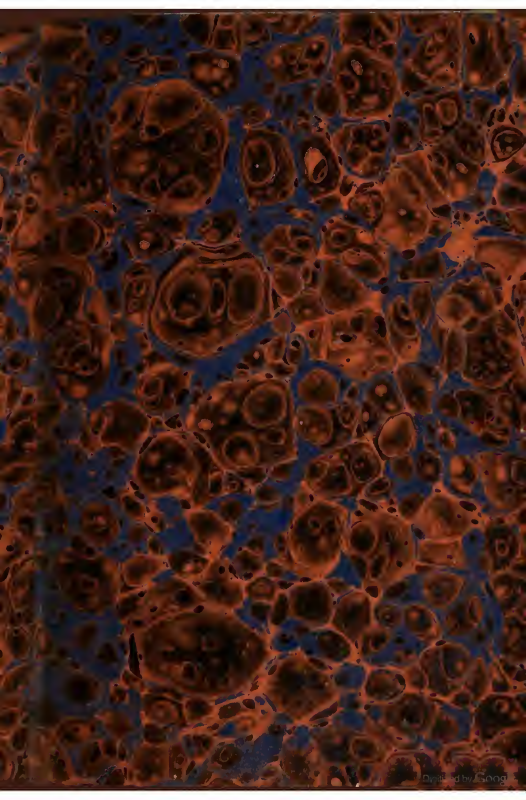



·HELENÆ·AVGV
STÆ·DVCISSÆ
EX·LIBRIS



EL NUEVO ROBINSON,

HISTORIA MORAL,

REDUCIDA Á DIÁLOGOS

Para instruccion y entretenimiento de niños y jóvenes de ambos sexos:

ESCRITA EN ALEMAN

POR EL SEÑOR CAMPE;

Traducido al ingles, al italiano, y al frances, y de este al castellano con varias correcciones.

POR D. TOMAS DE YRIARTE.

QUINTA EDICION.

TOMO II.

BARCELONA:

EN LA IMPRENTA DE VALERO SIERRA Y MARTÍ, PLAZA DE SAN JAIME AÑO 1821.



EL NUEVO ROBINSON,

HISTORIA MORAL.

TARDE DUODECIMA.

Carlitos. ¿ Y esta tarde, Señor, no empezará Vm. á contarnos otra historia?

El padre. En efecto todos vosotros habeis conocido en mi semblante que vengo dispuesto á referiros hoy algun cuento que os instruya y divierta; y ya que nos hemos congregado á la sombra de este árbol, entretanto que vamos tegiendo nuestros canastillos para adestrarnos en el oficio de cestero, voy á contaros unas aventuras.... ¿ Á qué no adivinais de quién....?—De *Robinson.* —¡qué parados os habeis quedado!

Carlitos. Pues ya se vé: si *Robinson* ya se murió ...

El padre. Vamos despacio, *Carlitos.* ¿Qué

sabemos si habrá vuelto en sí? — ¿No te acuerdas que ya en otra ocasion le tuvimos por muerto, y sin embargo aun estaba vivo?

Es verdad que le dejamos con una convulsion mortal, inclinada la cabeza, enteramente privado, y mas muerto que vivo; pero luego fue sacudiendo aquella especie de letargo; recobró poco á poco los sentidos, y se le despejaron las potencias.

Todos Bien, bien.—Sea en hora buena.— Nos alegramos mucho, mucho.

El padre. Un profundo suspiro fuè la primera señal que dió de respiracion. Abrió los párpados; y miró con desatentados ojos á todos lados para reconocer donde se hallaba. Por el pronto dudaba de su existencia; pero certificándose luego de que estaba vivo, no pudo dejar de contristarse, pues en aquella deplorable constitucion mas quisiera haber ya fallecido.

Sentíase muy débil, aunque sin dolor alguno que le atormentase, observando

que el causon que antes le consumia, se habia resuelto en un benigno y general sudor, y para guardarle se mantuvo quieto y bien arropado con las pieles, hasta que al cabo de media hora empezó á experimentar notable alivio.

No tardó en mortificarle una ardiente sed: y al querer apagarla, advirtió que, inficionada ya el agua, no estaba para bebida; pero acordándose de los limones, se animó á partir uno, y con chupar el zumo de él logró humedecerse y refrescarse, despues de lo cual, y sin dejar de transpirar, se entregó á un blando sueño que le duró hasta el amanecer.

¡Cuán agradables le parecieron aquellas horas de descanso y de mejoría comparadas con los dolores que el dia precedente le habian afligido! Lo fuerte del mal habia ya pasado, sin dejar mas reliquia que una suma languidez; y empezando á abrírsele el apetito, se desayunó con una patata asada, que sazonó con agrio de limon para hacerla

menos insípida. Entonces los pobres llamas, de quienes no se habia acordado en dos dias, le ofrecieron el mas tierno espectáculo: por que los vió echados á sus pies, y uno de ellos le miraba tan atentamente que nadie diria sino que le estaba preguntando por su salud. No es poca fortuna que aquellos animales puedan pasarse muchos dias sin beber; pues á no ser así, muy mal les hubiera ido durante la indisposicion de su amo; á que se agrega que, no hallándose él todavía con bastantes alientos para levantarse y darles agua, algunos dias mas habian de carecer de bebida.

Entretanto la llama madre se acercó á *Robinson*; y ya que este la hubo á la mano, se esforzó cuanto pudo para ordeñarla, por que no se la secase la leche. Bebióla el enfermo; y sin duda contribuyó mucho á su restablecimiento aquella leche recien-ordeñada, pues, como que necesitaba de algun mantenimiento substancioso, desde luego le

sentó muy bien, haciéndole despues conocido provecho.

Durmió sosegadamente hasta la caida de la tarde, y despertando entonces, como se sintiese con necesidad de tomar alimento, apeló á su único recurso, que eran las patatas con agrio de limon; y volvió á quedarse transpuesto.

Este sueño tan seguido y tranquilo, y la natural robustez de nuestro convaleciente contribuyeron con tanta eficacia al recobro de su perdido vigor, que á la mañana siguiente pudo ya ponerse en pie, y dar algunos pasos, aunque vacilantes.

No sin fatiga y lentitud salió de su gruta; y llegando al patio que le servia de desahogo, elevó los ojos al cielo, á tiempo que los benignos rayos que el sol despedia desde su oriente, penetrando por entre las frondosas ramas de los árboles vecinos, le daban en el rostro, y con su templado calor le vivificaban deliciosamente. Figurábasele que entonces renacia; y sin acertar

á contenerse, empezó á exclamar de esta manera: ¡Amable Señor, perenne manantial de la vida! Incesantes gracias te sean dadas por el bien que ahora me concedes de poder contemplar el luminoso astro del dia, y admirar en él las portentosas obras de tus manos. Aquí me tienes humildemente agradecido de que no me desamparaste cuando me desamparaba el mundo entero, de que me has restituido á la vida, sin duda para darme tiempo de procurar mi enmienda, y para que aprovechando en tan importante obra los mínimos instantes, me halle en cualquier hora dispuesto á pasar de este mísero destierro al eterno destino del hombre, donde has de dar á cada uno el pago de sus buenas ó malas operaciones.

De estos afectos de su alma respecto al Criador, pasó naturalmente á la contemplacion de las criaturas. Ya fijaba la vista en la inmensa bóveda del azulado cielo, ya en la frescura y verdor de las plantas todavía aljofaradas del

rocío, ó ya en su pobre rebaño de llamas, que apiñándose junto á él, no solo le daban muestras de leal agasajo, sino alegre parabien de su restablecimiento. Aquella interior conmocion, no menos tierna y deleitosa que la que siente en su ánimo quien al cabo de diversos viages y larga ausencia vuelve al seno de su amada familia, de tal modo le comprimió el corazon, que no pudo dilatársele hasta que prorrumpió en lágrimas de gozo.

El aire del campo, el uso de leche aguada, y la tranquilidad de espíritu ayudaron á su perfecta curacion; y en pocos dias consiguió reparar las fuerzas, y hallarse en estado de volver á las faenas acostumbradas.

Su primer cuidado fue pasar á reconocer las vasijas de barro para observar el éxito de su nuevo experimento; y no bien destapó el horno, cuando se halló con la estraña y plausible novedad de que todas estaban casi tan bien bañadas como si un alfarero hu-

biese dirigido la maniobra. Fuera de sí con el alborozo que este completo acierto le infundia, ni siquiera reflexionó de cuán poco le habia de servir ya su descubrimiento, faltándole lo principal, que era la lumbre. Pero así que lo advirtió, se quedó inmóvil y cabizbajo: tan presto miraba de hito en hito las vasijas, tan presto las frias cenizas del hogar; y arrojó al fin un profundo suspiro.

Reprimiendo, sin embargo, por entonces su pesar, y conteniéndole en los justos límites, se dijo á sí propio: La misma providencia benéfica que antes te deparó lumbre, tiene á su disposicion bastantes arbitrios para volver á suministrártela; y si lo juzga conveniente, no te dejará sin ella.

Dos cosas le consolaban ademas de esto: la una, saber que ya seria escusado tomar precauciones para evitar el frio; y la otra, esperar que aunque desde niñez estaba acostumbrado á alimentarse de carne, no le costaria gran

dificultad vivir privado de ella y mantenerse de frutas, y de leche de llamas.

Carlitos. Pero bien podia comer carne ahumada sin necesidad de asarla ni cocerla.

El padre. Y ¿con qué debia de ahumar esa carne?

Carlitos. Tiene Vm. razon: no habia caido en ello.

El padre. Con todo, no le pesó de haber fabricado los pucheros de barro, pues á lo menos le servirian de jarros para la leche; y aun dió á una de aquellas vasijas el destino que voy á deciros. Conociendo que serian mas sabrosas las patatas si las aderezase con manteca, y necesitando para hacerla un cubeto, que él no podia fabricar, quiso suplir esta falta con una olla grande, en la cual recogió toda la nata que le pareció suficiente. Hizo despues una rodaja de madera con un agujero en el centro, y en él un palo; y con este instrumento empezó á batir la nata sin cesar de arriba abajo y de abajo arriba, hasta que la verdadera manteca

quedó separada de lo demas de la leche. Lavó inmediatamente aquella en agua clara; y la amasó, echándola un poco de sal.

Ya le tenemos muy ufano del logro de su nuevo intento; pero al querer gozar el fruto de su aplicacion é industria, reflexiona que le es forzoso renunciar el gusto de comer las patatas por no tener lumbre para asarlas: consideracion que, en la viveza y acaloramiento de la ejecucion de su empresa, ni por asomo le habia ocurrido. Ahora tiene manteca; pero le falta lo que habia de mezclar con ella. La mira; la apetece; se desalienta; se contrista · y burladas sus esperanzas, se halla reducido al anterior estado, y expuesto á las mismas necesidades. Es cierto que podia sustentarse de ostras, de leche, de cocos, y de carne cruda ó machacada; mas ¿por ventura tenia la menor seguridad de que alguna contingencia no le privaria de estos auxilios? Lo mas sensible era que no discurria medios pa-

ra mejorar de fortuna en adelante, ni para asegurar la que tal cual lograba entonces.

¿Qué obra útil ha de emprender ahora? — Ha ejecutado hasta aquí todo aquello de que sus manos eran capaces, careciendo de las mas precisas herramientas; y ya se le figura que nada le resta que hacer sino pasar la vida sepultado en el ocio y en el sueño: infeliz destino, que aun solo imaginado, le repugna y le parece insoportable: tal era el hábito que habia adquirido de trabajar y aprovechar el tiempo. Muy á menudo solia despues repetir que la principal cosa á que habia debido la correccion de muchas malas inclinaciones habia sido la dura necesidad de acudir con su incesante afan á todos sus menesteres mientras vivió solitario. *La ocupasion contínua*, añadia, *es madre de muchas virtudes, como la pereza habitual lo es de todos los vicios.*

Juan. Decia muy bien; porque cuando uno está ocioso, no le ocurren mas que picardigüelas.

El padre. Y por esa razon se aconseja á los niños que desde muy temprano se acostumbren al trabajo, en la suposicion de que todos somos de grandes los que hemos sido de niños: flojos ó aplicados; eficaces ó lentos, virtuosos ó malos. Seguid, hijos mios, esta regla; y jamas tendreis que arrepentiros.

Nuestro desventurado *Robinson*, que andaba de una parte á otra buscando en que emplear el tiempo para evitar la holgazanería, descubrió por fin una ocupacion muy importante. — ¿Acertareis cuál era?

Juan. Yo, en su lugar, ya sé á lo que me hubiera aplicado.

El padre. Pues comunícanos tu pensamiento.

Juan. Hubiera intentado curtir las pieles de los llamas, para que lo áspero de ellas no me maltratase, y raspar la lana, porque incomodaria muchísimo en una tierra donde hace tanto calor.

El padre. Pero ¿qué amaños habia allí

para esa maniobra? Bien se conoce que nunca has entrado en una *tenería*, ni visto trabajar á los curtidores, ni sabes como encalan las pieles: como las pelan con un instrumento que llaman *garatusa*, como las descarnan y labran en la tabla con un cuchillo, y como curten unas en la tina con agua caliente y zumaque, y sientan otras en el noque, que es á modo de un estanque, en donde las benefician con casca ó corteza de encina hecha polvos, y las dejan reposar mas de diez ú once meses. Tampoco sabes tú como adoban los zurradores las pieles ya curtidas, suavizándolas con aceite, dándoles lustre, y tiñéndolas del color que quieren. En la misma ignorancia que tú se hallaba *Robinson*; y no teniendo ingredientes ni instrumentos algunos de los indispensables para los oficios de curtir y zurrar, debia desde luego desistir de la pretension de vestirse de pieles bien adobadas.

Nicolas. Pues ¿cuál fue la otra ocupacion que escogió?

El padre. Meditaba noche y dia sobre si le seria posible construir alguna especie de barquita ó canóa.

Juan. ¿Y para qué?

El padre. Para una empresa tan ardua, y de tanta importancia como la de procurar volver á vivir entre sus semejantes, y libertarse de aquella solitaria prision que, desde que le faltaba la lumbre, se le iba haciendo cada dia mas triste, mas intolerable.

Sacaba por conjeturas que no distaria mucho de su isla el continente ó tierra-firme de América; y como llegase á tener una barca, por pequeña que fuese, ya estaba resuelto á arrostrar cualquier peligro, y pasar allá, si posible fuese. Muy lleno de semejante imaginacion, salió un dia en busca de algun árbol cuyo tronco pudiese ahuecar para hacer la deseada canóa; y recorriendo á este fin ciertos parages de la isla por donde hasta entonces no habia andado, observó al paso varias plantas que le eran desconocidas, y que

determinó esperimentar, para ver si podria servirle de sustento. Halló, entre otras, unas cuantas cañas de maiz.:....

Nicolas. ¿Cómo aquellas que tenemos en la huerta?

El padre. De la misma especie.—Admiró lo abultado de las mazorcas, en algunas de las cuales contó mas de doscientos granos muy crecidos, apiñados unos con otros, y en carreras que parecian sartas de corales. Pensó desde luego que de aquel grano podria sacarse algun alimento, y aun pan. Pero ¿cómo le habia de moler? ¿Cómo habia de separar de la harina el salvado? Y sin lumbre ¿cómo era posible cocer el pan? Á pesar de todas estas consideraciones, recogió algunas mazorcas, con intencion de sembrar los granos.—¿Qué sé yo (decia) si con el tiempo llegaré á sacar de esto algun provecho?

Pero mas adelante descubrió un árbol frutal, que tampoco conocia, del cual pendian unas frutas ó mazorcas

bastante grandes; y abriendo una de ellas, halló dentro como unas cuarenta almendras muy extraordinarias. Aunque no le parecieron agradables al paladar, guardó en el morral una porcion de las que creyó estaban mas maduras.

Juan ¿Y qué almendras serian esas?

El padre. Granos de cacáo, de que se hace el chocolate.

Nicolas ¡Bueno! con eso podrá ya tomar chocolate.

El padre. ¿Tan pronto? — Vamos despacio. En primer lugar ignora *Robinson* si aquello es cacáo. Luego seria menester tostarle, machacarle, y molerle con azúcar, que él no tiene: y no hablemos de canela, vainilla, ni otros ingredientes que suelen añadirse para dar gusto mas aromático al chocolate; por que el carecer de estas superfluidades era nada en comparacion de la falta de lumbre.

Llegó finalmente *Robinson* á ver otro árbol muy corpulento, y para él no me-

nos estraño que el del cacáo. El fruto abultaba como el coco, pero no tenia aquel duro casco interior, ni aquella cubierta estoposa que le sirve de corteza; y todo él se podia comer, siendo de un sabor esquisito. Era el árbol de distinta figura que el que produce los cocos; pues no constaba, como este, de un tronco seguido y arriba una frondosa copa á manera de palma, sino que, á semejanza de nuestros frutales, se dividia en varias ramas pobladas de hoja. Mucho tiempo despues llegó á saber que aquel era *el árbol del pan*, llamado así por que su fruto, ya sea conforme se coge de la rama, ó ya molido y reducido á masa, que es lo mas comun, sirve de pan á los salvages.

Advirtió que el tronco de este árbol, á causa de su mucha vejez, estaba ya algo hueco por un lado; en vista de lo cual le pareció muy á propósito para hacer de él la barquilla proyectada, si lograba derribarle y ahondar lo bastante aquella concavidad. — Pero ¡ cortar

un árbol tan útil, en la duda de si acertaria, ó no, á fabricar la canóa!... Consideracion fue esta que le acobardó mucho, haciéndole titubear; y despues de haber pesado largo rato las razones que se le ofrecian en pro y en contra, tomó bien las señas del sitio en que estaba el árbol, y se retiró sin determinar cosa positiva sobre el caso verdaderamente digno de mas maduro examen.

Prosiguiendo su camino, encontró lo que habia estado anhelando mucho tiempo, un nido de papagayos: feliz hallazgo, que le causó gran complacencia. Acércase muy quedito; y alarga el brazo para introducir la mano en el nido. Los papagayitos mas medrados, y que habian pelechado ya, se le escapan volando; solo uno, menos listo que sus compañeros, se deja asir de *Robinson*, el cual, mas ufano con esta presa que si hubiese descubierto un tesoro, se restituye sin dilacion á su morada.

Luisita. ¿Y qué habia de sacar de tener ese papagayo?

El padre. Queria enseñarle á pronunciar algunas palabras para tener el gusto de oir una voz semejante á la del hombre. Nosotros como vivimos entre las gentes, y á todas horas logramos la fortuna de ver y oir racionales, y de conversar con ellos, graduamos de fútil y pueril aquella inocente satisfaccion que *Robinson* esperaba gozar con oir el guirigay de un loro; pero si nos ponemos en su lugar, conoceremos que lo que en nuestra situacion presente nos parece un ligero asomo de diversion, debia ser un verdadero deleite para aquel triste solitario.

No bien llegó á su estancia, cuando se ingenió como pudo para hacer una jaula en que aposentar á su nuevo huésped; la colocó al lado de su lecho; y se acostó tan contento como si acabase de adquirir un amigo.

TARDE DECIMATERCIA.

El Padre. Para convocaros hoy, hijos mios, no he querido aguardar á que llegue la hora acostumbrada; porque, antes de continuar la relacion de mi historia, tengo que consultar con vosotros un punto de suma importancia, y oir vuestro dictamen.

Basilio. Aquí estamos ya todos juntos á la disposicion de Vm.

Ramon. ¿Y sobre qué hemos de dar nuestro voto?

El padre. Sobre una cuestion en que ha estado *Robinson* cavilando toda la noche, y que no le ha dejado dormir ni un instante.

Carlitos. ¿Qué será?

El padre. La duda se reduce á si ha de derribar, ó no, el *árbol del pan* que vió ayer tarde, supuesto que no sabe si acertará, ó no acertará, á hacer de aquel tronco una canóa.


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Hélène Savoia Aosta
Napoli

TARDE XIII.





Juan. Yo me hubiera guardado muy bien de tocar el árbol.

Basilio. Pues yo le hubiera echado al suelo.

El padre. Ya tenemos dos pareceres encontrados: uno de que se corte, y otro de que se conserve. Oigamos que opinais los demas.

Ramon. Yo estoy por lo que ha dicho Juanito.

Carlitos. Y yo tambien, papá: no hay que llegar al árbol.

Henrique. Cortarle, cortarle; por que el pobre *Robinson* necesita de una canóa.

Nicolas. Por fuerza: eso mismo digo yo.

El padre. Tantos votos hay por una parte como por otra; con que así, los que votan por que se corte el árbol, pasen á mi derecha; y los que son del sentir contrario á mi izquierda.—Muy bien: ya estan los dos partidos frente á frente. Atendamos ahora á las razones que cada uno de ellos alega para fundar su dictámen. Hablará primero Juanito; y

nos espondrá por que opina á favor de la conservacion del árbol.

Juan. Porque da una fruta muy preciosa, y de lo que hay poco en aquella isla.

Basilio. Es un árbol viejo y carcomido; y no puede ya durar mucho la utilidad de coger esa fruta.

Juan. ¿Y de qué lo sabes tú? Aunque esté empezado á agujerear por un ladito, ¡cuántos árboles vemos que tienen un hueco muy grande en el tronco, y no por eso dejan de dar fruto por muchos años?

Nicolas. Que injerte *Robinson* algunas puas de aquel árbol, como lo hizo con los cocos; y así cuando le derribe, le quedarán otros árboles de pan.

Ramon. Sí! ¿No hay mas que injertar? Y ¿tan pronto producen los árboles? Puede ser que pasen cuatro ó cinco años antes de dar fruta.

Henrique. Pero ¿no valdrá mas que tenga *Robinson* una barca para volver á vivir entre hombres, que no quedarse para siempre solo en la isla, comien-

do pan hecho del fruto de este árbol?

Juan. Si la barca pudiera hacerse al instante, sí señor; pero con una sola hacha de piedra que tiene ¿cómo ha de cortar un tronco tan grueso? ¿Y cómo le ahondará?

Basilio. Si él tiene paciencia, y trabaja sin desmayar, se ha de salir con ello: yo lo fio.

Ramon. Pero no teniendo vela para el barco ¿qué viaje ha de hacer?

Nicolas. Que lleve remos.

Carlitos. Mucho adelantará con eso. Y ¿si un remo se le rompe, ó se cansa de remar? — ¿No te acuerdas de lo que sucedió cuando estuvimos embarcados en aquella chalupa cerca de *Travemunda* en el mar Báltico y como se quebró el remo de uno de los marineros? Papá nos dijo entonces que, si se hubiera tronchado por mas arriba, de modo que no pudiese servir, con solo el otro remo que quedaba no hubieran podido los marineros llevarnos á tierra.

Basilio. Ya; pero aquello era una chalupa

grande en que íbamos diez y ocho personas. Con dos remos que tenga *Robinson*, se podrá manejar, y salir de su destierro.

El padre. Ya veis, hijos mios, que la cuestion no es tan fácil de resolver. Ninguna de las razones que habeis alegado se le pasó por alto á *Robinson*; y se llevó toda la noche reflexionando cada una de ellas (porque examinar si conviene hacer una cosa, ó dejarla de hacer, es lo que se llama *reflexionar.*) Desde que esperimentó las funestas consecuencias de su atropellada determinacion de salir á correr por el mundo, dejando la casa de sus padres, se habia propuesto como ley inviolable no emprender la menor cosa antes de reflexionar maduramente sobre ella; y observando esta ley en la ocasion presente, despues de considerar la cuestion en todas sus partes, halló que substancialmente se reducia á averiguar *si es prudencia perder un provecho menor, pero seguro, por un interes mayor, pero*

dudoso. Ocurrióle á este propósito la fábula del perro que llevaba el pedazo de carne por el rio...

Carlitos. Esa la sé yo de memoria. Verá Vm. como la digo:

"Quien lo ageno codicia,
Hasta lo suyo pierde; y con justicia.
Cierto can que pasaba un rio á nado;
Con un trozo de carne entre los dientes,
Viéndose en los cristales transparentes
Al vivo retratado,
Creyó que era otro can con otra presa.
Robársela intentó, y erró la empresa;
Por que soltó engañado
La segura comida,
Y no pudo lograr la apetecida."

El padre Muy bien. En prosa, ó en verso *Robinson* sabia esa fabula como tú; pero considèró por otra parte que los labradores siembran el grano de que pudieran aprovecharse, y se desposeen de aquel bien presente por la esperanza de recobrarle con muchas creces en una abundante cosecha.

Si, decia: la codicia del perro era

imprudente; porque ansiaba una sombra que de ninguna manera podia alcanzar. No así la esperanza del agricultor, el cual procede muy racional y acertadamente, porque lleva la mira de conseguir un beneficio efectivo, aunque algunos accidentes puedan frustrársele.

¿El caso en que yo me hallo no es este último? Trabajando diariamente con teson ¿no puedo prometerme que llegaré á fabricar de este árbol una canóa? Y cuándo haya salido de mi primer empeño con felicidad, es opuesto á razon que espere yo salir de aqueste desierto, y pasar en mi barquilla á alguna comarca habitada de hombres?

Estos discursos, como propios para lisonjear su deseo dominante, le hicieron tan viva impresion, que al momento se levanta, toma su hacha, corre hácia el árbol, y empieza la corta.

Si alguna tarea larga y penosa emprendió *Robinson*, fue la que principió entonces. Otro se hubiera desanimado;

se le hubiera caido el hacha de la mano al primer golpe, y hubiera tenido aquella empresa, si no por imposible, á lo menos por estravagante; pero nuestro héroe, aunque su obra le costara otro tanto mas de fatiga y de tiempo, ni por pienso desistiria de ella; pues, como ya sabemos, se habia impuesto el inalterable precepto de no desmayar, por mas dificultades que ocurriesen en la ejecucion de un designio sólidamente premeditado.

Se habia llevado la mañana entera trabajando sin interrupcion; y todavía era tan pequeña y tan somera la cortadura hecha en el tronco á fuerza de repetidos hachazos, que con una mano podia cubrirla y llenar su hueco: de lo cual inferireis desde ahora cuan largo tiempo habrá de necesitar para derribar un árbol tan grueso, y darle figura de lancha.

Persuadido, pues, á que esta seria obra de muchos años, tuvo por necesario establecer algun método en sus ocu-

paciones, repartiendo las horas, y señalando tarea determinada para cada parte del dia; pues le habia enseñado la esperiencia que nada facilita tanto el desempeño de las obligaciones diarias de una vida laboriosa como la arreglada distribucion del tiempo. Voy á esplicaros con que órden le repartia *Robinson.*

Levantábase al romper el alba, y se iba luego a la cercana fuente, en donde se levaba rostro, manos, pecho y pies; y á falta de toalla, esperaba á que se los enjugara el aire, ayudándose para ello él mismo con dar una veloz carrera al tiempo de volver á su habitacion. Allí se vestia; y subia despues á la cima del cerro á cuya falda tenia la cueva. No oponiéndose entonces á su vista el menor obstáculo, recorria de una ojeada las diversas maravillas de la naturaleza comprendidas en aquel dilatado horizonte; y cuando sentia elevado su espíritu con tan grandioso espectáculo, se colocaba en aquella postura que le parecia mas húmilde, adorando é invocan-

do sincera y cordialmente al autor de todo lo criado, sin descuidarse en implorar el celestial patrocinio á favor de sus padres, á quienes habia abandonado, pero nunca olvidado. Bajaba luego á ordeñar sus llamas, cuyo rebaño habia ido aumentando poco á poco hasta un corto número de cabezas; desayunábase con parte de la leche recien ordeñada; y guardaba la restante en la que él llamaba su despensa. Estas eran las ocupaciones en que empleaba la primera hora del dia.

Prevenido entonces de armas para su defensa, y de herramientas para el trabajo, se encaminaba, si era hora del reflujo, á la ribera del mar, en donde recogia ostras para medio dia; y si no, se iba en derechura hácia el árbol que habia empezado á cortar para hacer la canóa Seguíale ordinariamente su hato de llamas, que pacia en los contornos mientras él trabajaba.

A cosa de las diez subia de punto el calor; de suerte que le precisaba á sus-

pender su tarea. Volvia *Robinson* á la playa así para buscar ostras, si mas temprano no las habia hallado, como para bañarse (cosa que por lo comun ejecutaba dos veces al dia;) y antes de las doce ya estaba de vuelta en su mansion con el rebaño.

Ordeñaba segunda vez los llamas; hacia una especie de requeson, y disponia prontamente una comida tan parca, que se reducia á requeson mojado en leche, algunas ostras, y medio coco. Su fortuna era que en aquel caluroso clima no tenia la mitad del apetito que generalmente se esperimenta en los paises frios; pero estando acostumbrado desde niño á sustentarse de carne, no podia menos de apetecerla, y para satisfacer este deseo recurria al ya conocido arbitrio de mortificarla maceándola.

Durante la comida se divertia en hablar con su papagayo, y repetirle una y otra vez ciertas palabras, esperando llegaria el dia en que rompiese á pronunciar algunas de ellas.

Henrique. ¿Y con qué le mantenia?

El padre. Los papagayos, cuando estan sueltos se alimentan principalmente de cocos, bellotas. pepitas de calabaza y otros vejetales semejantes: pero los que estan domesticados se habituan á comer casi lo mismo que los hombres; y así podia muy bien *Robinson* mantener el suyo con leche y cocos.

Por la siesta descansaba una hora, ya á la sombra, ya donde corria mas puro el aire, ó ya en su gruta cercado de los llamas, y con su papagayo al lado. Ratos habia en que, sentado, y encarándose con estos animalitos, los dirigia la palabra, cual suele una niña hablar con sus muñecas muy creida de que ellas la oyen y atienden. Sentíase con tan vivas ansias de comunicar sus ideas y sus afectos á algun racional, que á veces se olvidaba de que eran incapaces de entenderle los brutos que le rodeaban: y cuando oia que su papagayo, á quien habia puesto por nombre *Pol*, acertaba á repetir con clari-

dad una sola palabra, se enagenaba de gozo, como si hubiese percibido alguna voz humana; y olvidándose de isla, llamas y papagayo, en tal grado se dejaba alucinar de la imaginacion, que se figuraba estar viviendo ya entre hombres. Mas al volver en sí, desvanecida la halagüeña ilusion, y al verse todavía solitario en aquel mísero destierro, desahogaba su pena, exclamando con un profundo suspiro: ¡*Pobre Robinson*!—

Á eso de las dos de la tarde....

Nicolas. Pero ¿por qué relox sabia siempre la hora que era?

El padre. Se ingeniaba como la gente del campo, observando la elevacion del sol, y conjeturando que seria poco mas ó menos tal ó tal hora. — A las dos de la tarde, como iba diciendo, volvia al árbol para proseguir la principal de todas sus faenas, y en ella empleaba cada vez dos horas consecutivas, al cabo de las cuales se encaminaba de nuevo á la marina á buscar ostras, ó á bañarse, si el calor era excesivo.

Dedicaba las restantes horas del dia al cultivo de su huerta; ahora sembrando maiz y patatas, con la esperanza de que, si volvia á tener lumbre, serian el mas socorrido alimento; ahora injertando puas del árbol del pan; ya regaba los tiernos injertos; ya plantaba una cerca ó seto de plantas vivas para cerrar la huerta; ó ya podaba los árboles que á manera de empalizada defendian el recinto que delante de su gruta servia de patio, doblando y sujetando al mismo tiempo las ramas, para que, en llegando á crecer, formasen un cenador en forma de covacha.

Con harto sentimiento de *Robinson*, el dia mas largo en aquella isla no pasaba de trece horas, y en medio del estío anochecia á las siete. Aprovechaba en sus labores la parte principal del dia; y una hora antes de obscurecer, cuando no ocurria obra de mayor importancia, se adestraba en hacer el ejercicio.

Ramon. ¿Qué ejercicio?

El padre. El de disparar flechas con el arco, y arrojar dardos con la mano, para hallarse ágil y en estado de defensa cuando por desgracia se encontrase con algun salvage, ó alguna fiera, enemigos que siempre le tenian bastante rezeloso. Fue adquiriendo por grados tal manejo en ambos ejercicios, que aun á larga distancia apenas erraba tiro que dirigiese á un blanco del tamaño de una moneda regular.

A boca de noche, unas veces alumbrándole la luna, y otras al escaso resplandor de las estrellas, cenaba moderadamente sus acostumbrados manjares; y antes de retirarse á descansar de los afanes del dia, recogia el espíritu para reflexionar sobre sus acciones, preguntándose á sí propio: ¿En qué has pasado este dia? Ya que has recibido hoy nuevos beneficios ¿has levantado la consideracion á la divina fuente de que dimanan? ¿Se ha llenado tu corazon de tierno amor y gratitud al bienechor supremo? ¿Le has dado

en tus aflicciones pruebas de confianza? ¿Te has olvidado de él en tus felicidades? ¿Has desechado todo mal pensamiento que te haya ocurrido? ¿Has procurado reprimir los desordenados deseos que se han excitado en tu pecho? En una palabra ¿te has enmendado realmente?

Siempre que sobre estas preguntas y otras semejantes podia su conciencia darle favorable testimonio, quedando tranquila, entonaba un himno en alabanza del autor de la gracia, que le habia ayudado á adelantar algo en la senda de la virtud; y al contrario, cuando hallaba motivos para no estar satisfecho de su conducta ¡cuán amargamente se lamentaba de haber desperdiciado el dia! pues como perdido consideraba aquel en que habia pensado, ú hecho cosa que no pudiese menos de reprobar en el examen de la noche. Al lado de la raya con que anotaba el dia en uno de los árboles que le servian de calendario, ponia una cruz por señal

retirando, como veo que lo haceis, á distinta calle de árboles, para poner en práctica á solas el provechoso consejo que acabo de daros.

TARDE DÉCIMACUARTA.

El padre. Ayer os espliqué muy por menor el método de vida que *Robinson* se propuso Ya habian corrido tres años cabales sin que en él hubiese innovado cosa alguna. Pero en tanto tiempo, y con tal constancia en el trabajo ¿cuánto os parece habia adelantado la obra de su canóa? Escasamente llevaba cortada la mitad del tronco del árbol y con dificultad creia poder derribarle en menos de otros tres años de igual perseverancia.

Sin embargo, no se adelantó por eso, ni era posible dejase de la mano la tarea: pues ni queria ni podia estar ocioso.—Ocurrióle un dia la reflexion de que en tanto tiempo que habitaba aquella isla solo habia visto una parte muy reducida de ella; y se echó en cara como una flaqueza suya el temor que hasta allí le habia impedido recorrerla toda de punta á punta. ¿Quién sabe, se decia á sí propio, si acaso habria yo

descubierto cosas que ahora me servirian de mucho?

Esta consideracion bastó para determinarle á no dilatar su jornada mas que hasta el dia siguiente: y al momento empezó á disponer todo lo necesario para la caminata, dejándolo pronto antes de acostarse. Al amanecer cargó de víveres para cuatro dias uno de los llamas; y tomando sus armas, y encomendándose á la proteccion divina, se puso en camino con la mayor confianza. Su designio fue enderezar su viage lo mas arrimado que pudiese á la orilla del mar, y apartarse de los bosques para no esponerse á encontrar fieras.

Nada notable le sucedió el primer dia. Anduvo unas seis leguas y cuanto mas caminaba, mas iba advirtiendo que el sitio de su mansion era el menos fértil de la isla. En muchos parages vió árboles que juzgaba le darian frutos de sano y grato alimento; pero no fue entonces, sino mucho mas adelante, cuando llegó á comprender

el uso de ellos y sus nombres.

Uno de aquellos árboles era el que llaman *morera del papel*, cuya corteza parecida á la del *abedul*, suministra la materia de que los japones fabrican papel excelente, y los moradores de la isla de Otahiti una hermosa tela para vestidos de verano.—Ya os enseñaré despues una muestra que me han enviado de Inglaterra.—Pasó *Robinson* la primera noche sobre un árbol para resguardarse de las fieras. y al romper el alba prosiguió su peregrinacion.

Cuando hubo caminado un rato, se halló en la punta meridional, arenosa en parages; pero al tomar hácia una lengua de tierra, que salia un poco al mar, retrocede de improviso, pálido el rostro, los miembros trémulos; mira al rededor; y al fin se queda pasmado, inmóvil, y como herido de un rayo.

Juan. ¿Y qué era?

El padre. Sus ojos ven lo que no hubiera imaginado. Ve huellas de hombres estampadas en la arena.

Nicolas. ¡Cómo! ¿Y eso le horroriza? Parece que debia alegrarse de ello.

El padre. Ahora sabrás la causa de su temor. Apenas divisó las huellas humanas, lejos de figurarse que fuesen de hombre alguno de la clase de los civilizados, benignos, compasivos y propensos á socorrer, en cuantó de ellos depende, á sus semejantes, imaginó, poseido de temor, que eran señales ciertas de habitar allí hombres bárbaros, crueles, prontos á acometerle, á degollarle, á tragársele: en una palabra, no se le ofreció fuesen europeos cultos, sino salvages *canibales* ó *caribes*, habitantes de aquellas islas, los cuales, como ya os he dicho, tenian la abominable costumbre, que justamente os ha horrorizado, de alimentarse de carne humana. Llámanse generalmente *antropófagos* los que tal atrocidad cometen

Ramon. Razon tenia para estremecerse tanto.

El padre. Pero mas cuerdo y mas prudente hubiera sido si le hubiesen habi-

tuado desde tierna edad á no perturbarse ni dejarse sobrecoger del pavor á vista de los peligros, por grandes que fuesen; y así hubiera conservado en aquel momento mas serenidad y firmeza de ánimo. Todos podemos conseguir esto, si ponemos desde la niñez incesante cuidado en adquirir robustez y vigor, así de cuerpo como de espíritu.

Juan Pero no acabo de entender como se logrará eso.

El padre. Fortificando el cuerpo con un método de vida sobria, arreglada, laboriosa, conforme á la intencion de la naturaleza, y conservando el alma sin mancha, mediante una piedad sólida é ilustrada. Precavidos en esta forma, podremos sobrellevar las molestias del mundo, hacer frente á los reveses de la fortuna, y ver los peligros sin que nos agiten ni atribulen. Y ¿de qué modo adquirireis para esto, hijos mios, la necesaria fortaleza de cuerpo y de ánimo? — Si comeis con templanza, usando de alimentos sanos, sencillos, na-

turales, y sazonados con poca delicadeza; si os absteneis de golosinas que suelen ser venenos disfrazados, tan perjudiciales á la salud como agradables al paladar; si evitais la ociosidad no menos perniciosa para el cuerpo que para el alma; si acostumbrais vuestro entendimiento al estudio y á la reflexion, y vuestros miembros á un trabajo que sin que os debilite, os tenga en habitual movimiento; si con todo cuidado y voluntariamente os absteneis de ciertos gustos que deseais con ansia, y cuyo logro está en vuestra mano; si en otras ocasiones os dedicais á egecutar cosas que os repugnan, y de que os sea fácil eximiros; si tomais por sistema no valeros de otros para hacer aquello que podais ejecutar por vosotros mismos, sirviéndoos de vuestro propio juicio para buscar en él, sin necesidad de recurrir á nadie, consejos y espedientes que os saquen de cualquier aprieto; y últimamente si os esmerais en adquirir y conservar el precioso te-

soro de una conciencia pura, que os afiance la proteccion y benignidad del Omnipotente.

Las adversidades podrán tal vez cogeros desprevenidos; pero nunca debilitar vuestra entereza, ni alterar la serenidad de vuestro ánimo, cuando vivais persuadidos de que bajo la tutela de la providencia divina, tan sabia, tan justa y poderosa, nada puede sobreveniros que deje de redundar en vuestro mayor beneficio.

Ya habreis notado que los progresos de *Robinson* en la virtud no eran todavía los suficientes para haberle exaltado á aquel grado de firmeza que tanto habria contribuido á su tranquilidad y á su dicha. Acaso tendria en esto mucha parte la vida sosegada y libre de peligros que pasaba algunos años habia. El hombre, jamas olvideis esta verdad, cuando permanece en un estado constantemente pacífico, cuando descansa en una completa seguridad, no adquiere aquel vigor, aquel denuedo que

caben en su corazon; y si entonces le acontece hallarse de improviso en algun lance estrecho, se muestra débil, tímido, consternado, llegando á veces la demasiada quietud aun á hacerle vicioso. De aquí es que debemos contemplar como singular favor del cielo los trabajos y penalidades que de tiempo en tiempo suele enviarnos, por mas grandes que nos parezcan, y recibirlos como oportunos medios de conocer, ejercitar y fortalecer nuestro brio y constancia. — Pero ¡cómo se asustó y amilanó el pusilánime *Robinson* con solo ver inesperadamente una huella humana! Mira á todas partes con ojos espantados; y al menor ruido de cada hoja que se mueve, siente una terrible alteracion. De turbado no acierta á tomar resolucion alguna; pero al fin, dándole fuerza el mismo temor, huye á todo correr, como si alguien le siguiese para matarle. Era mucho el pavor que se habia apoderado de él para que siquiera una vez volviese la cabeza

á mirar atrás. Mas, parándose de repente, se le convierte el miedo en horror. ¡Qué espectáculo! Ay, hijos mios, preparaos á ver el mas espantoso de cuantos podeis imaginar; las tremendas consecuencias del depravado estado del hombre abandonado á sí propio y destituido enteramente de educacion. Descubre un hoyo redondo, y en medio de él la cenizas de una hoguera recien-apagada. Al rededor de este hoyo....— Me estremezco al contaros semejante caso — advierte sembradas aquí y allí manos, calaveras, pies y varia osamenta descarnada de cuerpos humanos, que le representaban el mas horrendo objeto, como reliquias de un banquete repugnante á la misma naturaleza.

Basilio. ¡Qué maldad de hombres!

El padre. ¿Y habrá quién los llame hombres? Solo tienen de ellos la figura: críanse sin la menor educacion racional, feroces, como animales carniceros; y ni el hastío, ni la compasion los re-

traen en la perversa costumbre de degollar á sus semejantes para saciar y regalar su gula. En tiempo de *Robinson* segun creo habéroslo dicho alguna vez, eran antropófagos muchos habitantes de las Antillas y de otras islas al poniente, llamados *Caribes*. Estaban hechos á matar y soasar á los prisioneros de guerra, juntándose á comerlos en horribles convites que celebraban con bárbaros regocijos de bailes y de músicas, ó mejor diré ahullidos de la ferocidad repleta.

Carlitos. ¡Qué hombres tan canallas!

El padre. Detestemos, querido Carlitos, la atrocidad de sus costumbres, y no sus personas; pues carecen de toda instruccion. Si hubieses tenido la desgracia de nacer entre aquellos salvages, no es dudable que, á su egemplo, sin asomo de vergüenza, desnudo, estúpido y arisco, correrias ahora como ellos por los bosques, te pintarrajarias todo el cuerpo y la cara con variedad de colores, y especialmente de encar-

nado; traerias agujereadas las orejas y la ternilla de la nariz, adornándotelas con plumas de pájaros, conchas de mar, y otras bujerías ridículas; asistirias á los abominables banquetes de tus depravados padres con tanto gusto como ahora disfrutas nuestras mas regaladas comidas. Alegraos todos, hijos mios, y alabad á Dios de venir de padres nacidos y criados en un pueblo culto, donde aprendieron desde la infancia á ser húmanos, justos, atentos y benéficos, y á no omitir medio alguno para ser tambien de sociable trato, compasivos, dispuestos á todo lo bueno. Lastimaos de la infeliz suerte de aquellos mortales entregados á sí propios, que pasan todavía una vida silvestre, como fieras esparcidas por los montes.

Nicolas. ¿Y se encuentran hombres de esa especie en algun otro parage?

El padre. Sí: muy lejos de aquí en una isla llamada la *nueva Zelanda*. Algo de eso os leí el invierno pasado en

una relacion de viages. Los salvages que habitan en aquella isla son antropófagos, pero es regular que sus conquistadores lleguen á domesticarlos y á desarraigar de ellos tan inhumana costumbre.

Nicolas. Harán una obra de caridad.

El padre. Como iba diciendo, *Robinson* apartó los ojos de aquel terrible espectáculo. Sintióse removido; y hubiera caido desmayado, á no haberse desahogado la naturaleza con provocar cuanto tenia en el estómago. Luego que se recobró algun tanto, se puso en tan precipitada fuga, que apenas le podia seguir su llama; pero el fiel animal corria tras él sin pararse. Era tal el miedo de *Robinson*, que, olvidándose del llama, los pasos de este se le figuraban serlos de algun Caribe que le perseguia. En aquella angustia aceleraba cada vez mas la carrera para libertarse del imaginado antropófago, y por quedar mas desembarazado para correr mejor, arrojó lanza, arco, flechas y hacha,

sin pensar en que entonces era cabalmente cuando mas podria necesitarlas. Toda su confianza estribaba ya en la fuga, sin dirigirse á parte determinada, ni atender al camino que llevaba. Creia mejor el mas fácil, y ya habia perdido el tino sin saber donde estaba; pero despues de haber dado durante una hora mil vueltas y revueltas, vino á parar cerca del mismo puesto desde donde habia empezado á huir. Nuevo susto, nueva perplejidad. Desconoce el sitio, sin pasarle por la imaginacion que fuese el mismo que acaba de ver; y le considera como segundo indicio de la horrible crueldad de que procuraba evadirse. Tira hácia otra parte, y prosigue su fuga hasta que, faltándole enteramente el aliento, cae sin sentido. Aquí le alcanzó su llama; y el animalito, rendido de puro cansancio, se tendió á su lado. Quiso la casualidad fuese aquel parage el mismo donde *Robinson* habia arrojado las armas; y tambien fueron ellas lo primero que sus ojos vieron

al abrirse, pareciéndole aquella dicha un sueño, como todo cuanto le habia pasado. Ni sabia por que estaban allí las armas, ni tampoco por que estaba él mismo. En tanto estremo le habia embargado el terror las potencias.

Levantóse para dejar cuanto antes aquel puesto; pero algo menos aturdido, ni incurrió en la imprudencia de olvidar las armas; antes bien las recogió con firme resolucion de no volver á dejar los únicos instrumentos de su defensa. Sentíase tan debil, que le fue imposible acelerar el paso, por mas que le espoleaba el temor. En lo restante del dia ni siquiera sintió apetito; y solo una vez se detuvo á apagar la sed en un manantial. Creia poder llegar con sol á su morada; pero no le fue dable, pues al anochecer se halló, á cosa de media legua de ella en un parage que él llamaba su *campo*, y era una llanura bastante espaciosa que habia destinado para apacentar parte de su ganado, siendo allí mejor la hierba que en las cerca-

nías de su ordinaria estancia. Llamábale su *campo* porque en él habia pasado varias noches del anterior verano, á fin de libertarse de una plaga de mosquitos que le molestaba en su habitacion. No bastándole las fuerzas para llegar hasta ella, se determinó á quedarse allí: no obstante lo arriesgado que era pasar la noche en medio de una dehesa sin resguardo alguno.

Rendido de fatiga y con el ánimo todavía sobresaltado, se acomodó lo mejor que pudo para descansar. Pero estando aun entre duerme y vela, le sobrevino nuevo motivo de espanto que por poco no le quita la vida.

Juan. ¡Dios le ampare! Á cada paso tenemos un susto.

Nicolas. ¿Y qué era?

El padre. Oyó una voz que venia como del cielo, la cual decia muy claramente: *¡Robinson! pobre Robinson! ¿Cómo has venido aquí? ¿Dónde has estado?*

Ramon. ¡Ay, Dios mio! ¿Quién le hablaba allí?

El padre. Levántase *Robinson* precipitadamente, temblando, y no sabiendo que hacerse. Oye repetir las mismas palabras; y volviendo con sumo trabajo los ojos hácia el lado de donde venia la voz, halló—¿ qué os parece que halló?

Nicolas. ¿Quién puede saberlo?

El padre. Halló lo que hallaria muchas veces un cobarde, si, antes de asustarse, examinase con algun cuidado las mismas cosas que le amedrentan.—Halló, en fin, que no tenia el menor fundamento para sobrecogerse; y que no era una voz del cielo, sino la de su amado papagayo,que estabaposadoen una rama

Todos. ¡Ah, ah, ah! es gracioso chiste!

El padre. Sin duda el pobre pájaro se aburrió de verse solo, y como estaba hecho á seguir á *Robinson* muchas de las veces que habia ido á aquella dehesa, fue á buscarle allí, y pronunció las mismas palabras que su amo le habia repetido á menudo.

Siguióse al temor el gozo de haber descubierto la causa. Alarga *Robinson*

la mano, llamando á *Pol*: vuela y se viene á ella el pájaro, y mientras mutuamente se hacian tiernos agasajos, no cesa el loro de repetir ¡*Robinson*! *pobre Robinson*! ¿*Dónde has estado*?

No por eso dejó el amo de estar inquieto y rezeloso, de modo que casi no cerró los ojos en toda la noche. Continuamente se le representaba el atroz espectáculo que le habia horrorizado; y por mas esfuerzos que procuraba hacer, no podia alejarle de su fantasía. ¡Á qué estremos no arrastra la imaginacion cuando está herida! ¡En qué densas tinieblas no se ofusca la razon agitada de una pasion vehemente! Mil proyectos á cual mas disparatados ocurrieron á *Robinson* para precaver en lo sucesivo. ¿Creereis que llegó á términos de resolverse á destruir, apenas rayase el dia, todas sus obras, sin dejar ni aun vestigios de lo que tanto trabajo le habia costado? Habia de arrasar el cercado, la huerta, el bosque, el establo, abandonar sus llamas, y en

suma sacrificarlo todo por atender á su propia seguridad. Queria que no quedase rastro por donde se conociese haber tocado allí manos de hombre.

Juan. ¿Y para qué?

El padre. Paraque, si acaso venian los salvages á dar alguna vista á aquella parte de la isla, no pudiesen conocer, ni aun siquiera barruntar, hubiese en ella habitante alguno.

Dejémosle aquí batallando con sus sobresaltos y raras ideas, ya que no podemos aliviarle; y ahora que vamos á descansar, comparemos nuestra dicha con los riesgos de que el infeliz se considera amenazado, y demos gracias al Sér supremo que dispuso naciésemos en un pais donde vivimos entre hombres cultos é inclinados á amarnos y socorrernos, y donde podemos entregarnos al sueño sin temer la ferocidad de salvages inhumanos.

Carlitos. Buenas noches, papá.

Teodora. Viva Vm. mil años. ¡Qué divertido ha sido el cuento de esta tarde!

TARDE DÉCIMA QUINTA.

El padre. ¡Con cuánta razon se dice vulgarmente que conviene *consultar con la almohada las cosas importantes!* *Robinson* nos suministra un claro convencimiento de la verdad de esta máxima.

Ya os acordareis de las estrañas resoluciones que le sugerió su gran miedo. Mucha cuenta le tuvo diferir la egecucion de ellas para la mañana siguiente; pues no bien el primer albor de la aurora disipó las sombras de la noche, cuando ya vió las cosas en diferente aspecto. Lo que la víspera consideró necesario y prudente, le parecia ya ocioso y desacertado. En una palabra dió de mano á los proyectos dictados por la debilidad, y concibió otros dignos de que la recta razon los aprobase.

Puede serviros de enseñanza su egemplo para que en los negocios importantes que dan espera no paseis inme-


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Helène Savoie Aosta
Napoli

TARDE XV.

diatamente de la resolucion á la egecucion; sino que dejeis correr á lo menos un dia de por medio entre esta y aquella, siempre que posible sea.

Conociendo entonces *Robinson* que su pavor en el pasado trance habia sido excesivo, se dijo á sí propio: Hace ya bastante tiempo que estoy aquí; y sin embargo ningun salvage se ha acercado hasta ahora á mi mansion; de lo que debo inferir que no residen Indios bravos en esta isla. Verosímilmente viven en otra, de donde algunos pasarán á esta de cuando en cuando á celebrar sus victorias con tan horribles banquetes. Tambien es probable desembarquen solo en la punta meridional, y que se vuelvan despues á su residencia sin haber tenido curiosidad de internarse. Conozco que la divina providencia quiso aportase yo cabalmente á una parte de costa que es la menos fértil de la isla; y en esta que parece desgracia ha consistido mi principal seguridad.

¿Por qué no he de esperar yo que

el Omnipotente me continue su proteccion contra todos los peligros, cuando hasta hoy me ha sacado tan visible y sabiamente de otros gravísimos? Con esta consideracion alentó su confianza, y se encaminó á la vivienda para poner en práctica los nuevos designios que acababa de formar.

Juan. ¿Y cuáles eran esos?

El padre. Queria tomar algunas medidas para estar mas seguro, lo cual era muy justo y acertado: pues aunque debemos ponernos en manos de la providencia, persuadidos de que si arreglamos nuestra conducta conforme á sus leyes, nunca nos abandonará en las necesidades y conflictos, no por eso nos es lícito omitir cosa alguna de cuanto pueda contribuir á nuestra conservacion y bien estar. Nos ha dado Dios la racionalidad, y ha dotado nuestra alma y nuestro cuerpo de tan diversas facultades para que procuremos concurran todas á hacernos mas seguramente felices.

Lo primero que *Robinson* dispuso fue plantar á la parte esterior y á corta distancia de la empalizada de árboles que guarnecian el recinto de su habitacion un bosque espeso que le ocultaba por todos lados, é impedia se pudiese ver desde lejos.

Con esta idea plantó sucesivamente cerca de dos mil estacas de aquella especie de sauce que habia visto prender y crecer fácil y prontamente; y con todo cuidado dejó de ponerlas en línea, evitando la simetría; para que pareciese una espesura natural, y no plantó ordenado con arte.

Luego determinó hacer un camino subterráneo desde lo interior de la gruta hasta la espalda de la montaña, á fin de tener en caso necesario una salida para escaparse, cuando, por desgracia intentasen los enemigos asaltar aquel retirado asilo.

Penosa y larga era tambien esta obra; y ya conocereis que dedicándose á ella, le fue preciso suspender la construccion de la canóa.

Para abrir este tránsito subterráneo hizo lo que los mineros, que primero abren un pozo, y despues una galería.

Juan. ¿Y qué es eso de *galerías*?

Ramon. ¿No lo sabes ya? Los mineros para beneficiar una mina cavan y ahondan ante todas cosas la tierra perpendicularmente, esto es, de alto abajo, como se practica cuando se desea encontrar agua: y á este hoyo perpendicular llaman *pozo*. Cuando han llegado á cierta profundidad, empiezan á cavar horizontalmente, ó hácia un lado; y á este espacio horizontal dan el nombre de *galería*. Continuan así de pozo en galería, y de galería en pozo hasta que llegan á una veta ó *filon* del metal que buscan.

El padre. Muy bien esplicado; pero debeis advertir que, cavando así de lado ú horizontalmente, se desmoronaria presto la tierra, cayendo sobre los mineros, si al paso que van adelantando, no la sostuviesen; lo cual ejecutan con travesaños de madera que cargan sobre

pies derechos. Así lo hizo *Robinson*, guiándose por la luz natural.

Iba amontonando junto á la arboleda que servia de parapeto á su morada toda la tierra que sacaba del camino subterráneo, y allí la apisonaba, hasta que levantó un terraplen de unos diez piez de altura y ocho á lo menos de ancho. De trecho en trecho habia dejado aberturas ó troneras para que entrase la luz; y aun habia dispuesto algunas escaleras para subir y bajar comodamente, si acaso se veia algun dia obligado á defender su fuerte desde lo alto de aquella especie de muralla.

Así quedaba al parecer bastante seguro de cualquier ataque repentino y de corta duracion. Mas si obstinado el enemigo le sitiaba, ó bloqueaba por algun tiempo ¿qué recutso tendria *Robinson*, aislado dentro de su fortaleza?

Considerando, pues, que no era imaginario sino muy posible, semejante bloqueo, juzgó indispensable precaverse tambien de este peligro, para

no verse algun dia reducido al estrecho de rendirse por hambre, ó morir de ella; y resolvió tener siempre en el recinto de su mansion á lo menos uno de los llamas en disposicion de dar leche; reservando allí mismo para pasto del animal cierta porcion de hierba que no se encentase sino en alguna urgencia. Determinó igualmente hacer provision de queso, frutas y ostras, que pensaba renovar diariamente, ó cada dos ó tres dias, segun fuese viendo lo que este repuesto se conservaba.

Otro proyecto le habia ocurrido; pero le fue preciso desistir de él, previendo que su egecucion seria muy penosa. Hubiera deseado que el agua del manantial inmediato, que formaba un arroyuelo, corriese por dentro del patio de su albergüe, para no carecer de ella en caso de sitio; mas como era necesario allanar un repecho bastante largo, y esta no era obra para un hombre solo, tuvo por mas conveniente abandonar tal designio, y volver á con-

tinuar la construccion de su esquife.

De esta suerte se pasaron algunos años sin haber acaecido cosa digna de contarse, hasta que sobrevino un rarísimo acontecimiento que influyó en la suerte de nuestro amigo mas que todo cuanto le habia pasado hasta entonces en su isla. Voy á referiros muy por menor el suceso.

En la mañana de un dia claro y sereno, trabajando *Robinson* en ahondar su canóa, observó que á lo lejos se levantaba un denso humo: y siguiéndose la curiosidad al temor que le asaltó al principio, se apresuró, movido de uno y otro impulso, á subir á la cumbre de la colina al pie de la cual estaba su gruta, para descubrir la verdadera causa de aquella humareda. No bien hubo llegado á lo alto, cuando se quedó tan sobrecogido como consternado al ver cinco ó seis canóas amarradas á la orilla, y unos treinta salvages que con ridículas mudanzas y feroces gritos bailaban al rededor de una grande hoguera.

Aunque ya debia *Robinson* prometerse llegaria tarde ó temprano á ser espectador de escena semejante, con todo no faltó mucho para que el espanto le privase otra vez de sentido. Vuelto en sí, se alentó presto en esta ocasion: bajó precipitado para ponerse en estado de defensa; y ya armado, imploró con toda confianza el auxilio del cielo, hallándose firmemente resuelto á defender su vida hasta el último trance. La compasion misma le fortificó en este animoso designio, y le infundió bastante serenidad y valor para subir por su escala de cuerda, y situarse de nuevo en la eminencia de la colina, desde donde queria observar todos los movimientos de los enemigos.

Justamente escandalizado y lleno de indignacion, divisó claramente dos infelices, á quienes los bárbaros llevaban arrastrando desde sus canóas hácia la hoguera. Inmediatamente presumió irian á degollarlos, y no tardó en conocer que no se engañaba en ello; pues uno de

aquellos monstruos, no acierto á decirlo, mató á uno de los cautivos, sobre el cual se echaron al punto otros dos sin duda para descuartizarle y disponer su execrable convite. Durante esta horrenda ejecucion permanecia el otro miserable prisionero siendo testigo de ella, y aguardando por instantes sufrir igual sacrificio. Pero cuando mas afanados estaban los agresores, y el infeliz observaba la carnicería que hacian en su compañero, se aprovechó de un instante oportuno en que nadie le miraba, y esperanzado de librarse de la muerte, se puso de repente en fuga, corriendo con increible rapidez hácia donde tenia *Robinson* su residencia.

El gozo, la confianza, el miedo y el horror se apoderan alternativamente del ánimo de nuestro *Robinson*, asomándose á su semblante ya pálido, ya encendido. Sentia no poco regocijo y esperanza al advertir que el prisionero aventajaba mucho terreno á los que le perseguian. Entre tímido é irritado los

veia encaminarse á su habitacion, sin que los separase de ella otro obstáculo que una angosta ensenada que el desventurado fugitivo tenia que pasar á nado para no dar en manos de sus enemigos. Al llegar á la orilla se arrojó al agua sin titubear, y la atravesó con tanta velocidad como habia manifestado en la carrera. Dos de los que le perseguian mas de cerca se echaron tambien á nado; y los demas salvages se volvieron á su inhumano festejo. ¡Con qué júbilo advertia *Robinson* que aquellos dos distaban mucho de ser tan buenos nadadores como el que querian alcanzar! Ya estaba este corriendo de nuevo, cuando aquellos braceaban todavía en medio de la ensenada. Aquí se inflamó *Robinson* de un zelo y valor cual jamas los habia sentido. Los ojos le centelleaban: el corazon le incitaba á socorrer al desventurado Toma su lanza, y sin dudar un punto baja de la colina, saliendo del bosque, se presenta entre el perseguido y los perse-

guidores, y á gritos dice al que huía: Detente, detente.—Vuelve este la cara; asústase al ver á *Robinson* cubierto de pieles; créele un Númen celestial; duda si postrarse á sus pies, ó huir de él. Pero *Robinson*, estendiendo los brazos, le dió á entender por señas que estaba allí para defenderle; y volviéndose hácia los enemigos, se puso en marcha contra ellos. Cuando estuvo á tiro del primero, esfuerza su valor, hiere con la lanza al salvage desnudo, y le deja tendido en el puesto. Estando todavía el otro á unos cien pasos de distancia, se detiene sorprendido; pone una flecha en su arco; aséstala, y despídela contra *Robinson* que se le iba acercando. Dale el tiro en el pecho; mas por fortuna venia ya sin fuerza, á que se agregó haber resistido las pieles, que sirvieron de coraza, rechazando la saeta sin que *Robinson* recibiese ni la herida mas leve.

No dió tiempo nuestro héroe á su enemigo de repetir el tiro; y acometién-

dole antes que pudiese flechar segunda vez el arco, se postra en tierra.

Vuélvese hácia donde estaba el mismo de quien era libertador, y le vé todavía inmóvil en el propio sitio, entre el temor y la esperanza, dudoso de si lo que acababa de suceder contribuiria á su conservacion, ó de si le tocaba tambien morir de los terribles golpes de aquel ente desconocido. Llámale el vencedor, convidándole por señas á que se acerque á él; obedece desde luego el indio: párase un breve rato: vuelve á andar: detiénese otra vez: acércase á paso lento con un miedo declarado, y en ademan de humilde suplicante; é instado nuevamente por señas y por las mayores demostraciones de amistad, se va aproximando á su libertador, bien que postrándose á cada seis pasos para darle gracias y tributarle el debido rendimiento.

Quítase *Robinson* la máscara que trahia puesta: mírale con semblante afable y humano; y entonces el sal-

vage, deponiendo todo rezelo, corre hácia su bienhechor, humíllase, besa la tierra, le toma un pie, y le pone sobre su propio cuello, sin duda para manifestarle queria ser su esclavo. Pero *Robinson*, ansioso de adquirir un amigo, y no un siervo, le dió pronta y benignamente la mano; le levantó; y procuró acreditarle por cuantos medios le ocurrieron, que debia prometerse toda la amistad amigable.

Quedaba aun otra cosa por hacer. El primer salvage que habia caido herido no lo estaba mortalmente; y volviendo en su acuerdo, empezó á arrancar algunas hierbas, y aplicárselas á la herida para restañar la sangre. Advirtiólo *Robinson*; y se lo hizo advertir al que tenia á su lado. Díjole este algunas palabras; y aunque no las entendió, le fueron sumamente gratas por la novedad, como que en tantos años ningun eco de voz humana habia llegado á sus oidos. El indio mirando ahora al hacha, ahora á *Robinson*, señalándola con el dedo,

y alargando despues la mano, daba á entender que deseaba le prestase aquella arma para rematar á su enemigo. *Robinson*, que muy á su pesar derramaba la sangre humana, no pudo menos de conocer la necesidad de acabar de matar al moribundo, por lo cual dió su hacha, y apartó los ojos del cruel, aunque inescusable oficio á que se destinaba. Corre el indio adonde yacía el herido; y degollándole de un golpe, vuelve mostrando la fiera sonrisa de la venganza satisfecha. Luego con mil muecas y estravagantes ademanes rinde á los pies de *Robinson* como un trofeo no solo el hacha, sino tambien la pálida y ensangrentada cabeza del vencido.

Dióle á entender por señas *Robinson* que se apoderase de los arcos y flechas de los muertos, y le siguiese. El indio por su parte procuró tambien denotarle convenia antes de retirarse de allí, enterrar en la arena los dos cadáveres con el fin de evitar que si los compañeros volvian á buscarlos, pudiesen

descubrir algo por aquellos fatales vestigios.

Habiendo manifestado *Robinson* aprobaba esta cautela, procedió el indio á la ejecucion sin mas auxilio que las manos, y con tanta actividad, que en menos de un cuarto de hora dejó sepultados los dos cuerpos; despues de lo cual se encaminaron á la habitacion, y subieron á la colina.

Carlitos. Pero diga Vm., papá: ¿no incurrió *Robinson* en el delito de asesinato?

Henrique. ¡Ó! Los que acababa de matar eran salvages, y no importaba.

Carlitos. Sí; pero, al cabo eran hombres.

El padre. Sin duda que eran hombres, querido Carlitos; y fuesen salvages ó gente civilizada, no por eso dejaban de ser racionales. Lo que importa es saber si *Robinson* tenia derecho para quitarles la vida. ¿Qué te parece á tí, Juanito?

Juan. Me parece que lo hizo bien.

El padre. ¿Y por qué?

Juan. Porque eran inhumanos, y querian

degollar á un infeliz, que acaso no les habia hecho ningun mal.

El padre. ¿Y cómo podia *Robinson* saber eso? Quizá merecia la muerte el salvage perseguido; y nosotros ignoramos si por ventura eran aquellos algunos ministros de justicia autorizados por sus superiores. Fuera de eso, ¿quién habia nombrado por su juez á *Robinson*?

Nicólas. Pero si no los hubiese muerto, hubieran ellos descubierto donde habitaba nuestro amigo, y despues informarian á sus compañeros.

Ramon. Y entonces hubieran venido todos juntos, y acababan con nuestro pobre *Robinson.*

Teodora. Y de mas á mas se le hubieran comido.

El padre. El lance era apretado; y habeis dado en el hito. Debió hacer lo que hizo por su propia seguridad; no hay duda. Pero pregunto: ¿tiene uno derecho de quitar á otro la vida por conservar la suya?

Juan. Sí, señor.

El padre. ¿Y por qué razon?

Juan. Porque Dios quiere que conservemos nuestra vida lo mas que podamos; y así cuando alguno nos la quiera quitar, es preciso y justo impedírselo, ganándole por la mano.

El padre. En eso no cabe disputa, hijos mios. La defensa de nuestro propio individuo es legítima segun todas las leyes divinas y humanas, entendiéndose solo en el caso de que nos veamos en tal estrecho que no nos quede absolutamente otro recurso de salvar la vida que el de privar de ella á un agresor injusto. Mas si, pudiendo libertarnos, bien sea por la fuga, ó bien por auxilio de otro, ó con reducir á nuestro enemigo á estado en que no le quede arbitrio de ofendernos, le quitamos la vida, entónces cometeremos una muerte digna de castigarse por la justicia como gravísimo delito.

No os olvideis jamas, queridos mios, de dar gracias á Dios de que habitamos paises en que el gobierno ha tomado

tan acertadas providencias para la seguridad de nuestras personas, que entre mas de cien mil individuos rara vez acaece que uno de ellos se vea en la triste situacion de usar el derecho de una defensa sangrienta y legítima para salvar su vida.

Basta para hoy.—Mañana, cuando nos juntemos, veré si se me ofrece algo que contaros.

TARDE DECIMASEXTA.

El padre. ¿De qué os hablaré hoy?

Todos. ¡De *Robinson*, de *Robinson*!—

El padre. La suerte de *Robinson*, en que tanto nos interesamos, amados hijos mios, es todavía muy incierta. Subió, como os dije ayer, á la colina detras de su habitacion con el salvage á quien acababa de redimir, cuidadosos ambos de lo que podria sobrevenirles. Las circunstancias eran críticas y peligrosas; porque debia temerse que los salvages, despues de su horrible comida, volviesen á seguir las huellas de sus dos compañeros, y los buscasen por todas partes hasta dar con ellos, y con la víctima que se les habia escapado. Entonces indefectiblemente descubrian la morada de *Robinson*, y reuniendo sus fuerzas, la allanaban, y quitaban la vida á nuestro amigo y á su nuevo huésped.

Todas estas imaginaciones ocurrieron á *Robinson* mientras desde lo mas alto

de la colina, y detras de un árbol miraba de hito en hito á los salvages, que con descompasados ahullidos y bailes manifestaban el alborozo que el abominable festin les infundia. Delibera sobre el partido que debe tomar. ¿Si huirá? ¿Si se encerrará en su fuerte?— Elevando la consideracion al Omnipotente, protector de la inocencia, se sintió con bastante espíritu y resolucion para abrazar este último partido. Por que no le descubran, se escurre por detras de unas matas hasta llegar á su escala de cuerda; y diciendo por señas á su compañero que le imite y le siga, bajan ambos prontamente.

Sorprendióse el salvage á vista de la acomodada disposicion de la vivienda de su libertador, como que jamas se habia ofrecido á sus ojos cosa tan bien ordenada. No puedo ponderaros su admiracion sino comparándola á la que esperimenta un labrador que nunca ha salido de su aldea, y de repente se halla en un palacio.

Procuró *Robinson* darle á entender lo mucho que debian rezelar del furor de aquellos bárbaros coligados, é indicarle que si venian á acometerle, estaba determinado á defenderse hasta el último punto, y á perecer antes que entregarse. Comprendióle el indio; y esgrimiendo á un lado y otro repetidas veces el hacha, que todavía tenia empuñada, volvia los furibundos ojos hácia donde estaban sus enemigos como para incitarlos á la pelea, con lo cual procuraba acreditar á su libertador estaba pronto á defenderse valerosamente. Apláudele *Robinson* tales muestras de intrepidez; ármale con una lanza, y ademas con un arco y flechas; y le pone de centinela en una especie de tronera que habia abierto en su empalizada para descubrir lo que pasaba en el campo.

Cosa de una hora despues oyeron súbitamente á lo lejos unos estraordinarios y tremendos gritos, dados por una caterva de salvages. Preparáronse entrambos al combate, mirándose uno á

otro, y con varias señas se animaron mútuamente á la mas vigorosa defensa. Cesaron los gritos; — pero no tardaron en repetirse aun mas penetrantes y mas cercanos. — Siguióse un profundo silencio. — Ya se aproximan todavía mas....

Carlitos. ¡Ay, papá mio! Si vienen, echo á correr.

Henrique. ¡Qué cobardía!

Ramon. No te asustes, Carlitos, que *Robinson* se defenderá. A mí no me pone en cuidado.

Carlitos. Ya verás como nos le matan.

Juan. ¡Ó! Sí callaréis?

El padre. Muy cerca se oyó una voz ronca y espantosa, repetida por el eco de la colina. Ya nuestros dos valientes estan en planta: ya tienen flechados los arcos; y el primer salvage que asome, caerá herido de un tiro mortal Mirando sin pestañear hácia el parage del bosque donde habia sonado la voz..... — Basta, dejémosle aquí....—

Juan. ¿Y por qué se está Vm. callando tanto tiempo?—

Nicolas. ¿Para qué nos deja Vm. parados á lo mejor del cuento?

El padre. Para daros nueva ocasion de egercitaros en el arte de vencer la vehemencia de vuestros deseos. Todos estais ansiosos é impacientes de saber el éxito de la sangrienta refriega en que parece iba á entrar *Robinson.* Si absolutamente quereis que os la relate, estoy pronto á satisfacer ese anhelo; pero veamos: ¿os convendriais voluntariamente en esperar hasta mañana á saber el suceso? ¿Podréis sin gran repugnancia moderar vuestra curiosidad por ahora?.... Sin embargo, será lo que quisiereis. No tengais reparo en esplicaros francamente. Vaya: determinad si lo he de decir ahora, ó despues.

Henrique. Obedeceremos.

Ramon. Basta que Vm. nos lo insinue.

Juan. Harto trabajo nos cuesta el vencernos.

Nicol. Tendremos paciencia hasta mañana.

Carlitos ¡Ah! pobre *Robinson*! ¡Dios le asista! (*)

El padre. Vuestra conformidad me sirve del mayor gozo. Conservad ahora agradable y útilmente, unos continuando en trabajar por via de diversion vuestras cestitas de mimbres ó vuestros cordones de seda; otros en trazar el dibujo del fortin que hemos determinado construir cuanto antes en el patio grande: y espero que, lejos de fastidiaros de tales ocupaciones, se os haga muy breve el tiempo que falta para la hora de cenar.

(*) Han de saber los jóvenes nuestros lectores que los niños de quienes aquí se trata, estaban ya de antemano tan hechos á vencer su inclinacion aun á las diversiones mas apetecibles, que casi nada les costaba dejarlas todas, cuando se les prevenia las suspendiesen. A los niños que sigan su ejemplo no les tendrá mala cuenta.

TARDE DECIMASÉPTIMA.

El padre. Dejamos ayer á *Robinson* y á su aliado hechos unos argos en observar lo que pasaba en los contornos; y no desistieron de ello hasta cerca del anochecer; pero no habiendo divisado enemigos, ni oido el menor grito en algunas horas, les pareció muy verosímil que cansados los salvages de sus inútiles diligencias, habrian vuelto á sus canóas, y retirádose á su isla. Dejaron, pues, las armas; y sacó *Robinson* algo que cenar.

Como aquel dia tan señalado en la historia de nuestro héroe era domingo, quiso en algun modo perpetuar la memoria de él, como tambien la de los sucesos que le hacian notable, dando al salvage libertado el nombre de *Domingo*.

Hasta entonces no habia *Robinson* tenido lugar de mirarlo con cuidado. Era un jóven de veinte años, bien dispuesto, de color tostado y reluciente, de pelo negro, largo, y no en figura

de pasas como el de los negros, la nariz pequeña sin ser roma; delgados los labios, y los dientes blancos como el marfil. Traia pendientes de las orejas diferentes plumas y conchas, adorno que no estimaba en poco; y venia enteramente desnudo.

Robinson, que era honesto en sumo grado, no quiso tomar alimento, aunque le apretaba el hambre, antes de haber formado de una piel una especie de delantal con que cubrió á su nuevo huésped. Ejecutado esto, le hizo seña de que se sentase á su lado. *Domingo*, ya no le llamaremos de otro modo, se acerca á *Robinson*, y con todas las demostraciones imaginables de respeto y gratitud, se arrodilla delante de él, se postra, y coloca sobre el cuello el pie de su libertador, como ya lo habia ejecutado anteriormente.

Apenas cabia en el pecho á *Robinson* el gozo de haber logrado al cabo de tanto tiempo un compañero y un amigo fiel; y bien hubiera querido acre-

ditarle estas satisfacciones con mil muestras de cordialidad; pero ignorando el genio del indio, creyó prudente y necesario para su propia seguridad mantenerle en cierta sujecion respetuosa, admitir sus rendimientos como debido homenage, y en una palabra, hacer con él por algun tiempo el papel de soberano. Así, pues, le manifestó por señas que habia determinado recibirle bajo su proteccion; bien que obligándose él á obedecerle con hacer cuanto le mandase, y abstenerse de aquello que él, como su amo y rey, le prohibiese.

Al darle esta instruccion, pronunció la palabra *Cacique*, pues se acordó por fortuna de haber oido una vez que los salvages de América se servian de tal vocablo para denotar sus principales gefes ó caudillos.

Por esta voz, aun mas que por las señas con que la acompañó, comprendió *Domingo* lo que su amo queria espresarle; y en prueba de que aceptaba la condicion que le imponia de la

obediencia, repitió muchas veces en alta voz la palabra *Cacique*, indicando con un ademan la persona de *Robinson*, y echándose de nuevo á sus pies. Ademas, para esplicar la amplitud que atribuia á la autoridad real, dió á *Robinson* la lanza, y aplicó la punta al pecho, reconociendo con demostracion semejante que su señor tendria respecto á él un derecho absoluto de muerte y de vida. Ofrecióle *Robinson* la mano como indicio de proteccion; y le mandó volviese á tomar asiento para cenar con él. En prueba de respeto se colocó *Domingo* en el suelo, ocupando entretanto *Robinson* un banco natural de césped.

Ved aquí, hijos mios, un remedo del orígen del reinar. Hombres que se aventajaban en sabiduría, en valor y en fuerzas á los demas, fueron los primeros reyes del mundo, los mas débiles, bien fuese para precaverse de los insultos de las fieras, que en los primitivos tiempos abundaban mas que ahora, ó

bien para resguardarse de las injusticias de los hombres violentos, imploraron el patrocinio de los mas fuertes. En cambio les prometieron estarles enteramente sometidos, y contribuirles cada año cierta porcion de sus frutos y ganados, con el fin de que sus protectores, desembarazados del cuidado de procurar por sí mismos lo necesario para la propia subsistencia, se dedicasen sin distraccion á zelar la seguridad de sus súbditos. Esta anual retribucion, á que los vasallos se obligaron respecto á su rey, se ha estendido despues bajo los nombres de *tributos*, *impuestos*, *contribuciones*, *cargas públicas*. De aquí, pues, han dimanado así la autoridad y rentas de las diferentes especies de soberanos, como la subordinacion y correspondencia de los vasallos.

Ya tenemos á *Robinson* verdaderamente rey, siendo la isla su reino; los llamas y los frutos, su tesoro; *Domingo*, su vasallo, vasallo único, pero apreciable; el papagayo, su único corte-

sano, aunque casi inútil. Sin embargo, su magestad isleña se dignaba de familiarizarse con el nuevo súbdito en cuanto se lo permitia la dignidad.

Despues de haber cenado, se sirvió el monarca de providenciar todo lo que juzgó oportuno se observase en cuanto á acostarse. No era prudente que *Domingo*, que en tan breve tiempo habia llegado á ser juntamente su *vasallo*, su *primer ministro*, su *generalísimo*, y su *ejército entero*, su *mayordomo mayor*, y *mayordomo de semana*, su *sumiller* y su *ayuda de cámara*, no era prudente, repito, que este hombre desconocido durmiese desde luego en la misma cámara que su magestad, quien tuvo por conveniente apartarle de su gruta, y enviarle á pasar la noche en el sótano; porque ¿cómo habia de confiar su propia vida y el secreto del camino subterráneo á un estrangero cuya fidelidad, todavía no experimentada, era muy dudosa? Tuvo, pues, órden *Domingo* de mullir-

se una cama de hierba fuera de la cueva, mientras que la real persona de su magestad tomaba la acertada precaucion de llevarse á su alcoba todas las armas.

Despues no tuvo á menos ejercer á vista de todo su pueblo el oficio mas humilde y rústico: accion quizá única en su clase, que os causará estrañeza; y dificultariais darme crédito, si no constase clara y espresamente en los anales del reinado de nuestro príncipe; donde todo el mundo ha podido verlo mucho antes de ahora. *Robinson*, monarca y dueño absoluto de toda la isla, no tuvo el mas mínimo rubor de abatirse en presencia de *Domingo* á un ministerio no sé si diga servil. Fuese acercando bonitamente al rebaño que tenia encerrado en el cercado que le servia de aprisco, y con sus propias manos reales se puso á ordeñar las llamas, dando esta leccion á su primer ministro, en quien pensaba para lo sucesivo descansar de tan grave cuidado.

Esta particularidad os parece graciosa, y os ha hecho reir. — Pero vamos al asunto.

Domingo miraba atentamente, sin alcanzar á que se dirigia lo que estaba haciendo su amo; porque ni á él, ni á sus estúpidos paisanos les habia jamas ocurrido que la leche de los animales pudiese ser alimento tan sano como nutritivo. En su vida la habia probado; pero quedó gustosísimamente sorprendido cuando á instancias de *Robinson* se resolvió á llevarla á los labios.

Ambos se hallaban necesitados de descanso despues de los sustos y afanes padecidos. Para conseguirlo mandó *Robinson* á su vasallo se retirase; y antes de acostarse dió al cielo gracias por las mercedes que le habia dispensado en un mismo dia, no solo librándole de tantos peligros, sino tambien proporcionándole una criatura de su especie, un compañero, y acaso un amigo.

TARDE DÉCIMAOCTAVA.

Juan. ¡Qué curiosidad tengo de saber lo que emprenderá ya *Robinson* con su compañero Domingo!

Basilio. Ahora que se le ha agregado un ayudante, se saldrá con muchas cosas que antes no podia ejecutar.

El padre. Ireis conociendo, hijos mios, cada vez con mas evidencia las grandes utilidades que resultan al hombre de vivir en sociedad, y con cuanta razon debemos alabar al autor soberano que se dignó de grabar profundamente en nuestros corazones la propension á solicitar la union y amistad con nuestros semejantes.

La primera diligencia que practicó *Robinson* á la mañana siguiente fue ir con *Domingo* á reconocer el sitio donde los salvages habian celebrado el dia anterior su bárbaro festejo. Al paso alcanzaron á ver el parage en que yacian sepultados los dos salvages á quienes habian muerto; y *Domingo*, lla-

mando la atencion de su amo, le descubrió bien á las claras un gran deseo de desenterrar los cadáveres para satisfacer su depravado apetito. Pero *Robinson* le significó con una mirada toda la indignacion y horror que le causaba tan abominable antojo; y levantando su lanza en ademan de amenaza, le denotó que le traspasaria con ella, si le acontecia volver á apetecer manjar semejante. Bien comprendió *Domingo* lo que se le advertia; y aunque se sometió sin resistencia á la voluntad de su amo, no alcanzaba por que se le prohibia una comida que desde niño habia usado, y que de ninguna manera le parecia repugnante.

No tardaron en llegar al parage del festin. — ¡ Qué espectáculo ! Empapada en sangre la tierra: huesos esparcidos.... — Vuelve á otra parte los ojos *Robinson*; y manda á *Domingo* que abra un hoyo, y entierre aquellas feas reliquias de una atroz voracidad.

Mientras *Domingo* ejecutaba este man-

dato, revolvia y escarbaba *Robinson* con sumo cuidado las cenizas, esperanzado de hallar entre ellas algun resto de fuego; pero fue inútil esta diligencia, pues estaba todo apagado: desgracia que sintió *Robinson* muchísimo, porque despues de haberle concedido el cielo don tan precioso como el de un compañero, nada le quedaba ya que anhelar sino el poder encender lumbre. *Domingo*, al verle pensativo y cabizbajo mirando tristemente las ya frias cenizas, le hizo muchas señas que *Robinson* no pudo entender. Toma el indio entonces la resolucion de apoderarse del hacha, parte como un rayo, ocúltase en el bosque, y deja á su amo lleno de confusiones por no atinar que intencion seria la que el salvage llevaba.

Apesadumbrado, y mirándole hasta que le perdió de vista, decia *Robinson* entre sí: ¿Qué es esto? ¿Si me abandonará el ingrato? ¡Llevarse así mi hacha! ¿Acáso llegará á tanto su perfidia que intente enseñorearse de mi vi-

vienda para echarme de ella por fuerza? ¿Ó querrá cometer la barbarie de entregarme traidoramente á sus feroces paisanos? ¡Qué horrible maldad! — Ciego de cólera, empuña su lanza, y parte en alcance del ingrato, del traidor para castigarle, y precaver sus inicuos atentados. Cuando iba precipitando mas el paso, descubrió á *Domingo* que volvia á todo correr. Párase sorprendido *Robinson*; y atónito advierte que el pretenso reo traia en el aire un puñado de hierbas secas de que salia humo, y que luego se inflamaron. Vió que, dejándolas en el suelo, acercó prontamente otras hierbas y ramas secas, con las cuales levantó una clara y ardiente llama. Tan alegre como absorto conoció *Robinson* entonces el motivo de la repentina ausencia de *Domingo*; y sin poder reprimir su gozo, abrazó á este con la mayor ternura, y allá en lo interior de su corazon le pidió mil perdones de la temeraria cavilacion con que le habia ofendido.

Nicolas. Pero ¿en dónde encontraria *Domingo* ese fuego!

El padre. Habiendo entrado en el bosque, tomó dos maderos secos, que restregó uno con otro, dándose tan buena maña y tanta prisa, que al fin se encendieron. Inmediatamente los envolvió en hierbas tambien muy secas; lo cogió todo junto, y llevándolo por el aire, echó á correr. La rapidez de aquel movimiento soplaba el fuego, que prendió en la hierba como en una yesca, y vino á levantar llama.

Ramon. Me parece que *Robinson* en este lance se hizo bastante reprensible.

Juan. Pues ¿en qué lo fue?

Ramon. En esto: en que, careciendo de suficiente indicio de la traicion del pobre *Domingo*, tuvo de él una malísima sospecha sin detenerse á reflexionar. Nunca se ha de desconfiar así de la gente.

Juan. Ello era posible que sucediese lo que temia, y por lo mismo debia no descuidarse con el tal *Domingo*.

Ramon. Atiende. No le culpo yo de haber creido posible alguna deslealtad de parte del salvage, ni tampoco de haber corrido tras él para impedir cualquier funesta tentativa que quizá hubiese premeditado; pues no solo era lícita, sino aun necesaria esta precaucion con un hombre desconocido. Lo que sí le afeo es el haber partido tan de ligero, no haber siquiera dudado un instante si aquella injuriosa sospecha seria ó no fundada, y haberse dejado llevar ciegamente de la ira, sin que ni por asomo le ocurriese creer á *Domingo* libre de dañada intencion. No ha de llegar tan allá nuestra desconfianza de los demas hombres, mientras no tengamos de antemano pruebas ciertas de su infidelidad. *En los casos dudosos, aunque es bueno precaver el mal, no hemos de inclinarnos á creer sino el bien.*

El padre. Esa es una excelente máxima. Meditadla bien, hijos mios, para seguirla en la sucesivo.

Robinson, como dije, no cabia en sí de puro gozo al ver no solo desvanecido su mal juicio, sino que habia ya vuelto á encontrar la lumbre que tan ansiosamente anhelaba, y de que por tanto tiempo habia carecido. Así no se cansaba de contemplar el movimiento undulante de las llamas; y en fin, tomando un tizon bien encendido, se apresuró á volver con *Domingo* á su vivienda.

Hizo inmediatamente una buena lumbrada; y despues de arrimar á ella algunas patatas, corre á su rebaño, escoge, mata y descuartiza un recental; y poniendo un cuarto en el asador, manda á *Domingo* que le dé vueltas.

Mientras este desempeña su incumbencia, corta *Robinson* un pedazo de pecho de llama; monda algunas patatas; quebranta y muele maiz entre dos piedras para convertirle en harina échalo todo en uno de sus pucheros, sin olvidar la sal, con suficiente porcion de

agua; y por fin pone el puchero á la lumbre.

Teodora. Ya sé yo que queria hacer. — Sopas.

El padre. Cabalmente. Ocho años habia que no las probaba; y ya os figurareis cuanto las apeteceria.

Viendo estaba *Domingo* este aparato, sin acabar de comprender que saldria de aquello. No le era nuevo el uso de asar la carne; pero desconocia todo lo demas, ignorando hasta el efecto que debia hacer el fuego en el agua del puchero. Cuando esta empezaba á hervir se ausentó *Robinson* un momento para entrar en su gruta; y *Domingo* entretanto observaba aquel movimiento del agua, que, por no penetrar la causa, le parecia muy estraño. Creció de repente su admiracion al notar que saltaba el agua á borbotones, vertiéndose por todas partes; y se persuadió á que en el fondo de la vasija habria algun animal que ocasionaba semejante daño. Acudiendo á impedir se derramase toda el

agua, metió en ella prontamente la mano para coger el animal; y dió entonces un grito tan horroroso que retumbó en todo el contorno de la habitacion.

Asustóse *Robinson* al oirle; y lo primero, ó por mejor decir, lo único que le ocurrió fue que los salvages habian llegado de sorpresa, y que ya *Domingo* habria caido en sus manos. Por una parte el terror, y por otra el amor natural de la conservacion del propio individuo le instaban á evadirse por el camino oculto y subterráneo para salvar la vida; pero luego desechó este pensamiento, considerando era bastardía abandonar á su vasallo, ó mas bien á su amigo. Sin mas deliberacion se dió prisa á salir de la gruta con sus armas, resuelto á derramar, en caso necesario, hasta la última gota de sangre para sacar segunda vez á *Domingo* del poder de aquellos feroces adversarios.

Ramon. Así es como yo te quiero, amigo *Robinson!*

El padre. Abalánzase con el hacha en la

mano....Pero ¡qué admiracion! Halla á *Domingo* solo, gritando, pateando, y haciendo gestos como un furioso. Sobrecogido *Robinson*, se quedó inmóvil sin saber que pensar; hasta que al fin, despues de varias esplicaciones, apurado el caso, vino á sacar en limpio que todo aquel clamor nacia de que *Domingo* se habia escaldado la mano.

No le costó poco á su amo sosegarle: y para que sepais ahora lo que el mismo *Robinson* no llegó á descubrir hasta un año despues, cuando ambos se hallaban ya en estado de entenderse bien uno á otro; para que sepais, digo, por que alborotó *Domingo* tanto, y por que hizo tales contorsiones, debo enteraros primero de lo que suele creer la gente rústica que no ha tenido instruccion en su juventud, siempre que la sucede algun accidente cuya causa ignora.

Estos pobres simples creen por lo comun que algun ente invisible, ó algun espíritu es la causa de todo aquello

que no aciertan á esplicar. Segun ellos, este espíritu obra siempre conforme á los mandatos de un hombre á quien está sujeto: y á las personas en quienes suponen reside semejante poder, teniendo á sus órdenes uno ó mas espíritus, llaman *hechiceros* y *hechiceras.*

Por ejemplo, si enferma una de las reses del ganado de un ignorante aldeano, sin que este conozca la causa, incurrirá en la necedad de imaginar hay en el pueblo algun *hechicero* ú *hechicera* que ha *embrujado* al animal; esto es, que le ha ocasionado aquella enfermedad, por medio del *espíritu maligno*; ó dirá que *le han maleficiado.*

Carlitos. Sí, sí, papá: eso es lo que decia el otro dia la *Melchora* de casa, porque de repente empezó una vaca á dar menos leche de la que solia.

El padre. Carlitos, procura desengañar cuanto antes á esa inocente muchacha, que ganará mucho en salir de su error.

Así como hay mentecatos que incurren en tales supersticiones, hay tambien

embusteros que convierten esta credulidad en provecho suyo propio, valiéndose mañosamente de ella para estafar á los bobos, é infatuarlos mas y mas con fingirse inteligentes en la imaginaria ciencia de los *sortilegios*. Prometen á rostro firme deshacer el *encanto*, obligando al hechicero y al espíritu maligno á soltar la presa, se entiende como se les dé alguna recompensa anticipada. Venden á cambio de dinero efectivo palabras vanas, visages ridículos, manotéos infructuosos, y fórmulas sin substancia. Sucede que la enfermedad se pasa naturalmente: pues héte el embaidor triunfante, y el hombre crédulo á quien engañó, mas dispuesto á ser en lo sucesivo víctima de semejante charlatanería. Al contrario, si prevalece la enfermedad, el embelecador, valiéndose de efugios, de parola y trápala, ofuscará y atolondrará al pobre simple, que en cualquiera otra ocasion volverá muy confiado á recurrir al fingido arte.

Ademas de los *hechiceros*, *brujos*

y *encantadores*, corren por el mundo *saludadores*, *adivinos*, *agoreros*, *zahoríes*, y una caterva de impostores semejantes, á cuya facultad de obrar y pronosticar prodigios estraordinarios hay quien da asenso, aun en los pueblos cultos; si bien se van ya desterrando poco á poco tales preocupaciones al paso que la ilustracion que las naciones van adquiriendo, se comunica de los sabios y magistrados á los idiotas del vulgo.

Igualmente insensata es la creencia de que hay sugetos que solo con la vista hacen daño á los racionales é irracionales, teniendo en ella, segun quieren suponer, tal actividad é influjo nocivo, que *fascinan*, *aojan*, ó, lo que significa lo mismo, *hacen mal de ojo* á quien miran.

No os hablaré de los *duendes* ó *trasgos*, que se dice inquietan con miedos nocturnos las casas, despertando la familia, y haciendo mil travesuras y juguetes, que á veces solo existen

en la débil imaginacion y poco seso de quien todo lo cree sin exámen, y á veces son invenciones de algun picaron astuto que quiere reirse á costa de los amedrentados vecinos, ó pretende lograr por este medio algunos fines particulares.

Pero los que figuran que hay todos estos entes dañinos, tambien se persuaden á que hay personas dotadas de ciencia oculta que evita ó remedia algunos de los perjuicios causados por aquellos; y así el que no duda que hay *mal de ojo*, ya tiene lo mas adelantado para no dudar que hay quien le cura, y que se conocen muy especiales preservativos contra él, como por egemplo el ridículo emuleto de la *higa* que se acostumbra poner á los niños en figura de mano cerrada, las astas y las uñas de ciertos animales, y otras mil baratijas que adoptó la supersticiosa gentilidad, y que debe abominar todo cristiano.

Cuanto mas limitado y en tinieblas

tienen los hombres el entendimiento, mas propensos se hallan á esta vergonzosa credulidad; y por consiguiente inferireis que entre los salvages debe estar difundida y acreditada generalmente, atribuyendo ellos á los espíritus malos cuantos sucesos adversos les sobrevienen. En este caso se hallaba *Domingo*. Jamas habia oido decir, y menos sabido por propia esperiencia, la posibilidad de hacer hervir el agua; ni tampoco habia esperimentado sus efectos con probar á meter en ella la mano; por lo cual no se le alcanzó de que provendria el agudo y repentino dolor que sintió apenas tocó el agua caliente; y creyó desde luego que allí habia *sortilegio*, ú *mágica*, y que *Robinson* era un *hechicero* consumado.

Ahora, pues, hijos mios estad sobre aviso, y no os llameis despues á engaño. Mas de una vez advertireis ciertos efectos cuyas causas no acertareis á descubrir al principio. Encontrareis charlatanes, jugadores de manos, sal-

timbanquis, que con sus operaciones, ó mejor diré artimañas y embolismos, convertirán al parecer un pájaro en un raton; cortarán, por ejemplo, la cabeza á una gallina, y os la enseñarán despues viva y sana; en suma, harán mil cosas de esta jaez sin que logreis saber como las han hecho, aunque no les quiteis ojo. Si entonces os viniese la tentacion de pensar que hay en ello sortilegio, y que aquellos hombres son mágicos ó encantadores, acordaos de *Domingo*, y no le imiteis en juzgar sobrenatural lo que es en realidad naturalísimo. Para precaveros aun mas de tal debilidad, os haremos en un rato desocupado alguno de estos juegos de habilidad, y al mismo tiempo os enseñaremos á ejecutarlos para que así podais discurrir lo que serán los demas poco mas ó menos.

Ya he dicho que costó mucho á *Robinson* aquietar á *Domingo*, y reducirle á que se restituyese á su puesto para proseguir en dar vueltas al asador. Re-

solvióse por fin á ello el indio; pero entre horrorizado y curioso, mirando siempre el puchero, y fijando la vista á *Robinson*, á quien consideraba como criatura sobrehumana, no podia dejar de respetarle, y aun temerle: opinion en que se confirmaba al observar lo blanco de la tez y lo largo de la barba de su amo, que tanto le diferenciaban de *Domingo* y de sus paisanos, tostados y lampiños.

Nicolas. ¿Pues qué? ¿No tienen barbas los salvages de America?

El padre. En efecto no las tienen: y si bien se creyó mucho tiempo que se las hubiese negado naturaleza, dicen se ha notado de poco acá que el carecer de ellas consiste en el gran cuidado que tienen de arancarse el bozo al paso que les va apuntando, y aun hay naciones que hasta las cejas se arrancan.

Pero ya la sopa, las patatas y el asado estaban prontos; y por no tener cucharas con que comer aquella, la vertió *Robinson* en dos escudillas para to-

marla con caldo. No hubo forma de reducir á *Domingo* á que la probase, pues no dudaba fuese algun brevage encantado, y se estremecia solo de ver que *Robinson* le tomaba con gusto; pero comió del asado y de las patatas.

Ya supondreis que estos manjares sazonados al fuego parecieron deliciosos á *Robinson*: con lo cual olvidó las pasadas aflicciones y desdichas, contemplándose no en una isla desierta, sino trasladado repentinamente al pais mas habitado. Así la providencia en un instante con inesperadas satisfacciones sana las mismas llagas que abre en nosotros para nuestro mayor bien, aunque la sensacion del dolor nos las represente como los mas incurables males. Escuso deciros que en este feliz momento se acordó *Robinson* del autor de todas las felicidades, y le tributó las mas reverentes gracias.

Cuando hubieron acabado de comer, se retiró á meditar á solas muy seriamente sobre la afortunada mu-

danza acaecida en su situacion. Todo cuanto le rodeaba se le ofrecia con aspecto mas plácido y risueño. Ya no viviria solitario, pues tenia compañero; y aunque por entonces no podia conversar con él, bastaba la compañía de aquel hombre para consolarle en parte, y prometerle los mayores auxilios. No careciendo á la sazon, como antes carecia, de fuego, usaria de alimentos sanos y gratos al paladar.— ¿Quién te quitará ahora, se decia á sí propio, vivir satisfecho y sin afanes? Goza en paz de los varios beneficios que te ha dispensado el cielo. Tienes frutas en abundancia, y aun rebaño para proveer mas que suficientemente tu mesa de cuanto desees. Disfruta la tranquilidad y el regalo, y desquítate de las penalidades y estrecheces que has sufrido años enteros. Trabaje para tí *Domingo*, que es mozo y robusto; y pues te debe la vida no sin riesgo de la tuya, páguete deuda de tanto valor con servirte.

Ocurrióle aquí una reflexion que trastornó todas sus ideas.—

Pero ¿qué seria, continuó, si vieses desaparecerse en un momento toda esta gran prosperidad? ¿Si *Domingo* se muere? ¿Si se vuelve á apagar el fuego? — Solo de imaginarlo le daban temblores, y se le helaba la sangre.

¡Cuánto se agravaria tu desdicha, proseguia, si habituado á una vida cómoda, agradable y descansada, llegases á imposibilitarte de sobrellevar de nuevo la misma situacion dura, triste y trabajosa en que ya te has visto, y sin remedio alguno tuvieses que volver á ella! — Aquí arrojó un profundo suspiro.—

¿Á qué cosa debes tú principalmente el haberte corregido de tantas debilidades y defectos como en otro tiempo tenias? ¿Por ventura no lo debes *á la vida sobria y laboriosa* que tu estrecha constitucion te ha precisado á observar? Y ahora, abandonandote á la blandura y delicadeza ¿te habrias de esponer á

perder la salud y las fuerzas del cuerpo y del ánimo, que con la templanza y el trabajo has adquirido? ¡No lo permita Dios!—Al pronunciar estas palabras se levantó arrebatadamente, y empezó á pasearse en su patio con acelerados y desmedidos pasos. Entretanto *Domingo* recogió y guardó los relieves de la comida, y obedeciendo la órden de su amo, fue á ordeñar las llamas.

Robinson continuaba hablándose á sí propio.—Si desistieses de la aplicacion y frugalidad, presto olvidarias los infortunios que has sabido vencer y la benéfica mano que te ha ayudado á salir de ellos. No tardarias en hacerte ingrato, orgulloso, y acaso impío. Pidió luego á Dios le preservase de tan grave delito; y escuchad, queridos mios, la firme y acertada resolucion que tomó.

Para merecer, dijo, nuevos beneficios del cielo, observaré la mayor sobriedad, prefiriendo los alimentos sencillos, por mas abundantes y diversas que sean mis provisiones. Perseve-

raré en mis tareas con la misma constancia, aun cuando sean menos urgentes. En cada semana comeré un dia los mismos manjares crudos con que hasta aquí me he mantenido; y pasaré el último dia de cada mes en la propia soledad á que me he visto reducido desde que habito esta isla, lo cual se compondrá con enviar á *Domingo* á mi *campo* por todo aquel dia.

Despues de haber formado tan virtuosos y recomendables designios, esperimentó la dulce y pura satisfaccion, fruto seguro de los esfuerzos que hace el ánimo para llegar á lo mas perfecto; y al preveer las felices consecuencias de estos sacrificios voluntarios, la serenidad de su semblante denotaba la deliciosa complacencia de que le rebosaba el pecho. Pero demasiado le habia acreditado la esperiencia lo mudable del corazon humano, para que dejase de conocer cuanto importaba precaver toda inconstancia; y así juzgó oportuno fijar una se-

ñal bien notable que, puesta siempre á la vista, le recordase muchas veces al dia sus loables propósitos. Á este efecto, grabó con su hacha en el peñasco que estaba encima de la entrada de la gruta estas dos palabras: *Trabajo: Sobriedad.*

Quiero daros hasta mañana, hijos mios, por asunto de vuestras reflexiones la consideracion de estas instructivas circunstancias de la vida de nuestro amigo *Robinson.*

Dedicaos á examinar si entre ellas hallais alguna que imitar útilmente; y quedemos en que me habeis de comunicar vuestras ideas, y en que yo os he de participar tambien las mias.

TARDE DÉCIMANONA.

El padre. ¡Qué anhelo! ¡qué tropelía! —Ya me hago cargo de que es esta la hora en que solemos hablar de las aventuras de *Robinson.* Muy afanados he advertido á ustedes hoy, caballeros; y se ha cuchucheado bravamente. Sin duda traemos entre manos algun proyecto importante.—Pero mirad que me estais incomodando. Vaya! no os acerqueis tanto á mí.—Dejadme subir en este alto.—Ahora, pues, ¿de qué se trata?

Todos. Suplicamos á Vm.—Querido papá, suplicamos....

El padre. ¿Qué cosa?

Todos á un tiempo. Quisiéramos........— Yo deseo.....—Si Vm. nos permitiera.....—

El padre. Chiton. No nos entenderemos, si hablais todos á un tiempo. Esplíquese uno despues de otro. Empieza tú, Henrique.

Henrique. Yo, y Nicolas, y Juan rogamos á Vm. nos permita no comer mañana á medio dia.

Ramon. Y Basilio, y Carlitos, y yo no almorzar sino pan seco, y no cenar cosa alguna.

El padre. ¿Por qué?

Juan. Quisiéramos nosotros tambien aprender á vencernos como *Robinson*.

Nicolas. Y acostumbrarnos á sufrir algo el hambre, para sentirla menos cuando tengamos que padecerla.

Ramon. Sí: y ademas nos alegraríamos de que se nos permitiese no acostarnos mañana á la noche, y pasarla en vela.

El padre. ¿Y á qué fin?

Ramon. Mire Vm.—Alguna vez podrá llegar el caso de trasnochar; y entonces se nos hará mas cuesta arriba.

El padre. Mucho me alegro, hijos mios, de que conozcais cuanto conviene priyaros de intento una ú otra vez de algunas cosas gratas, para aprender á sobre llevar mas facilmente la privacion forzada de ellas. Así se fortifican á un

tiempo el cuerpo y el ánimo. Por esto os concedo lo que me pedís; pero con condicion de que lo habeis de ejecutar voluntaria y alegremente; y de que si acaso os parece muy dificil, lo direis con franqueza.

Todos. ¡Ó! no......—No nos será muy dificil.

El padre. Vaya en hora buena. Pero ¿qué? ¿Me he de quedar yo en zaga? Atended.

Bien sabeis que desde mis primeros años me dejaron acostumbrar á cosas harto perjudiciales, que para mí se han convertido ya en otras tantas necesidades, aunque todas imaginarias. Me hicieron tomar té y café, y me dejaron beber vino y otros licores. Insensiblemente me he habituado á fumar cigarros y tomar tabaco de polvo. Ahora, pues, todas estas superfluidades, usadas diariamente, debilitan el cuerpo, y nos sujetan á tan contínuas necesidades que á cada instante echamos menos alguna cosa cuya privacion nos in-

comoda, y aun nos hace padecer, pues suelen acometerme dolores de cabeza á que probablemente no estaria espuesto si desde mi juventud me hubiese abstenido de bebidas cálidas. Estas consideraciones y el ejemplo de *Robinson* me determinan á renunciar al uso frecuente de todo esto. Así desde mañana vereis como empiezo á poner tasa en vino, licores, té y café, hasta acostumbrarme á no beberlos sino muy de tarde en tarde, ó en dias y años de ciertas personas, y en otras celebridades, y siempre en moderacion.

Habiendo radicado en mí la edad progresivamente estos habituales apetitos, se me hará duro reprimirlos; pero cuanto mayores sean las dificultades, mayor será tambien la satisfaccion que me resulte de vencerlas. Las gentes glosarán esto de varias maneras. (*) Ese hom-

(*) ¿Si se verificará este propósito? dijeron algunas gentes, meneando la cabeza cuando oyeron hablar de todas estas resolu-

bre quiere singularizarse, dirán unos, y hacerse un remedador de Diógenes, que se privaba de todo aquello que no era absolutamente necesario para la conservacion de la vida. Es un hipocondríaco, dirán otros, que se complace en atormentarse á sí propio.—Compadezcámoslos.—Cuando se trata de una cosa inocente, legítima y útil, no hay que titubear, hijos mios: hagámosla sin detenernos á inquirir lo que pueda decirse en contra. Dejemos á los demas hablar como se les antoje, y practiquemos con entereza lo que dicte la razon. No faltará quien me pronostique alguna enfermedad solo porque intento salir del estado de enfermo de cuerpo y

---

ciones. Se verificará en efecto, replicó el padre: y la esperiencia acreditó que tenia razon. Cada individuo de la familia ganó en robustez á proporcion de lo mas ó menos que observó el género de vida mas conforme á la sencilla naturaleza. *Nota del autor añadida en la segunda edicion alemana.*

ánimo; pero creed que cuando uno tiene valor para volver á seguir la senda de la naturaleza, no ha de consultar indistintamente á todos, porque los mas van desviados de ella.

Me ha parecido oportuno insistir en este punto, para aseguraros que cualquiera es capaz de vencerse á si mismo, cuando lo emprende de veras; y que no hay hábito tan inveterado que no podamos desechar, si nos dedicamos seriamente á conseguirlo.

Así, pues, quedamos convenidos en que cada uno de nosotros pondrá en ejecucion lo que voluntariamente ha determinado. Y ahora volvamos á nuestro *Robinson.*

Desde su llegada á la isla no se habia hallado en tan feliz situacion como la que entonces gozaba, sin que le quedase mas sobresalto que el temor de que volviesen presto los salvages á buscar á sus dos compañeros, lo cual verosímilmente le espondria á otra sangrienta refriega. Estremecióse al con-

templar podia verse de nuevo reducido á la sensible alternativa de verter la sangre humana, ó de sufrir cruel muerte.

El caso le constituia en precision de atender á su seguridad, poniéndose en estado de defensa. Mucho tiempo habia que anhelaba fortificar mas su habitacion; y mientras permaneció solo, juzgó imposible llevar á efecto semejante designio; pero teniendo ya compañia, le pareció debia emprender la obra. Subió, pues, á lo alto de la colina para formar el plan de fortificacion; y no tardó mucho en trazarle, porque desde allí registraba de una mirada todo el terreno. Ideó abrir al rededor de su vivienda por la parte de afuera de la cerca de árboles un foso ancho y profundo, cuya orilla interior iria guarnecida de una fuerte estacada.

Carlitos. ¿Qué es estacada?

Juan. Poca memoria tienes.—Las estacas puntiagudas que papá hincó en tierra una junto á otra al rededor de un re-

bellin de nuestro fuerte. La fila de todas ellas forma una estacada.

Carlitos. ¡Ay! es verdad.....—Oigamos.

El padre. Concibió el pensamiento de dividir en dos brazos el arroyo inmediato, de los cuales el uno fluiria en el foso, y el otro atravesaria el patio para que en caso de sitio no le faltase agua.

No era fácil dar á entender por señas á *Domingo* todo este proyecto; pero apenas llegó á comprender algo, cuando fue corriendo á la orilla del mar, y volvió cargado de conchas grandes y de piedras chatas y cortantes, á propósito para usar de ellas como herramientas con que profundizar la tierra. Entrambos pusieron luego manos á la obra.

Ya os figurareis que no era corta empresa la que intentaban, puesto que para que el foso correspondiese algun tanto al propuesto fin debia tener á lo menos seis pies de profundidad, ocho de ancho, y de largo como de ochenta á cien pasos.

¡Haber de trabajar sin tener para ello

ni pico, ni pala, ni instrumento alguno de hierro! ¡Considerad qué apuro! Ademas se necesitaban al pie de cuatrocientas estacas. Cortarlas, formarlas, solo con una hacha de piedra, era empeño muy arduo; y para colmo de tantas dificultades, no habia forma de dirigir el arroyo al foso, si antes no se abria un canal que en cierto parage habia de pasar por debajo de un otero; y por consiguiente se hacia indispensable penetrar este de parte á parte socavándole.

Ni el conjunto de tales obstáculos bastó para retraer á nuestro amigo de la determinacion ya tomada, pues con la vida sobria y laboriosa habia adquirido para semejantes fatigas aquel valor de que carecen los hombres criados en el ocio y estragados por el deleite y contínuo regalo. *Con Dios y con perseverancia*: esta era la sentencia, esta la invocacion que pronunciaba siempre que emprendia alguna maniobra penosa y de larga ejecucion; y bien sabeis que cuando llegaba á resolverse,

nunca desmayaba hasta llevar al cabo su intento.

Así lo acreditó en esta ocasion, trabajando él y *Domingo* diariamente de sol á sol con tanto gusto como eficacia; y no puede creerse lo que así adelantaron, en medio de hallarse destituidos de instrumentos adecuados.

La fortuna fue que en dos meses consecutivos no se dejaron ver los salvages, pues el viento contrario que reinaba les habia impedido pasar á la isla de *Robinson*, el cual, durante aquella temporada, pudo entregarse á su tarea sin necesidad de tomar precauciones contra cualquier acometimiento.

Al paso que trabajaba, iba poco á poco enseñando el aleman á *Domingo*, con quien deseaba esplicarse en esta lengua: y puso el discípulo por su parte tanto cuidado, que en breve tiempo hizo mas que medianos progresos. Seguia para ello *Robinson* cabalmente el mismo método con que os voy enseñando el latin y el frances. Siempre

que era dable, le presentaba á la vista el objeto, y pronunciaba con toda claridad el nombre ó palabra que le significaba; pero cuando las cosas eran de aquellas que no se podian ofrecer á la vista, acompañaba el vocablo con ademanes tan espresivos, que no podia *Domingo* equivocarse; y aprendió de este modo en menos de seis meses lo bastante para esplicarse razonablemente en aleman.

¡Cuánto subió de punto con esto la dicha de nuestro *Robinson*, que hasta allí habia vivido con *Domingo* como con un mudo! De aquí adelante podrán comunicarse mutuamente sus pensamientos, y llegar á ser amigos. Véase que frívola habria sido hasta entonces la complacencia que hallaba *Robinson* en la charla insubstancial de su papagayo, comparada con la satisfaccion real y efectiva que á la sazon esperimentaba.

Al paso que iba tratando á *Domingo*, descubria el candor y franqueza

de este jóven, y especialmente la lealtad y amor á su amo; y por lo mismo le iba tambien cobrando cada dia mayor inclinacion, de que le daba claras muestras con admitirle de noche sin el menor rezelo á dormir en su gruta.

En menos de dos meses acabaron la obra del foso, viéndose en estado de no temer á los salvages, y aun de rechazarlos en caso de invasion; pues antes que alguno de ellos pudiese saltar el foso y la estacada, seria fácil á los dos sitiados traspasarle á lanzadas ó á flechazos; con lo cual juzgaron haber ocurrido suficientemente á su propia seguridad.

Hallándose un dia *Robinson* y *Domingo* cerca de la orilla del mar en una altura, desde donde podian tender la vista por el piélago, divisaron algunas islas que se manifestaban á lo lejos como una nube. Fijó *Domingo* hácia aquella parte los ojos, empezando de repente á dar brincos y saltos, á deshacerse con movimientos

y gestos tan descompasados y estravagantes, que *Robinson* temió le hubiese sobrevenido alguna súbita demencia. ¡Ánimo! ánimo! esclamó, continuando siempre en agitarse. Preguntóle su amo la causa de aquellos estremos; y él, casi sin poder hablar de gozo, le respondió con voz mal articulada: *Aquella es mi tierra*; *allí está mi nacion*. Su semblante, ojos y ademanes denotaban el amor de la patria y el ansia de volver á verla: lo cual no agradó mucho á nuestro europeo; pues aunque era tan loable aquella propension, como que acreditaba que *Domingo* amaba su patria, amigos y parientes, temia *Robinson* llegase á abandonarle, y volverse al pais nativo, siempre que se le proporcionase coyuntura favorable. Para salir de dudas quiso apurar sus intenciones, y trabó con él la siguiente conversacion, que os dará á conocer el recomendable carácter de *Domingo*.

Robinson. ¿Con qué tendrias gana de

volver á ver á tus paisanos?

Domingo. Sí, por cierto: mucho me alegraria de verlos.

Robinson. Y aun quizá desearias volver á comer con ellos carne humana.

Domingo. Eso no; antes bien les enseñaria á no ser tan feroces, á alimentarse de leche y carne de animales, y sobre todo á abstenerse de la de hombres.

Robinson. ¿Y si te comian á tí?

Domingo. No harán tal.

Robinson. Con todo, á muchos han comido ya, y á otros muchos comerán todavía.

Domingo. Sí; pero solo á sus enemigos.

Robinson. ¿Acertarias tú á hacer una canóa para pasar allá?

Domingo. Sin duda.

Robinson. Pues bien: hazla, y parte cuando gustes.—¡Cómo! ¿Bajas los ojos? ¿Qué tienes? ¿Por qué te entristeces?

Domingo. ¿Qué ha de ser?—Que mi querido amo está enojado.

Robinson. ¿Enojado?

Domingo. Sí; porque quiere despedirme.

Robinson. Pues ¿no anhelabas ahora estar en tu patria?

Domingo. Asi es; pero no yendo mi amo conmigo, tampoco quiero ir allá.

Robinson. Tu nacion me reputaria como enemigo, y me devoraria. Mejor será que te vayas solo.—Pero ¿qué haces? ¿Por qué me has quitado el hacha de la cinta, y me la has puesto en la mano? ¿Por qué inclinas la cabeza, y me ofreces el cuello? ¿Qué quieres que haga?

Domingo. Que me mates. Antes quiero morir que verme despedido.

Al decir estas palabras vertia un torrente de lágrimas.

Enternecido *Robinson*, le abrazó, diciéndole: Tranquilízate querido *Domingo*: es mucho le que te amo para desear separarte de mí. Lo que decia era solo por esperimentarte, y descubrir si tu amistad era igual á la mia. Estas lágrimas de gozo y de ternura, que me ves derramar, salen por fiadores de mi síncero afecto. Ven acá; recibe este nuevo

abrazo; enjuguemos nuestro llanto; y no nos separemos jamas.

Para distraer á su fiel *Domingo* del pesar que acababa de ocasionarle, volvió á hablarle de la canóa, haciéndole varias preguntas acerca de ella. Oidas sus respuestas, le tomó de la mano, y le condujo á que viese la barca que algunos años antes habia empezado. Reconociéndola *Domingo*, se sonrió al hallar tan poco adelantada la obra respecto al tiempo empleado en ella; pues apenas estaba ahondada la tercera parte del tronco. Preguntóle *Robinson* que era lo que desaprobaba; y *Domingo* le replicó que advertia mucho tiempo perdido, y mucho trabajo desperdiciado, y que un árbol como aquel se podia ahuechar mejor, y en pocos dias, con el auxilio del fuego. Al oir esto *Robinson*, se enagenó de gozo: ya veia acabada la canóa, ya bogaba en alta mar: ya, despues de una navegacion feliz, llegaba al continente; ya conversaba con europeos. ¡Qué halagüe-

ñas ideas! — Quedaron en que se daria principio á la tarea el dia siguiente al amanecer.

Teodora. ¡Á! Presto se nos va á acabar la diversion.

El padre. ¿En qué te fundas?

Teodora. Cuando tenga *Robinson* un barquito, poco tardará en hacerse á la vela; y en volviendo por acá, ya no tendrá papá historias suyas que contarnos.

El padre. ¿Y qué? ¿No renunciarias de buena gana este gusto, á trueque de que lograse nuestro pobre amigo el alivio de los males que padece en su isla desierta?

Teodora. ¡Á, sí! No habia caido en ello.

El padre. Por otra parte ¿quién sabe lo que podrá sobrevenir, y si por ventura se verá precisado á suspender la construccion del bajel, ó su partida? Todo lo venidero es incierto; pues suceden tales acasos que muy frecuentemente salen errados nuestros juicios, y malogradas las mas sólidas esperanzas.

Toda persona cuerda rezela tales vaivenes de la suerte, viviendo prevenida para cuanto pueda ocurrir.

Así lo practicó *Robinson*, como tan esperimentado en lo que son contingencias y adversidades, y aunque el mas ardiente de sus deseos era el de volver á su patria, se contentaba por entonces con figurarse como posible esta dicha, confiando que, si le era conveniente, ya se la facilitaria la suma providencia, pero siempre resignado con lo que esta dispusiese. Discurriendo así, se restituyó á su mansion; —y ya es hora de que nosotros nos retiremos tambien á la nuestra.

TARDE VIGESIMA.

El padre. ¡Ahora bien, hijos mios: me parece estais todos de buen humor, en medio de haber cada uno cumplido fielmente la determinacion que ayer tomó de abstenerse hoy de una comida. Decidme con franqueza ¿cómo os sentís?

Todos. Muy bien.—Muy bien.

El padre. Ya veis que no solo estoy vivo, sino que no me hallo indispuesto, aunque en todo el dia no he usado de otra bebida que agua y leche.

Nicolas. Si fuera menester, aun ayunaria yo mas tiempo.

Todos. Tambien yo.—Yo tambien.—Es una friolera.

El padre. Tampoco es del caso tanta abstinencia; y aun podria perjudicaros á la salud. Pero, si quereis, os propondré otra clase de ejercicios que os serán muy útiles.

Todos. Sí, papá.—Sí, papá.

El padre. Cada uno de vosotros ha hecho

hoy bastante, principalmente habiéndose obligado á pasar una noche sin dormir. Pero de aquí adelante deseareis trabajar no solo en fortificaros el cuerpo, sino tambien en dar elevacion al alma para distinguiros entre los hombres, y haceros capaces de contribuir eficazmente á la dicha de vuestros semejantes, y de fabricaros por este medio vuestra felicidad propia. Voy á proponeros el plan que hemos de seguir.

Para instruiros é instruirme. os leeré varias obras de los antiguos sabios, en cuya escuela se formaron aquellos hombres ilustres que tanta admiracion os han causado cuando he recorrido con vosotros diversos pasages de la historia antigua. Sacaré, pues, de dichas obras, y escribiré cada semana en una tabla cubierta de papel uno de los útiles preceptos ó documentos que dieron muchos prudentes filósofos á sus discípulos, y os lo esplicaré, declarándoos como podreis en el discurso de la se-

mana ejercitaros con método sencillo y grato en la práctica del mismo precepto. Mas no os prometais conseguirlo sin que de cuando en cuando os cueste algunos sacrificios; pues á veces tendreis que armaros de paciencia para carecer de ciertas diversiones que os gustan con preferencia, y á veces habreis de sujetaros á cosas harto desagradables. ¿Cómo ha de ser? No hay otros medios seguros de adquirir poco á poco aquel espíritu varonil que necesitamos para dominar nuestras desarregladas inclinaciones, y conservar firmeza de ánimo en toda especie de contratiempos y peligros. Por lo que á mí toca, como ya he dejado de ser mozo, no me ceñiré meramente á enseñaros el camino; antes, para serviros de guia, le emprenderé, por mas arduo que parezca. En suma, no os aconsejaré cosa alguna de que al mismo tiempo no os dé el ejemplo. ¿Qué tal os parece la proposicion?

Todos. Muy bien. — La aceptamos. —

Con mucho gusto. (*)

El padre. Pues, hijos mios, empezaremos en breve; y volvamos ahora á nuestro *Robinson.*

Lo que ayer os anuncié como cosa posible, fue lo que en efecto sucedió.

Teodora. ¿Y qué sucedió?

(*) En una nota añadida en la segunda edicion del original aleman de la presente obra cita su autor una prueba de los buenos efectos de este método de educar niños y jóvenes, acompañando las instrucciones saludables con el ejercicio práctico, y haciéndolos acostumbrar á vencerse á sí mismos, primero en cosas leves, y progresivamente en otras de entidad, hasta que lleguen á adquirir valor y firmeza para acomodarse á todo. Asegura, pues, el señor *Campe* que, estando para mudar la dentadura algunos de los niños á quienes educaba, y habiéndoles persuadido seria conveniente sacarles las muelas y dientes dañados, se sujetaron á esta dolorosa operacion tan voluntaria y alegremente, que, maravillado el dentista, declaró no haber visto jamas, ni aun en hombres hechos, tanta serenidad y resistencia.

El padre. Os decia que en los negocios de la vida suelen frustrarse de improviso las mas fundadas esperanzas; y así, por mas verosímil é inmediata que pareciese la partida de *Robinson* de su isla, podria quizá sobrevenir algun obstáculo que le obligase á mantenerse en ella mas tiempo: obstáculo que se verificó al siguiente dia.

En él empezaron las grandes lluvias, que, segun habia observado *Robinson* desde que habitaba en la isla, se esperimentaban constantemente dos veces al año, y siempre al tiempo de los equinoccios.

Carlitos. ¿Y los equinoccios qué son?

Basilio. Los dos tiempos del año en que por toda la tierra son iguales las noches y los dias.

El padre. En la estacion lluviosa, que por lo regular duraba de uno á dos meses, no se podia ejecutar al descubierto obra alguna: tal era la violencia y la continuacion de los aguaceros. Asimismo habia notado *Robinson* á cos-

ta suya, que nada perjudicaba tanto á la salud en aquel clima como arriesgarse á salir y mojarse entonces. No hubo remedio: fue preciso suspender la construccion de la canóa, y buscar ocupacion sin salir de la vivienda.

¡Qué feliz recurso para *Robinson* en aquellos dias de lluvia, y en aquellas largas y obscurísimas noches tener fuego y luz, y poseer un amigo con quien, mientras ambos trabajaban, podia hablar confidencialmente, y divertir sus melancolías! Antes pasaba las tristes noches solo, mano sobre mano y en tinieblas; cuando á la sazon, sentado con *Domingo*, y se ocupaba en algo, ya conversaba con otro racional, y no le agoviaba el intolerable peso del fastidioso aburrimiento.

Por medio de *Domingo* se enteró de cuantos arbitrios usaban los salvages para proporcionarse algunas conveniencias; y por su parte *Robinson* le enseñó mil cosas que ni por imaginacion habian llegado á noticia de los salvages.

Así acrecentaron ambos el caudal de sus nociones é industria; y con los mutuos auxilios de su respectiva capacidad pudieron ejecutar varias obritas, impracticables para el uno y el otro, si hubiesen estado solos. Quedaron entonces íntimamente persuadidos de la utilidad que resulta á los hombres de vivir unidos, y dependientes unos de otros mediante los vínculos de la sociedad y del amor de sus semejantes, prefiriendo esto á andar errantes y dispersos cada uno por su lado sobre la faz de la tierra como las fieras.

Con cortezas estoposas de varias plantas sabia *Domingo* hacer esteras de tejido bastante fino y apretado para formar una especie de tela á propósito para vestidos; y habiéndose impuesto *Robinson* en el modo de fabricarla, ayudó á su compañero hasta hacer suficiente provision de aquellas esteras para vestirse ambos. ¡Cuánta complacencia tuvo *Robinson* en poder al fin dejar el trage incómodo de pieles sin curtir,

con que hasta entonces se habia visto necesitado á cubrir su desnudez!

Tenia *Domingo* ademas la habilidad de hacer con la estopa de la cáscara esterior del coco, y con las cortezas de otras plantas semejantes al lino, cuerdas muy superiores á las que *Robinson* habia fabricado anteriormente; y poseia un método particular de hacer redes de hilo: agradable entretenimiento en que pasaron sin sentir muchas noches, que de otro modo les hubieran parecido interminables.

Entre estas ocupaciones sedentarias procuraba *Robinson* dedicarse á disipar las tinieblas del entendimiento de su amigo, y sobre todo á insinuarle poco á poco las verdaderas y sublimes ideas de la divinidad. Facilmente podreis comprender en que ignorancia y en que errores crasos se hallaba *Domingo* por lo tocante á la Religion, si atendeis al diálogo siguiente entre él y su amo.

Robinson. Dime, amigo *Domingo*: ¿sabes quién crió el cielo, la tierra, el

mar y los animales, y nos crió á tí, á mí y á todos los hombres?

Domingo. Y ¡cómo que lo sé! El *Tupan* es quien crió todo eso.

Robinson. ¿Quién es el *Tupan*?

Domingo. El que produce el trueno.

Robinson. Pero ¿ese que produce el trueno quién es?

Domingo. Es un anciano antiquísimo que vivia antes de todas las cosas. Es mas antiguo que el sol, luna y estrellas. Todas las criaturas le dicen *Ó!* con lo cual queria *Domingo* significar que todos los entes le invocaban.

Robinson. ¿Adónde van tus paisanos cuando mueren?

Domingo. Van hácia donde está el *Tupan*.

Robinson. ¿Y el *Tupan* donde está?

Domingo. Reside en montañas muy encumbradas.

Robinson. ¿Hay por ventura algun hombre que le haya visto en lo elevado de esas montañas?

Domingo. Solamente los *Ovokakéis*, es

á saber los sacerdotes, gozan la prerogativa de subir hasta él. Dícenle Ó! y despues nos refieren lo que él les ha dicho.

Robinson. ¿Gozan alguna felicidad los que despues de la muerte van á permanecer cerca de él?

Domingo. Sí ciertamente, siempre que hayan muerto y devorado á muchos de sus enemigos.

Estremecióse *Robinson* al oir opiniones tan erróneas como bárbaras; y desde entonces se dedicó seriamente á dar á *Domingo* ideas racionales y sanas no menos de la divinidad que de la vida futura. Enseñóle que Dios es un sér infinitamente bueno, sabio y poderoso, que lo ha criado todo, que gobierna y conserva todas las cosas; que ni ha tenido principio, ni tendrá fin; que está presente en todas partes; que conoce nuestros mas ocultos pensamientos, oye todas nuestras palabras, y vé todas nuestras acciones; que se complace en el bien, y abor-

rece el mal; y que no quiere hacer bienaventurados en la otra vida á otros que á los que se aplican de todo corazon y con todas sus fuerzas á ser cada dia mejores.

Escuchaba *Domingo* con respetuosa atencion estas consolatorias lecciones, estampándolas profundamente en la memoria; y como el zelo del maestro en comunicar la instruccion competia con el deseo del discipulo en adquirirla, no tardó este en convencerse de las principales verdades de la Religion, á lo menos en cuanto alcanzó aquel á esplicárselas. Desde entonces se contempló *Domingo* afortunado en haber sido conducido de su patria á la isla donde se hallaba, y no dejó de hacer tambien la reflexion de que la divina providencia le habia mirado con ojos misericordiosos cuando dispuso diese en manos de sus enemigos; puesto que, á no ser por tal acaecimiento, nunca hubiera conocido á *Robinson*, y por consiguiente hubiera ig-

norado que debia creer acerca del Sér infinitamente bueno y poderoso.

En lo sucesivo cuidó siempre *Robinson* de hacer su oracion diaria en presencia de *Domingo*; y seria espectáculo muy tierno ver con cuanta devocion y alegría iba este repitiendo las palabras de la humilde deprecacion de su amo. En aquel género de vida eran ambos lo mas felices que podian ser dos hombres enteramente separados del resto del linage humano.

Pasaron la melancólica temporada de las lluvias sin esperimentar el menor tedio ni displicencia: y aclarando ya el cielo, aplacados los vientos, y desvanecidas las tempestuosas nubes, volvieron *Robinson* y su compañero á respirar el aire suave y templado de la primavera, que les restauró las fuerzas; con lo cual se entregaron gozosos á la importante tarea que antes del temporal habian proyectado.

Domingo, como maestro carpintero de ribera, ahondó el tronco, valién-

dose del fuego. Este medio era tan eficaz y tan ejecutivo, que, por no haber dado en él desde luego, se creia *Robinson* el hombre mas rudo; pero se consolaba diciéndose á sí propio: y cuando este arbitrio me hubiese ocurrido ¿habria yo podido ponerle en práctica, careciendo, como carecia, de fuego?

Omitiré especificaros los progresos diarios de la obra, ya que la individual relacion de ella poco ó nada os ha de interesar ni instruir; y me ceñiré á deciros que esta barca que *Robinson*, estando solo, dificilmente hubiera construido en muchos años, se concluyó del todo con el auxilio de *Domingo* en dos meses. Unicamente faltaban una vela, que *Domingo* tomó por su cuenta, y los remos, que *Robinson* se encargó de labrar.

Nicolas. ¿Y cómo podia hacer la vela, si no tenia lienzo?

El padre. Es positivo que no sabia tejerle, y que ni menos tenia telar para

ello; pero ya os dije poseia la habilidad de hacer con cortezas de plantas ciertas esteras de que se valen los salvages en vez de lana, ú otro lienzo para velamen.

Ambos remataron su tarea casi al mismo tiempo: *Robinson* la de los remos, y *Domingo* la de la vela; y pronto ya el barco en el astillero, solo faltaba botarle al agua.

Carlitos. ¿Y qué viene á ser eso?

El padre. ¿Nunca has visto en la orilla del *Albis* como se echa al rio un navío nuevo?

Carlitos. Sí, sí: algo de eso he visto.

El padre. Habrás reparado que primero se construye la embarcacion en un tablado cóncavo, que es el *astillero*, descansando en los maderos llamados *picaderos*. Despues, quitados los *puntales* ó *escoras*, que mantienen el buque en la *grada*, resbala este sobre las *aimadas*, en que cargan ciertas vigas untadas de sebo, que llamán *ánguilas*, sirviendo de basa en que estriban los pun-

tales que por uno y otro lado sostienen el bajel para que no se incline á ninguna banda, y salga felizmente al agua. Pues esto es lo que se llama *echar ó botar al agua* un navío.

Por desgracia distaba de la orilla del mar unos mil pasos el parage donde se habia construido el barco; y ocurria la dificultad de conducirle desde tan lejos. Tratábase de si le habian de llevar á hombros, arrastrarle, ó llevarle rodando, y todas tres cosas eran impracticables á causa del excesivo peso del esquife. Quedáronse perplejos é indecisos sin saber como salir del apuro.

Basilio. Pues ¿tenia mas *Robinson* que hacer unas palancas á manera de aquellas con que, sin ayuda de nadie, sacó fuera de su gruta dos crecidos peñascos?

El padre. No habia echado en olvido el buen uso que podia hacer de un instrumento tan sencillo; y por tanto recurrió á él en esta ocasion; pero era tan lento el efecto de aquella máquina,

que calculó necesitaria un mes entero para llevar la canóa hasta la orilla del mar. Por fortuna se acordó de otro medio no menos sencillo, de que se valen en Europa varios obreros para conducir las cosas mas pesadas: quiero decir los *rodillos.*

Henrique. ¿Qué es *rodillo*?

El padre. Es un pedazo de madera largo y redondo que por su misma redondez facilmente rueda, y admite un movimiento progresivo. Colócanse estos rodillos debajo de las moles ó cargas que se intenta llevar de una á otra parte. Empújase luego la carga, y cede sin gran resistencia, adelantándose hácia el parage adonde la dirigen sobre los rodillos, que ruedan debajo y como por sí propios.

No bien hubo *Robinson* probado este método, cuando recibió la mayor complacencia al notar con que facilidad y prontitud hacia caminar el barco; y no tardó dos dias en verle ya botado al agua, con la satisfaccion

de advertir era muy á propósito para navegar.

Solo faltaba ya llevar á bordo las provisiones de boca que cupiesen en la canóa, y embarcarse para hacer el viage que anhelaban ambos. Pero ¿adónde habian de ir?

Los deseos de *Domingo* eran de dirigirse á la isla su patria; pero los de *Robinson* le llamaban hácia el continente, ó tierra-firme de América, donde esperaba encontrar españoles ú otros europeos. La isla de *Domingo* solo distaba cuatro millas; y el continente se hallaba á doce ó quince. Si desde luego arribaban á la isla, se alejaban de este algunas millas mas, aumentando así los riesgos de la navegacion, en la cual escasamente poseia *Domingo* la práctica indispensable para bogar hácia su isla, y ninguna para conducir la embarcacion á tierra-firme, al paso que *Robinson* ni aun alcanzaba tanto, por no haber navegado jamas en aquellos mares.

Finalmente las incertidumbres de *Robinson* cedieron al ardiente deseo que le asistia de buscar hombres civilizados: y así, á pesar de los inconvenientes y de las instancias de *Domingo*, se decretó que en la mañana del dia siguiente se dispondria la partida, y al primer viento favorable se harian á la vela bajo el divino amparo, encaminándose hácia donde *Domingo* creia encontrarian las mas cercanas costas del continente.

Pero ya es tiempo de que tambien hagamos nosotros nuestros preparativos, no para navegar, pero sí para velar esta noche, segun el propósito que con tanta valentía habeis formado.

Vámonos todos á nuestra especie de cuerpo de guardia, donde vuestra buena madre habrá cuidado de dejar algunas labores, en que nos ocuparemos para pasar mas agradablemente la noche. Dos de vosotros os apostareis de centinela en los dos estremos del jar-

din mas distântes entre sí: y á cada cuarto de hora iremos todos al son de pífanos y tambores á relevar las centinelas, ocupando otros dos su lugar, y tomando á su tiempo algun refrigèrio con una ligera colacion de fruta para poder llevar el peso de estas faenas militares.


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Helène Savoia Aosta
Napoli

TARDE XXI.

TARDE VIGESIMA PRIMERA.

El padre. ¡Qué bella noche de verano hemos pasado en vela! Hácia una parte del cielo veíamos la luna; hácia otra parte, aunque á lo lejos, nubes obscuras que despedian fuegos fatuos como si fuesen relámpagos. ¡Qué suave y templado el aire! ¡Qué tranquilidad manifestaba la naturaleza, cual si estuviese dormida! Con razon deciais esta mañana que nunca habiais pasado un dia tan agradable como esta noche.

Pero volvamos á *Robinson* y á *Domingo*, que ya lo habian embarcado todo y tenian viento favorable. Bien podeis despediros de ellos para siempre, porque ¿quién sabe si volveremos á verlos; ó por mejor decir, si volveremos á tener noticias suyas?

Todos. ¡Ay, papá! — Cuánto nos aflige esta partida!

El padre. Á tales sinsabores estamos los hombres espuestos; y es error lison-

jearnos de vivir siempre con las personas que mas amamos. Tal vez nos vemos precisados á sufrir los tormentos de una separacion inevitable; y por esto es gran cordura prepararnos de antemano á recibir semejantes golpes de fortuna.

Luego que salió *Robinson* de su morada, se detuvo en la colina á meditar un breve rato, dejando ir adelante al compañero. Recapacitó allá en su mente las varias situaciones en que se habia hallado durante su soledad en aquel destierro; y al acordarse de los señalados auxilios con que la providencia le habia asistido, sintió en lo íntimo del pecho una conmocion estraordinaria. Prorrumpió en un torrente de lágrimas de gozo que la gratitud le sacaba á los ojos; y levantándolos al cielo, como tambien las manos, dirigió al Omnipotente la mas fervorosa deprecacion.

¡Padre celestial! esclamó, ¿cómo acertaré yo á tributarte reverentes gra-

cias por cuanto en mi favor has hecho hasta ahora? Ya que no alcanzan palabras á espresar mi leal rendimiento, permíteme te lo signifique con acciones esteriores, ya arrodillado, ya postrado, ya revolcándome en el polvo de la tierra, ya anonadándome en tu presencia. Pero no hay cosa que se te oculte: tú me lees el interior: tú le ves cual rebosa en tiernos afectos de agradecimiento. Este corazon que te has dignado de reformar, y que no alienta sino por tí; este corazon tantas veces lleno de amargura, y que has consolado otras tantas; este, ¡ó Dios mio! es lo único que puedo ofrecerte como en reconocimiento de tus innumerables beneficios. Acéptale entero; y completa la obra principiada de su perfeccion. Recíbeme en tus brazos, que en ellos me entrego con plena confianza para que dispongas de mí segun tu voluntad paternal; y haz principalmente que nunca me separe del camino de la virtud por donde tú bondad me ha guia-

do. Con no menos tranquilidad que confianza en tí voy á correr acaso nuevos peligros. Acompáñame, y concédeme tu eficaz proteccion, fortaleciendo mi espíritu en los trances á que tal vez se verá espuesto, y preservándole de tibieza ó de ingratitud hácia tí, ¡ó mi Criador, mi Conservador, mi Dios, mi todo!....

Aquí cedió la facultad de pensar á la fuerza del sentir; y cosido el rostro con la tierra, no quedó á *Robinson* mas aliento que para derramar nuevas lágrimas, hasta que, algo animado, se levantó, y recorrió otra vez con la vista el espacio de un territorio que en aquel momento le era tanto mas grato cuanto iba entonces mismo á abandonarle. No de otra suerte que un hombre que deja su patria sin esperanza de volver en ella, miraba *Robinson* por la última vez con tristes y humedecidos ojos cada uno de los árboles que le habian prestado abrigo ú apacible sombra, cada una de las obras

ejecutadas por sus manos y con el sudor de su frente. Casi consideraba aquellos objetos como otros tantos amigos de quienes iba á separarse. Pero ¡qué pena no esperimentó al advertir á sus llamas paciendo al pie de la colina! Tuvo que apartar prontamente los ojos de su querido rebaño por no vacilar en la resolucion de ausentarse.

Su entereza venció al fin los impulsos de la ternura, apelando al valor. Abiertos y estendidos los brazos hácia la comarca, como en ademan de abrazarla juntamente con todo lo que en ella divisaba, esclamó en alta voz: ¡Á Dios, testigos de mis pasadas penas: á Dios para siempre! — Pero sus sollozos ahogaron este último *á Dios*: y volviendo á levantar otra vez los ojos al cielo, enderezó resueltamente sus pasos hácia la orilla del mar. Cuando iba caminando, vió á su amado y fiel papagayo, que le acompañaba, volando á su lado de un árbol en otro; y sin poder resistir el deseo de llevársele con-

sigo, alargó el brazo para presentarle la mano, y le llamó por su nombre. Llega *Pol* mas ligero que una flecha; pósase en la mano de su amo; sube apresuradamente por el brazo, y pónesele sobre el hombro. En esto alcanzó *Robinson* á *Domingo*, que ya le esperaba impaciente; y ambos se embarcaron sin dilacion.

Un dia treinta de noviembre á las ocho de la mañana, dia en que se cumplian los nueve años de la residencia de nuestro amigo en aquella isla desierta, se hicieron á la vela con tiempo sereno, y viento fresco y propicio. Mas apenas habian navegado algunos millares de pasos, cuando encontraron un *arrecife*....

Luisita. Por Dios, papá, díganos Vm. ¿qué es un *arrecife*?

El padre. Los marineros dan este nombre á una serie de escollos contiguos unos á otros, ya los cubra el agua, ya descuellen sobre ella en algunos parages. Este arrecife ó cordillera de pe-

ñascos se estendia desde un promontorio de la isla hasta mas de cuatro leguas mar adentro: y pareciéndoles arriesgado pasar por encima de aquellas peñas, cambiaron ó torcieron la direccion de la vela, para evitar los escollos tomando un rodeo.

Ramon. ¿Y cómo podian ellos saber hasta donde se estendia ese arrecife, si le cubria el agua?

El padre. Lo inferian por las olas del mar que se estrellaban en él; pues en los parages donde hay peñascos ocultos debajo del agua, son mayores las olas, y se muestran mas blancas y espumosas, porque, deteniéndolas los mismos peñascos, y repeliendo sus embates, las elevan y quebrantan.

Apenas habian llegado á emparejar con la punta mas saliente del arrecife, cuando fue de improviso llevada la canóa con tanta rapidez como si tuviese desplegadas muchas velas, y soplase en popa algun recio viento. Espantados los dos, se dieron prisa á arriar enteramente

su vela, creyéndose acometidos de alguna violenta ráfaga de viento; pero salió infructuosa esta maniobra, y la canóa cortaba las olas con la misma velocidad. Entonces conocieron se hallaban en medio de una corriente impetuosa que arrebatadamente los llevaba.

Nicolas. ¿Con qué hay corrientes en el mar?

El padre. No es menos desigual y escabroso el fondo del mar que la superficie de la tierra; y debajo del agua, al modo que sobre aquella, hay tambien montañas, cerros y valles. El agua acude naturalmente y corre con mayor aceleracion hácia los fondos mas bajos; y de aquí procede que se encuentran en alta mar corrientes tan caudalosas como en nuestro rio *Albis*, las cuales son por lo comun sumamente rápidas. Peligran mucho las embarcaciones pequeñas si tienen la desgracia de dar en estas corrientes; y suele ser dificil, cuando no imposible, salir de ellas, ó á lo menos dejar de verse frecuentemente ale-

jadas á ciento ó mas leguas de su derrota.

Ramon. ¡Pobre *Robinson.*! ¿Qué será de tí?

Luisita. ¿Por qué no se estaria quieto en su isla? — Bien me daba á mí el corazon lo que le ha sucedido.

El padre. De este viage sí que no debemos culparle; ni por haberle emprendido hemos de graduarle de ligero ú temerario, pues se determinó á él con muy prudentes y fundados motivos. Debe conformarse con cuanto ahora le acontece, considerándolo como cosa decretada por la providencia, á cuyas disposiciones se entregó enteramente desde luego.

En vano se valieron de los remos para salir de la corriente; pues un ímpetu irresistible los llevaba con la celeridad de una bala disparada, hallándose ya tan distantes, que habian perdido de vista las costas bajas de la isla. Parecia inevitable su desgracia, porque en menos de media hora les falta-

ba ya poco para perder tambien de vista la cumbre de la mas elevada montaña; y aun cuando cesase la corriente, les era ya imposible arribar á su isla, puesto que para gobernar el rumbo carecian de *brújula*.

Henrique. ¿De qué?

El padre. De *brújula*. Basilio, que por inclinacion quiere seguir la marina, te dirá lo que es.

Basilio. ¡Ojalá supiese yo, tan bien como sé esto, todo lo que se requiere para ser un buen marino! *Brújula*, querido Henrique, es una aguja tocada en el iman, y colocada en una caja redonda....

Henrique. Pero ¿qué viene á ser una aguja tocada en el iman?

Basilio. Una aguja como una de las comunes de hiero, á que se suele dar figura de flecha ó saeta, y que se ha tocado y restregado en una especie de piedra llamada *iman*. Con tocarla así, adquiere la aguja la admirable propiedad de que, puesta en equilibrio so-

bre un eje de cobre que llaman *estilo*, tiene siempre vuelta una de sus puntas hácia la parte del Norte. Por esta aguja se guian los navegantes para dirigir sus viages, cuando ya no ven mas que agua y cielo; pues de otro modo, presto perderian el tino sin saber hácia que parte hacer vela.

El padre. ¿Lo has entendido, Henrique?

Henrique. Así, así. Tratemos de la canóa, que peligra.

El padre. No teniendo aguja *Robinson*, le era imposible volver á arribar á su isla, si llegaba á perderla totalmente de vista. ¡Qué terrible situacion la que le amenazaba! Verse engolfado y estraviado en el inmenso océano á bordo de un ligero esquife, y sin mas víveres que para tres dias! ¿Puede discurrirse mas terrible conflicto? Entonces se manifestó claramente que una verdadera piedad y una conciencia irreprensible son un tesoro inestimable en las adversidades. Sin este precioso recurso ¿cómo hubiera soportado *Robinson* el gra-

ve peso de la desesperacion á que se hallaba reducido? Se hubiera arrojado, segun los impulsos de ella, á quitarse la vida para eximirse del cruel suplicio de morir de hambre.

Su compañero, cuya piedad no era tan sólida ni esperimentada como habia llegado á serlo la de *Robinson* por el número y por la duracion de las desgracias, se hallaba ya en el último grado de despecho. Inhábil para trabajar, enteramente desalentado, deja el remo, mira á su amo con ojos de rematada desesperacion, y le pregunta si se echará al mar para precaver de un golpe con breve muerte las insufribles ansias que le amenazaban? Hablóle primero *Robinson* afectuosamente, procurando confortar su valor: reprendióle despues con blandura su ninguna confianza en la sabiduría y providencia de quien todo lo dispone para el mejor fin: y le recordó en pocas palabras cuanto ya le habia enseñado sobre este punto. ¿Crees, le dijo, que solo en tierra es-

tamos en manos del Omnipotente? ¿No es tambien dueño de los mares? ¿Acáso no podrá, si lo juzga conveniente, mandar á estas olas, tan fatales ahora para nosotros, que nos conduzcan á un seguro asilo? ¿Piensas que con arrojarte al mar te has de eximir de lo que haya decidido hacer de tí? Ten entendido, jóven inconsiderado, que tu alma inmortal estará durante la eternidad sujeta al infinito imperio de Dios, y que jamas podrá aspirar á ser dichosa, si, rebelde á su soberano, intenta anticiparse á sus decretos irresistibles, rompiendo violentamente los vínculos que la unen con el cuerpo.

La verdad de estas saludables exortaciones hizo tal efecto á *Domingo*, que se corrió de su flaqueza. Al instante tomó el remo; y ambos bogaron sin cesar, aunque sin la mas remota esperanza de que su diligente afan pudiese salvarlos. *Robinson* decia: Cumplamos nuestra obligacion hasta el último aliento, pues nos toca hacer

cuanto de nosotros dependa para salvar la vida. Si perecemos aquí, será con el consuelo interior de que se ha cumplido la voluntad del Sér supremo; y su voluntad, amigo mio, añadió en voz entera y con la mas noble energía, procede siempre de su sabiduría inmensa, aun cuando nosotros míseros gusanos de la tierra, no penetremos las causas de los sucesos.

La rapidez de la corriente, que impelia la canóa, era siempre la misma. Ya solo se descubren las cimas de las montañas de la isla; ya únicamente se divisa el pico mas elevado, que va á desaparecer, ya en fin se desvanecen las últimas esperanzas de salvarse. Pero cuando todos los débiles auxilios humanos llegan á faltar, cuando la angustia de los desgraciados es estremada, entonces, hijos mios, entonces obra la mano poderosa del que todo lo gobierna; y el hombre que perecia se ve libre del riesgo por medios esquisitos que jamas le habrian ocurri-

do. Así se verificó en esta ocasion. Veia *Robinson* cercana é inevitable la muerte; pero en el momento mismo en que, rendido del cansancio, abandonaba los remos notó repentinamente que la velocidad del movimiento de la canóa cedia un poco: reparó tambien que el agua era menos turbia: ademas observó, tendiendo la vista por la superficie del mar, que la corriente se dividia en dos brazos desiguales, y que el mayor de ellos tiraba impetuosamente hácia el norte, mientras el otro por donde el barco navegaba era menos violento, y se inclinaba al sur.

Enagenado de gozo, se vuelve al desalentado compañero, y le dice: ¡Animo, *Domingo*! Dios quiere que vivamos. Dióle á conocer en que fundaba sus esperanzas: y ambos volvieron entonces con regocijo y prontitud á tomar los remos que el desfallecimiento les habia hecho abandonar. Estimulados de la dulce é inopinada confianza de librarse de la muerte, dedicaron los

mayores esfuerzos á desandar la corriente; y con gran satisfaccion vieron que su trabajo no era ya inútil. *Robinson*, como acostumbrado á costa de repetidas calamidades á observarlo todo con cuidado, notó que á la sazon podia favorecerles el viento; y soltó prontamente la vela. Tendida esta, é hinchada por el propio viento, contribuyó, juntamente con el vigor de sus brazos, á sacar de la corriente la navecilla para entrar en un mar bonancible. Saltaba *Domingo* de contento; y levantándose con ánimo de abrazar á su amo, le rogó este moderase por entonces sus estremos, pues todavía les quedaba mucho que vencer antes que pudiesen juzgarse enteramente seguros. En efecto, se hallaban tan engolfados en ancha mar, que solo divisaban su isla como un punto obscuro en lo mas lejano del horizonte.

Nicolas. ¿*Horizonte*? Y ¿qué es *horizonte*?

El padre. Cuando te hallas en campo razo ¿no te parece que el cielo, hácia

cualquier lado que mires en contorno, toca la tierra, formando como una bóveda grande que arranca desde la tierra misma?

Nicolas. Eso me parece en efecto.

El padre. Pues bien: el círculo que en tal conformidad sirve de término á nuestra vista por todas partes, y donde parece acaba la tierra y empieza el cielo, ese es el que se llama horizonte. Con el tiempo sabrás mas cerca de esto.

Remaron con tanto empeño y perseverancia nuestros dos intrépidos marineros, y tan felizmente los impelia el favorable viento hácia la costa oriental de la isla adonde se dirigian, que no tardaron en volver á ver algunas montañas. Vamos, compañero, dijo *Robinson* á *Domingo*, que, sentado en la delantera ó proa del barco, daba la espalda á la isla: vamos, amigo mio; que ya llegamos al término de nuestras penalidades. No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando la canóa dió en un bajío, y tocó en él

tan violentamente que los dos remeros fueron derribados del asiento, y cayeron tendidos, quedando inmóvil la barquilla, y cubriéndola instantaneamente las olas que venian á estrellarse en ella.

La madre. Ahora bien, hijos mios: de buena gana perdonaria yo la cena, como creo la perdonariais vosotros, si con eso pudiésemos salvar á nuestro pobre amigo; pero basta por hoy: vamos. Todo está pronto; y *Melchora* nos ha avisado ya dos veces.

Todos. ¡Ó!—¡Qué lástima!—¿Y se ha de quedar así pendiente la historia?

TARDE VIGECIMA SEGUNDA.

Juan. ¡Ay, papá! Díganos Vm. luego que ha sido del pobre *Robinson.*

El padre. Ya sabeis que en el momento mismo en que creia haberse libertado del peligro, dió en un nuevo riesgo, el cual podia llegar á ser mayor que el pasado. Paróse, pues, de repente la canóa; y entraban las olas en ella. Mas si ha encallado en alguna punta de peñasco, no hay remedio: no contemos mas con nuestros amigos.

Sondó prontamente *Robinson* con su remo al rededor de la canóa; y no hallando mas que dos pies de agua en un fondo bastante firme, no se detuvo un punto en saltar al mar. Lo propio hizo *Domingo*; y ambos se consolaron, descubriendo que habian varado en un banco de arena, y no en un peñasco.

Reunieron sus esfuerzos para sacar de allí el barco, empujándole hácia donde habia mas agua, y habiendo lo-

grado el intento, volvieron á embarcarse en la canóa cuando vieron que ya nadaba.

Luisita. ¡Eh! El pobre *Robinson* cogerá ahora un resfriado por haberse mojado los pies.

El padre. No, niña: cuando con una vida natural y laboriosa se ha llegado á adquirir, como *Robinson*, una complexion robusta, nadie se resfria por tan poca cosa: y así no estés con cuidado.

Juan. Tampoco nos resfriamos nosotros cuando nos sucede lo mismo. ¡Cuántas veces nos hemos mojado los pies el invierno pasado sin que nos resultase la menor novedad!

El padre. Prueba evidente de que el género de vida que seguimos ha empezado á fortificaros algun tanto.

Despues de haber sacado el agua que habia entrado en la canóa, valiéndose para ello, lo menos mal que pudieron, así de las palas de los remos, como de sus propias manos unidas en figura cón-

cava, determinaron proceder con mayor circunspeccion, y navegar únicamente á remo y sin vela para ser dueños de dirigir el barco como mejor les pareciese. Remaron, pues, adelantando lo posible, y costeando el banco de arena, confiados de que presto llegarian adonde terminaba; pero no lo consiguieron hasta cuatro horas despues: de que puede colegirse cual seria la estension del banco, que corria de norte á sur. Notó *Robinson* que se prolongaba hasta el parage donde nueve años antes habia él naufragado, y que efectivamente era el mismo en que habia encallado el navío.

Juan. ¿Qué es *encallar*?

Ramon. Siempre interrumpes la relacion.

El padre. Tiene razon de querer instruirse; y tú haces mal, querido Ramon, en enfadarte. Procura no te vuelva á suceder. — Un navío *encalla*, Juanito, cuando da en un bajío, ú banco de arena, ó en algunas rocas de donde no puede salir, y debias haberme pre-

guntado antes la significacion de este vocablo, que ya en otra ocasion he usado, y aun le espliqué, si mal no me acuerdo. No hay inconveniente en preguntar lo que se ignora, ó no se tiene presente.

Juan. Viva Vm. mil años por la esplicacion y por la advertencia.

El padre. En suma, como el parage en que se hallaba estaba desembarazado, y era navegable, hicieron fuerza de remo para arribar á la isla que avistaban ya muy cercana. Llegaron á ella cuando, despidiéndose el sol, heria escasamente con sus rayos la cumbre de los montes: y desembarcaron rendidos de cansancio; pero con suma satisfaccion de haber aportado á salvamento.

Ni uno ni otro habia tomado alimento en todo el dia; y no pudiendo ya diferir el socorro de tan urgente necesidad para cuando llegase á la habitacion, se sentaron en la ribera, y con buen apetito comieron de las provisiones de boca que habian embarcado.

Hecha esta diligencia, guiaron su canóa á un estero.... Sin duda sabeis lo que es.

Basilio. Sí: es una corta porcion de agua que hace remanso, ocupando algun seno ú recodo formado por la tierra. Casi viene á ser lo mismo que una bahía ó un golfo.

El padre. Pero con la diferencia de que las bahías, y con mas razon los golfos son mucho mayores. En mejor ocasion os esplicaré esto, y os diré lo que es *ensenada*, *cala*, *caleta*, *ancon*, *abra*, *rada*, y otros parages del mar contiguos á la tierra, donde se acogen y abrigan los bajeles. — Condujeron, pues, como iba diciendo, la canóa á un estero; y se encaminaron á su morada, llevando á cuestas lo que habian embarcado.

Nicolas. ¡Cuánto me alegro de que no se haya acabado aun la historia!

El padre. Acostáronse *Robinson* y *Domingo*; y este se entregó luego á un sueño profundo, habiéndose puesto aquel á dar gracias á Dios por los nuevos

beneficios que le habia dispensado, aunque tampoco tardará en dormirse. Bien pudiéramos nosotros hacer lo mismo; pero, como es temprano, os referiré antes lo que sucedió al siguiente dia.

Despues de haber dispuesto *Robinson* el almuerzo, habló á su compañero en esta substancia: Ahora bien: ¿te hallarias tú en disposicion de hacer conmigo otra tentativa como la de ayer?

Domingo. Dios me libre de ello.

Robinson ¿Cómo que estás bien determinado á pasar conmigo la vida en esta isla?

Domingo. Como se hallase aquí mi padre.....

Robinson. ¿Con qué tienes padre?

Domingo. Le tengo, si por desgracia no ha muerto desde que me separé de él.

Al decir esto, enternecido *Domingo*, dejó caer la patata que tenia en la mano, é íba á comer: y quedándose inmóvil y como pasmado, prorrumpió en copio-

sas lágrimas. No pudo reprimir las suyas *Robinson*, acordándose de sus padres: y entrambos, anudada la voz á la garganta, guardaron profundo silencio.—

Robinson. Consuélate *Domingo*: que tu padre vivirá todavía. No tardaremos en ir á verle; y le traeremos aquí.

¡Qué ademanes, qué estremos de alegría no hizo *Domingo* al oir esto! Fuera de sí se echa á los pies de *Robinson*; cíñele con los brazos; y sin permitirle desprenderse de ellos, tampoco le permiten á él sus sollozos articular siquiera una leve esclamacion.

La madre. ¡Ah, queridos mios! ¡Cuán admirable ejemplo de amor filial nos da un salvage, que no debió á su padre educacion y enseñanza alguna, sino tan solo una vida realmente miserable!

El padre. Prueba innegable de que Dios ha grabado en el corazon de todos los hombres los afectos del amor y gratitud á los padres. Si entre gente civilizada como nosotros fuese dable encon-

trar alguno que desconociese esta primitiva y natural propension, alguno que se mostrase indiferente ó tibio para con sus padres, y que voluntariamente les diese justos motivos de tristeza y de pesar ¿os parece podria dejar de considerársele como una horrible fiera? Tened siempre por un monstruo, hijos mios, á cualquier hombre de semejante especie: núnca habiteis con él bajo un mismo techo: huid de su trato: miradle como peste contagiosa de la sociedad, como dispuesto á cometer los delitos mas atroces, y creed que no tardará en esperimentar los efectos de la venganza divina.

Cuando notó *Robinson* que los raptos de júbilo que habian sacado de sí á *Domingo* se iban calmando, le preguntó si se creia bastante práctico en la travesía entre aquella isla y la que habitaba su padre, y si estaba seguro de que, en caso de intentar el viage, no se verian espuestos á otros peligros como los que habian corrido el dia an-

tecedente. Afirmóle *Domingo* que aquella navegacion era para él tan fácil que la emprenderia con toda confianza, aunque fuese de noche; pues la habia hecho varias veces con sus paisanos para venir á celebrar en la isla las fiestas de sus frecuentes victorias.

Robinson. ¿De suerte que tambien tú asistirias cuando se degollaban hombres y los comerias?

Domingo. Sin duda.

Robinson. ¿Y tomabas tu racion?

Domingo. ¡Ay de mí! Entonces estaba yo ignorante de lo mal que hacia en ello.

Robinson. ¿Hácia qué parage de la isla soliais aportar?

Domingo. Siempre desembarcábamos en la costa del medio dia, por ser la mas inmediata á la isla de donde veníamos, y tambien porque allí se encuentran cocos.

Esto acabó de vencer á *Robinson* de la justa causa que tenia de alabar á Dios por haber dispuesto naufra-

gase en la costa del norte, y no en la meridional; pues si hubiese acaecido lo último, poco hubiera tardado en servir de pasto á los salvages. Ratificó entonces á *Domingo* la palabra de emprender juntamente con él la travesía para ir á buscar á su padre; bien que insinuándole no podria esto efectuarse tan pronto, porque, siendo cabalmente aquella la estacion adecuada para cultivar la huerta, no convenia ausentarse por entonces.

Pusieron, pues, sin tardanza manos á la labor, esmerándose á porfía en cavar la tierra, y dedicando los ratos de descanso á ver si conseguian perfeccionar sus aperos de labranza. Acertó *Robinson*, cuya paciencia é ingenio eran inagotables, á formar un rastrillo, aunque solo tenia una piedra puntiaguda con que abrir los agujeros donde entrasen los dientes de él; pudiendo inferirse por la hechura de este instrumento el tiempo que gastaria en trabajarle. Llegó *Domingo* por su parte

á hacer con una piedra cortante dos azadas de una madera tan dura que casi le sirvieron como si fuesen de hierro.

No se limitó ya *Robinson* á remediar únicamente las mas urgentes necesidades, pues pensó en ir adornando poco á poco su morada. Esta ha sido siempre, hijos mios, la serie natural de los progresos que han hecho las artes. Mientras los hombres se vieron obligados á inventar solo medios de acudir á su indispensable subsistencia y seguridad, ni aun les ocurrió el pensamiento de cultivar las artes que meramente conducian al ornato de los objetos que los rodeaban, ó á proporcionarles deleites mas esquisitos que aquellos de que participaban como cualquiera de los demas animales. Mas apenas afianzaron los dos espresados bienes de subsistencia y seguridad, procuraron unir lo agradable á lo necesario, y lo hermoso á lo útil. De aquí nacieron, y despues se fueron perfecció-

nando poco á póco, la arquitectura, la pintura, y todos los demas inventos conocidos bajo la denominacion genérica de *Bellas-Artes*.

Empezó *Robinson* hermoseando su huerta con transformar un pedazo de ella en jardin. Distribuyóle en diferentes cuadros conforme á un plan arreglado: dividiólos con plantas que formasen calles bastante espaciosas y tiradas á cordel: levantó cenadores ó glorietas rústicas con ramas entretejidas; y destinó una llanura para flores y cuadros de labores diversas y un distrito para plantío de frutales. Pobló este último de limones escogidos de los que encontró esparcidos por la isla, y asimismo de otros árboles nuevos que fue trasplantando, en algunos de los cuales injertó puas del árbol del pan.—Se me habia olvidado deciros que en uno de sus paseos habia descubierto otro árbol de esta especie.—

Al ver *Domingo* la operacion de injertar, se mostró muy admirado, sin

comprender á que se dirigia; y hubiera dudado del éxito de ella, á no ser *Robinson* quien se le aseguraba.

Sembraron patatas y gran porcion de maiz; y como verosimilmente habia permanecido erial el terreno desde la creacion del mundo, cuanto allí plantaron prevaleció á medida de su deseo, rindiéndoles abundante cosecha.

Iban de tiempo en tiempo á pescar con redes, que *Domingo* habia hecho durante la estacion lluviosa; y siempre cogian mas peces de los que podian consumir en su mesa, por lo cual daban libertad á los restantes, soltándolos en su elemento. Tomar mas de lo preciso para satisfacer nuestras necesidades, decia el cuerdo *Robinson*, es abusar de los dones del cielo; y crueldad abominable quitar la vida á animales no dañinos, siempre que no los destinemos á nuestro propio alimento.

Regularmente se bañaban despues de haber pescado, admirándose mucho *Robinson* de la destreza con que na-

daba y se zambullia *Domingo.* Solia este subir á algun elevado peñasco donde se estrellaban las olas; y se divertia en arrojarse desde allí al mar, y en mantenerse algunos minutos debajo del agua, mientras *Robinson* lo observaba sobresaltado. Al fin le veia salir cuando menos pensaba, y nadar en mil diversas posturas; pues ya boca arriba se dejaba mecer por las olas, como si estuviese en una cuna; ya, incorporándose.. Pero si os refiriese todo lo que hacia, os pareceria increible. Lo cierto es que esto daba frecuente motivo á *Robinson* para maravillarse, y reflexionar sobre la variedad de la disposicion natural del hombre á hacer de un modo ó de otro todo aquello en que desde su infancia se le ejercita.

A veces se ocupaban en la diversion de la caza, no distinguiéndose menos *Domingo* en el arte de manejar el arco y las flechas que en el de fabricar estas armas. Tiraban á los pájaros y á los llamas pequeños; pero nunca esce-

dian de lo que necesitaban para su consumo, mirando siempre *Robinson*, segun he dicho, como una culpable ferocidad el odioso capricho de matar cualquier animal por mero entretenimiento, y sin alguna mira de utilidad.

Por mas ventajas que en capacidad é industria llevase *Robinson* á *Domingo*, sabia este por su parte muchas habilidades desconocidas hasta entonces de su amo, á quien sirvieron de grande auxilio. Poseia el arte de hacer con huesos, con piedras, con conchas, &c. toda especie de herramientas, de que usaba diestramente para labrar la madera, y ejecutar ciertas obras casi tan bien rematadas como si se hubiesen cortado y labrado con hierro. Por ejemplo, habiendo encontrado casualmente el hueso de un brazo, hizo de él unas tijeras; de un gajo de coral, una escofina; de una concha, un cuchillo; y de la piel de un pez, una lima. Con ayuda de estos instrumentos se inge-

nió y esmeró en acrecentar su ajuar, surtiéndose de diferentes mueblecillos que contribuyeron no poco á la comodidad de ambos compañeros.

El arte, que enseñó á su amo, de reducir á masa la fruta del árbol del pan fue uno de los mas importantes. Esta masa, tan nutritiva como nuestro pan de trigo, tenia casi el mismo gusto que él: y aunque los salvages la usan sin preparacion alguna, *Robinson* la cocia sobre una piedra delgada como una tabla, caldeándola primero; de suerte que desde entonces ya no echaba menos el verdadero pan.

Supo tambien por *Domingo* el uso de los granos del cacáo que antes habia hallado en una de sus espediciones, y de que habia traido una corta provision por si de algo le servia; pues arrimándolos á la lumbre para tostarlos, produjeron un manjar grato al gusto, y no menos sano que substancioso.

Como *Robinson* era inclinado á hacer esperimentos, quebrantó entre dos piedras unos cuantos puñados de estos granos de cacáo; y despues de haberlos reducido á polvo, los hizo hervir con leche. ¡Qué hallazgo tan feliz! Apenas probó aquella bebida, conoció que era chocolate.

Teodora. ¿Chocolate? eh?

El padre. Sí: chocolate, excepto el azucar y la canela, que no tenian. Asi iba *Robinson* descubriendo cada dia nuevos medios de socorrer sus necesidades, y satisfacer el apetito. Pero en su elogio debo deciros que no por eso desistió de su resolucion y hábito de vivir sobriamente, y de reducirse á alimentos sencillos.

Ya emprendieron caminatas mas largas y frecuentes por toda la isla, en especial cuando notaban que el viento contrario para los salvages no les permitia venir á ella; y de resultas hicieron varios descubrimientos de que se aprovecharon en utilidad propia.

Concluidos los trabajos del jardin y de la huerta, se determinó el dia en que debian ir á traer al padre de *Domingo*; pero al paso que se acercaba este dia, iba creciendo el sobresalto de *Robinson*.—¿Si te tratarán como á enemigo aquellos salvages? ¿Si serán despreciadas por ellos las razones é instancias de *Domingo*? ¿Si vendrás á ser pasto de su depravada gula? — No pudo disimular á su amigo estos temores; mas protestóle una y mil veces *Domingo* cuan imaginarios eran, manifestándole conocia bastante á sus paisanos para poder asegurarle eran incapaces de maltratar á quien no fuese su enemigo: y *Robinson* quedó bien persuadido de que *Domingo* no se atreveria á hablarle tan afirmativamente si le quedase la mas remota duda. Así desechó rezelos y aprensiones; y confiando en la buena fe de su amigo, resolvió hacerse á la vela al dia siguiente.

Á este fin volvieron á echar al agua, y amarraron á una estaca clavada en

tierra, la canóa que antes habian dejado en seco á la misma orilla del mar. Asaron patatas aquella noche, y aprontaron otros víveres á lo menos para ocho dias, habiendo *Domingo* acreditado en esta ocasion no ser tan ignorante en el arte de cocina, pues enseñó á su amo un modo de asar entero un llamita que acababa de matar, y cuya carne le aseguró saldria así mas tierna y jugosa, y se asaria en menos tiempo que con asador. La operacion que usó *Domingo* fue la misma que usan los habitantes de la isla de Otahiti cuando con brasa de leña y con piedras hechas ascua dentro de un hoyo asan los perros de que se alimentan.

Luisita. ¡Qué asco!

El padre. Aquellos perros no son como los nuestros, pues se mantienen de frutas, y no de carne; por lo cual no solo se pueden comer sin repugnancia, sino que son muy sabrosos, como lo aseguran los viageros ingleses que allí los probaron.

En fin, queridos mios: todo está ya pronto para el viage. Dejemos ahora descansar al amo y al criado; y mañana por la tarde veremos que ha sucedido.

TARDE VIGESIMA TERCIA.

El padre. Habria una hora que *Robinson* y *Domingo* dormian, cuando el primero despertó de improviso á causa de una violenta borrasca que se excitó en un momento. El bramido de la tempestad era espantoso; y el reiterado estallido de los truenos hacia retemblar la tierra.— ¿No oyes? dijo *Robinson* á *Domingo*, llamándole: y *Domingo* respondió: ¡Qué habria sido de nosotros si semejante huracan nos hubiese cogido en el mar! — En esto oyeron un cañonazo á lo lejos.

Creyó *Domingo* fuese algun trueno sordo; pero *Robinson* no tuvo la menor duda de que era cañonazo; y entre turbado y gozoso se levanta prontamente, corre al hogar, manda á su compañero le siga, toma un tizon encendido, y sube por la escala de cuerda. *Domingo*, sin penetrar que intencion llevaba su amo, le obedece.

Dió prisa *Robinson* á encender una hoguera en lo alto de la colina para que sirviese de aviso á los que peligraban en el mar, de que en aquella isla hallarian acogida, pues se persuadió á que no podia dejar de haber en las cercanías algun navío en riesgo de zozobrar, y á que el tiro de artillería, que habia oido, era señal cierta de pedir socorro. Pero apenas se levantó la llama, sobrevino tal aguacero que el fuego se apagó todo. Viéronse *Robinson* y *Domingo* precisados á acogerse á la gruta, porque la avenida no se los llevase. Crece el zumbido de la tempestad, el ruido del mar, el estruendo de los truenos; y sin embargo de aquella terrible conmocion de los elementos, entreoia *Robinson* de cuando en cuando algunos que le parecian cañonazos; pero al fin se inclinó á que estos pudiesen no ser otra cosa que truenos que sonaban á lo lejos. Con todo, pasó la noche lisonjeándose de que quizá hubiese en las inmediaciones algun navío,

cuyo capitan, logrando salvar de la espantosa tormenta su embarcacion, admitiria á bordo á él y al fiel *Domingo* para conducirlos á Europa. Varias veces intentó volver á encender la hoguera, y siempre se la apagó la lluvia. Hizo cuanto le quedaba que hacer por aquellos infelices náufragos, que acaso bregaban con las olas y la muerte, y fue rogar fervorosamente á Dios por ellos.

Nicolas. ¿Con qué ya no tenia tanto miedo como antes á la tempestad?

El padre. Bien puedes discurrir que entonces estaria curado de aquel temor, contribuyendo mucho á ello la persuasion íntima de que Dios es todo bondad, y de que consiguientemente á los que se hallan dotados de piedad y de virtud nada sucede que al cabo no venga á redundar en su mayor beneficio. —Duró la borrasca hasta al amanecer; y al punto, acompañado *Robinson* de *Domingo*, y vacilante entre la esperanza y el temor, se dirigió á la

orilla del mar con el fin de apurar la realidad del caso. Pero lo que desde luego advirtió fue para *Robinson* motivo de tristeza, y para *Domingo* causa de la mayor desesperacion; pues la tempestad se habia llevado mar á dentro la canóa. ¿Quién no se condoleria y prorrumpiria en tierno llanto al advertir el desconsuelo de *Domingo* cuando vió frustrada la dulce esperanza de volver á unirse con su padre tan presto como ya se lo tenia consentido? Trocóse su natural color en una palidez mortal; y no acertaba á articular una sola palabra, ni á levantar del suelo los amortiguados ojos, sintiendo en todo su cuerpo tal agitacion, que parecia iba á exhalar el último aliento. Esplicóse de repente su congoja con un torrente de lágrimas y con repetidos sollozos, dándose el infeliz fuertes golpes en el pecho, y repelándose violentamente los cabellos. Los infortunios propios habian enseñado á *Robinson* á sentir los agenos, y no solo á respetar el dolor de

los áfligidos, sino á procurar calmarle con blandura. Compadecido de la situacion de *Domingo*, y acompañándole en su pena, acudió á templarla con patéticos y juiciosos razonamientos. ¿Quién sabe, le dijo entre otras cosas, si acaso se convertirá en provecho nuestro la pérdida de la cánóa? ¿Quién sabe las favorables consecuencias, la utilidad impensada que la misma tormenta que nos ha privado del barco podrá tal vez producir, bien sea para nosotros mismos, ó bien para otros? — ¿Qué utilidad puede seguirse? replicó *Domingo* con aspereza: ello es que nos hemos quedado sin canóa.

Y porque tú y yo, añadió *Robinson*, tengamos tan limitado el entendimiento y tàn corta la vista que no advirtamos mas efecto de la tempestad que la pérdida de nuestra canóa ¿has de creer que Dios, cuya sabiduría es infinita, no habrá tenido otra razon para disponer sobreviniese semejante borrasca? ¿Cómo se atreve tu débil com-

prension á calificar y apocar los inmensos designios del Omnipotente? Todo eso es cierto, dijo *Domingo*; pero ¿de que beneficio puede la tempestad servirnos en particular á nosotros dos?—¿Y me lo preguntas á mí? replicó *Robinson*. Solo la eterna sabiduría puede abrazar los altos fines de quien gobierna el vasto universo. Por mas que yo me esplaye en conjeturas ¿quién me asegurará que sean bien fundadas? ¿Quién sabe si sobre nuestra isla se habrá llegado á levantar y reunir tal porcion de exhalaciones malignas, que hubiese sido necesaria una borrasca tan deshecha para disiparlas, y preservarnos ó de alguna enfermedad grave, ó de la muerte? Tal vez, si tuviéramos esa canóa, que tanto echamos menos, nos serviria únicamente para conducirnos á nuestra perdicion. Tal vez....—mas ¿para qué nos cansamos? ¿No nos basta saber que es Dios quien excita y serena las tempestades segun su voluntad, y que en él tenemos todas

las criaturas un padre sabio y cariñoso?

Volvió sobre sí *Domingo*; y se avergonzó de su error, arrepintiéndose de las quejas en que habia prorrumpido, y sometiéndose á lo decretado por la divina Providencia. Entretanto recorria con la vista *Robinson* cuanto podia descubrir de la espaciosa superficie del mar, observando si se divisaba algun navío; pero por mas que atalayaba, no alcanzó á ver cosa que tuviese ni aun remota apariencia de bajel. Esto le indujo á creer se habria engañado, y que serian truenos los que se le figuraron cañonazos. Sentido de tener que renunciar á tan halagüeña esperanza, se volvió á su habitacion.

Sin encontrar en ella sosiego, le parecia estar siempre viendo un navío anclado cerca de su isla. Subió, pues, otra vez á la colina, desde donde se dominaba la costa occidental; pero no descubrió objeto alguno capaz de lisonjear su agradable ilusion. Disgustado é inquieto se encaminó hácia una

encumbrada montaña, desde cuya cima podia registrar la costa oriental; y luego que, llegando á lo mas empinado de ella, dió una ojeada á todo el mar... ¡Cielos! ¡Qué delicioso rapto de alegría! vió que no se habia engañado.

Todos. ¡Ó!—

El padre. Vió un navío; y á pesar de la distancia le distinguió tan claramente, que no le quedó la menor duda de que en efecto lo era, y muy grande. Seria ocioso, hijos mios, hacer aquí la pintura de su estremado regocijo. Toma una veloz carrera; llega sin aliento á su habitacion; echa mano á las armas, sin las cuales jamas se alejaba; y no acierta á decir á *Domingo*, confuso de verle tan agitado, mas palabras que estas: *Allí estan*: *presto*! *presto*! Vuelve luego á subir la escala; y parte como una exhalacion.

Por la turbacion, por la prisa y por las palabras sueltas de su amo comprendió *Domingo* que los salvages estaban cerca de allí; y tomando tambien

sus armas, le siguió con la mayor celeridad.

Cuatro leguas habrian andado antes de llegar á la orilla mas cercana al parage donde parecia estar el navío al ancla; y hasta entonces no supo *Domingo* el motivo de tanta precipitacion. Mostróle *Robinson* el navío á lo lejos; y no podía *Domingo* echar de sí su admiracion: pues, sin embargo de la distancia, le parecia el bajel cien veces á lo menos mayor que cuantas embarcaciones habia visto.

Manifestaba *Robinson* su júbilo de mil modos, ya saltando, ya con festivas aclamaciones, ya abrazando á *Domingo*, y haciéndole tiernas instancias para que le acompañase en su estraordinario alborozo. Ahora sí que partirán á Europa, que llegarán á Hamburgo, que verá *Domingo* como se vive en aquella ciudad, que casas se fabrican, como se pasa allí tranquila y cómodamente el tiempo, disfrutando todas las satisfacciones de la vida. —Hablaba

Robinson sin cesar; y estaria hablando hasta el siguiente dia, si no hubiese reflexionado que era desacierto gastar momentos tan preciosos en palabras inútiles, y que sobre todo debia acudir á los medios posibles de llamar la atencion de los que venian en el navío, para que conociesen habia allí habitantes. Pero ¿cómo se ingeniarian para ello? Esta era la dificultad.

Probó á ver si oian su voz; pero fue vana diligencia, no obstante que habia cambiado el viento durante la tempestad, y entonces soplaba desde la isla hácia el bajel. Rogó á su amigo encendiese prontamente una hoguera, de modo que pudiese verla la tripulacion del buque. Ejecutóse así; y levantaron una llama que subia hasta la copa de los árboles. No apartaban del navío los ojos, esperando que de un momento á otro se echase al agua algun bote ó esquife que se acercase á tierra; pero se desvaneció esta esperanza.

Finalmente, como ya habia mas de

media hora que ardia la hoguera sin que pareciese tal bote, se ofreció *Domingo* á ir á nado hasta la embarcacion, por mas distante que estuviese, y á convidar á los navegantes á que viniesen á tierra. Abrazólo *Robinson*, conviniendo en ello, bajo la condicion de que habia de cuidar de no esponerse temerariamente, y de que nada omitiria para conservar su vida. Despójase al punto *Domingo* del vestido de estera; corta una rama; cógela en la boca; y arrójase alegremente á las olas, siguiéndole *Robinson* con la vista, y deseando con los mas fervorosos votos la fortuna de ambos.

Carlitos. ¿Y para qué era la rama?

El padre. Una rama verde es señal de paz entre los salvages, y quien se acerca á ellos llevando en la mano semejante señal, no tiene por que temerlos. Tomó, pues, *Domingo* esta precaucion para su propia seguridad.

Llegó felizmente cerca del navío, y dió vuelta mas de una vez nadando al

rededor de él, y gritando por si alguien le oia; pero nadie le respondió; y como advirtiese estaba colgada la escala á uno de los costados, subió por ella con la rama en la mano.

Cuando llegó á competente altura para registrar la cubierta, se espantó al ver un animal que no conocia. Cubríanle unas lanas negras y rizadas; y apenas vió á *Domingo*, empezó á dar ahullidos estraordinarios cuales nunca los habia oido el indio. No tardó en callar, y en manifestarse tan suave y agasajador, que *Domingo* dejó de temerle. Acercóse el animal con la mayor humildad; arrastrábase, meneando la cola; y ahullaba tan lastimosamente, que comprendió el isleño imploraba su auxilio y proteccion. Cuando, despues de arrastrarse, se paró cerca de *Domingo*, se atrevió este á acariciarle; y el pobre animal se deshacia á fiestas y demostraciones de alegría. Habiendo *Domingo* subido á la cubierta, anduvo por toda ella, siempre lla-

mando á la gente; pero nadie salió.

Mientras absorto miraba la mayor parte de los estraños objetos que se ofrecian á su vista en la nave, estando de espaldas á la escotilla, le dieron de improviso por detras un golpe tan recio, que cayó cuan largo era. Levántase despavorido; mira á todos lados; quédase atónito y consternado al ver un animal, bastante corpulento, con astas muy retorcidas, y una barba larga y poblada, el cual, puesto en dos pies, amagaba á segundar la arremetida. Aquí *Domingo* dió un agudo grito; y se arrojó al mar.

El primero de aquellos animales, que era negro y lanudo, y que ya habreis discurrido que especie de animal era, segun la descripcion que de él he hecho...

Juan. ¡Ah! Seria algun perro de aguas.

El padre. Cabalmente. Este perro de aguas, como digo, á imitacion de *Domingo*, se echó al mar, y le siguió á nado. Oyó el buen indio detras de sí el ruido que al caer hizo el perro en el

agua; y discurriendo era el monstruo de los cuernos que le perseguia, fue tal el terror que le sobrecogió, que se halló casi sin poder nadar, y espuesto á sumergirse. Nuevo ejemplo que nos acredita cuanto perjudica el miedo, pues nos pone en peligros que no correríamos si no nos dejásemos dominar de él.

Ni aun se atrevió á mirar atras; pero despues de haber vuelto un poco en sí, nadó con tal velocidad, que apenas pudo seguirle el perro. Salió á la orilla; y antes de decir una palabra cayó desmayado á los pies de su amo. Poco despues llegó el perro de aguas.

No omitió *Robinson* diligencia alguna para hacer volver del desmayo al fiel compañero de su vida solitaria. Bésale repetidas veces, dále friegas, menéale fuertemente, llámale á voces por su nombre; pero se pasaron algunos minutos antes que abriese *Domingo* los ojos, y diese señales de vida. Cuando ya se halló en estado de hablar, contó la terrible aventura que le acababa de

suceder: como el navío le habia parecido una gran montaña de madera, sobre la cual se levantaban tres árboles grandes, hablaba de los mástiles ó palos; como el animal negro le habia hecho mil caricias; y como el monstruo de la barba y de los cuernos habia querido matarle; añadiendo, por fin, que le parecia que este monstruo era el dueño de aquella fluctuante montaña de madera, pues no habia alcanzado á ver allí hombre alguno.

Escúchale *Robinson* muy atento; y coligió que el monstruo de las astas seria algun chibo ó macho de cabrío, ó tal vez alguna cabra; que el bajel habria encallado, y que la tripulacion le habria abandonado en aquel parage, salvándose en las lanchas ó botes; pero no acababa de entender que habria sido de aquella gente. Si esta hubiese aportado á la isla de *Robinson*, era verosímil que hubiese arribado á la parte en que él se hallaba á la sazon con *Domingo*; pero no se descubria el menor vestigio

de tal cosa. Si hubiesen perecido los náufragos al intentar ponerse en salvo habrian salido á la orilla, encontrándose en las playas arrojados por la resaca ó los cadáveres ó las lanchas.

Ocurrióle entonces que durante la tempestad habia mudado el viento, pues corriendo el oeste ó poniente, se habia cambiado repetinamente al este ó levante: circunstancia que le dió luz para entender lo que al principio se le hacia incomprensible.

Ciertamente, decia él entre sí, embarcadas aquellas gentes en sus lanchas, se habrán visto azotadas del viento leste, que no las habrá permitido arribar á nuestras costas. La borrasca las habrá llevado al oeste, y así habrán perecido en tan incierta derrota. Quizá alguna corriente se las habrá llevado.—Tal vez habrán ido hácia cualquiera de las islas situadas á occidente. ¡Dios quiera salga cierta esta última conjetura! añadió suspirando. — Comunicó su modo de opinar á *Domingo*,

á quien tambien pareció verosímil.

Mas ¿qué partido hemos de tomar? dijo *Robinson.* Bien sea que la tripulacion haya perecido, ó bien que se haya alejado á causa de los vientos, lo mas acertado en cualquiera de los dos casos creo será sacar de la embarcacion todos los efectos que podamos. Y ¿cómo lo ejecutaremos ahora que no tenemos canóa?—En este lance la echó menos casi en tanto grado como algunas horas antes *Domingo*; y empezó á discurrir medios de substituir otra canóa, ó de suplir su falta. Mucho tiempo estuvo escojitando arbitrios, sin que se le ofreciese ninguno adecuado. Seria obra larga ponerse á construir ótra canóa: tampoco se atrevia á ir á nado hasta el navío, supuesta la distancia: y bien reflexionado, cuan poco seria lo que de este modo hubiera podido sacar y conducir del navío á tierra?

Basilio. Una cosa hubiera yo hecho.

El padre. Veamos cual.

Basilio. Hubiera hecho una balsa.

El padre. Esa fue cabalmente la idea que por último ocurrió á *Robinson.* Una balsa, dijo, es lo que puede hacerse en menos tiempo.

Carlitos. ¿Qué es una balsa?

Basilio. ¿No reparaste el otro dia cuantas habia en el rio *Albis*?

Carlitos. ¡Ah, sí! Que no son barcos, sino muchas vigas ó maderos trabados unos con otros, de suerte que se puede ir sobre ellos por el agua como en un barco.

El padre. Efectivamente. Una balsa en esa propia forma era lo que *Robinson* queria construir para pasar al navío, y poner en salvo todo cuanto pudiese sacar de él. Quedó resuelto que uno de los dos iria á la habitacion, y traeria víveres para un dia, como tambien las sogas é instrumentos que allí tenian; y *Domingo*, como mas robusto y ágil, tomó este encargo. Mientras le desempeñaba, cortó *Robinson* algunos árboles para formar la balsa.

No pudo *Domingo* estar de vuelta

hasta la caida de la tarde; y entretanto se divirtió mucho *Robinson* con el perro de aguas, en cuya compañía lo pasó muy gustoso, mirándole en cierto modo como paisano suyo por ser europeo.

Mostrábase el animalito, al parecer, muy alegre de tan feliz encuentro; y para agradar á *Robinson* hizo en su presencia todas las habilitades que le habian enseñado. Así que volvió *Domingo*, dió *Robinson* de comer al perro ante todas cosas, no obstante que ni siquiera se habia él desayunado en aquel dia. Quiso la suerte que alumbrase muy clara la luna; y aprovechándose de tan buena proporcion, trabajaron sin cesar hasta cerca de media noche, á cuya hora se sintieron tan rendidos del sueño, que no les fue posible resistir mas.

Nicolas. Yo lo creo, porque no habian dormido en toda la noche pasada.

Ramon. Y se habian agitado muchísimo en todo el dia, especialmente *Domingo.*

El padre. Recostáron sobre la hierba, dejando de centinela al perro de aguas para que los guardase. Echóse el animal á sus pies; y con el descanso de un suave y profundo sueño, que les duró hasta la madrugada, recuperaron las perdidas fuerzas.



TARDE XXIV.

TARDE VIGESIMA-CUARTA.

El padre..No bien empezaba la aurora á arrebolar el horizonte por la parte oriental; cuando vigilante *Robinson* despertó á su compañero para proseguir la obra emprendida desde la víspera; y trabajaron todo el dia con tanto empeño, que antes de anochecer quedó la balsa concluida.

Habian unido en tal conformidad con cuerdas, mimbres y juncos dos órdenes ó hileras de troncos de árboles, que vino á resultar un enmaderado de cerca de veinte pies de largo, y casi otro tanto de ancho, á propósito para navegar; y á fin de poder echar mas fácilmente, y sin pérdida de tiempo, al agua esta balsa, habian tomado la precaucion de construirla sobre unos rodillos cerca de la playa.

Por fortuna el reflujo empezó al amanecer; y ni un instante difirieron botar al mar su balsa para aprovechar

el tiempo de la retirada de las aguas, que á modo de corriente los conduciria á la embarcacion encallada. Parten pues; navegan; y en media hora no cabal llegan cerca del navío

¡Qué conmocion tan grata esperimentaba *Robinson* al aproximarse aquel buque europeo! Dábanle impulsos de abrazarle, de estampar en él los labios, obligándole á tales estremos las circunstancias de haber venido de Europa, de haber sido construido, tripulado, y conducido por europeos. Mas ay! que estos amados europeos habian sido arrebatados por las olas del mar! Triste conjetura para *Robinson*, que hubiera renunciado gustoso la mitad de los infelices dias que aun podia vivir, á trueque de encontrar aquella gente de la tripulacion, y navegar con ella á Europa. Pero desesperanzado de esto, bien á pesar suyo, solo debia atender á sacar del navío todos los efectos que pudiese para aprovecharse de ellos en lo sucesivo.

Nicolas. Y acaso ¿le era lícito apoderarse de lo ageno?

El padre. ¿Qué te parece á tí, Juan? ¿Crees le fuese esto permitido?

Juan. Creo no habia inconveniente en que sacase y llevase á tierra lo que hallase á bordo; pero si se descubrian los dueños, estaria obligado á restituírselo.

El padre. Así lo pide la justicia. De no recoger aquellos efectos, se habrian perdido poco á poco en el agua: y por consiguiente tenia *Robinson* algun derecho á usar de ellos, pudiendo desde luego apropiarse sin escrúpulo lo que mas necesitase, y aun retenerlo, y mirarlo como una gratificacion que nunca podrian los dueños negarle, en caso de parecer algun dia; pues seria debido premio de la molestia que se habia tomado para poner en salvo los restos de la carga.

Por lo que mira á los naufragios os diré lo que se ha establecido en algunos estados cultos. Acostúmbranse dividir en tres partes los géneros que han naufra-

gado: la primera es para los dueños, si viven todavía; ó bien para sus herederos, si los primeros han perecido: la segunda se adjudica á las personas que han salvado los efectos; y la tercera pertenece al Soberano.

Nicolas. ¡Al Soberano! Y ¿por qué le toca esta porcion?

El padre. Pregunta es esa á que no podré yo ahora daros respuesta satisfactoria. Bastará deciros por mayor lo que no exceda de vuestros alcances. Suelen algunos Príncipes mantener en las costas de sus dominios gente obligada por oficio á recoger los efectos que naufraguen, para que nada se estravie, y para que se deposite en parage seguro todo cuanto se pueda libertar. Sin tales precauciones ú otras equivalentes tomadas por las potencias marítimas, poco ó nada recobraria el negociante á quien perteneciesen las mercancías; pues todas se malograrian, ó serian saqueadas: y parece justo que los mismos interesados resarzan ó in-

demnicen los gastos á quien zela y cuida de la conservacion de su hacienda. De aquí, pues, proviene la práctica observada en ciertos paises, de aplicar parte de los efectos que naufragan al Soberano, al modo que este posee el derecho de apropiarse todos los ganados, tierras y alhajas que no tienen dueño conocido, y se denominan *bienes mostrencos.*

Por consiguiente *Robinson* se hallaba autorizado para adjudicarse las dos terceras partes de lo que rescatase del navío encallado, y para destinarlo al fin que mas le acomodase, como cosa que legítimamente le tocaba.

Juan. ¿Las dos terceras partes?

El padre. Sí: la una por su trabajo, y la otra como único y legítimo Señor de la isla cerca de la cual habia zozobrado el navío.

Mas preguntareis ¿quién le habia dado la investidura de Soberano de aquella isla?—La recta razon; porque un pais deshabitado, y sin dueño ó señor

conocido, pertenece naturalmente al primero que toma posesion de él; y en este caso se hallaba *Robinson*.

Cuando se lo permitió el estremado gozo de que se sintió enagenado al ver una nave europea, fue su primer deseo que estuviese sin lesion, y se la pudiese desencallar. En tal caso, habia resuelto embarcarse en ella con *Domingo*, y hacerse á la vela; ya que no para Europa, á lo menos para alguna Colonia de América dependiente de europeos, atropellando por el riesgo de esponerse en alta mar á bordo de un navío sin tripulacion, y sin la inteligencia que requiere la náutica. Dió vuelta al rededor del bajel con su balsa, y sondó el fondo del mar en las inmediaciones; pero le quedó el desconsuelo de asegurarse de la imposibilidad de volver á poner *flotante* el navío.

La tempestad le habia arrojado entre dos peñascos, donde estaba tan sujeto que ni adelante ni atras podia salir, y donde era indispensable perma-

neciese hasta que el continuado embate de las olas le hubiese hecho pedazos. Destituido de toda esperanza sobre este particular, se dió prisa *Robinson* á subir á bordo para examinar cual era el cargamento, y si acaso estaba averiado. Tenia *Domingo* tan presente el susto de la antevíspera, que con dificultad se determinó á acompañar á su amo. Púsolo en egecucion, no sin estremecerse; pues aquel terrible monstruo de las astas fue el primer objeto que se le ofreció á la vista.

Mas ya no se mostraba tan arisco: antes bien, echado y débil, parecia no poder levantarse, como que en tres dias nadie le habia dado alimento. Rezelándolo así al instante *Robinson*, buscó ante todas cosas con que satisfacer el hambre de aquel animal desfallecido; y como no ignoraba la distribucion interior de un navío, encontró sin dificultad pasto que dar á la cabra, pues era cabra en efecto: y tuvo el gusto de ver con que ansia comia, ó por me-

jor decir devoraba. *Domingo*, entretanto, no se saciaba de contemplar la estraordinaria figura del cuadrúpedo, que le era desconocido.

Empieza, por fin *Robinson* á reconocer el navío; pasa de un camarote á otro; recorre los entre-puentes, encontrando en todas partes mil cosas de que apenas se hace caso en Europa, y que para él eran de infinito aprecio. Aquí hallaba provisiones de bizcocho, de arroz, de harina, de trigo, de vino, de pólvora, de balas, de metralla; allí cañones de artillería, fusiles, pistolas, espadas, sables, cuchillos de monte; acá hachas, sierras, barrenas, escofinas, cepillos de carpintero, martillos, barras de hierro, clavos, cuchillos, tijeras, agujas, alfileres; mas allá ve pucheros, escudillas, platos, cucharas, fuelles, paletas, tenazas y otros utensilios de cocina, así de madera como de hierro, estaño y cobre. Por último encuentra cajones llenos de vestidos, de ropa blanca, de medias, zapatos, bo-

tas, y otras muchas cosas por cualquiera de las cuales, si hubiera habido quien se la vendiese, habria dado *Robinson* su pedazo de oro que hacia tanto tiempo tenia olvidado.

Estaba *Domingo* atónito á vista de tantos objetos todos nuevos para él, y cuyo uso ni remontacion podia haber imaginado *Robinson*: por otra parte, estaba como fuera de sí; y aturdido con la misma alegría, todo lo tentaba y lo cogia para dejarlo apenas advertia otra cosa que le parecia preferible. Al fin, quiso bajar á la bodega; pero la halló inundada: señal de que en el casco habria alguna grande abertura.

Empezó á discurrir qué llevaria en su primer viaje; y no acertaba á resolverse. Ya esto, ya lo otro le parece mas importante y necesario; y repetidas veces desecha lo mismo que ha elegido; toma en su lugar otra cosa, y luego la desecha igualmente por otra que cree de mas valor. Al cabo fija la

eleccion en los efectos siguientes, como que le merecian mayor aprecio entre cuanto podia llevarse.

1.° Dos barriles: uno de polvora y otro de municion.

2.° Dos fusiles; dos pares de pistolas; dos espadas y dos cuchillos de monte.

3.° Dos vestidos completos: uno para él y otro para *Domingo*.

4.° Dos docenas de camisas.

5.° Dos hachas, dos sierras, dos cepillos de carpintero y un par de barras de hierro.

6.° Algunos libros, papel, tinta y plumas.

7.° Un eslabon, un pedernal, yesca y pajuela.

8.° Un tonel de bizcocho.

9.° Algunas piezas de lona para velas.

10.° La cabra.

Nicolas. ¿La cabra? ¿De qué le servia?

El padre. Es cierto que de nada; pero él la servia de mucho á ella. Era *Robinson* muy compasivo para dejar aquel

animalito espuesto á perecer con el navío, que podria acaso sumergirse antes que el mismo *Robinson* volviese. Fuera de esto, quedaba aun bastante cabida para ella en la balsa despues de colocado todo lo que le pareció mas útil é indispensable; por lo cual, lejos de dejarla olvidada, se la llevó consigo. Pero tuvo á menos embarcar cosas que en Europa hubieran sido preferidas y tomadas con ansia, cuales eran un barril de polvos de oro, y una cajita llena de preciosos diamantes que encontró en el camarote del capitan. Ni aun le ocurrió apoderarse de tesoro semejante, porque para nada podia servirle.

Tanto se detuvo en registrar el navío, en abrir y vaciar los cajones, quedándose absorto, eligiendo y colocando en la balsa lo que queria llevarse, que cuando concluyó la operacion solo faltaba una hora para que empezase á subir la marea. Quisieron aprovechar este tiempo hasta que llegase el flujo, sin el cual no les hubiera sido dable volver

á tierra; y *Robinson* dedicó aquella hora á comer á la europea; cosa en que no se habia visto muchos años hacia. Fue, pues, á buscar un trozo de vaca ahumada, algunos arenques, bizcocho, manteca, queso y una botella de vino; y lo sirvió todo en una mesa de la cámara del capitan. Sentáronse *Domingo* y él en dos sillas; y solo esta circunstancia de comer en mesa, y sentado en silla, de tener platos, de usar cuchillo y tenedor, y lograr la mayor parte de las conveniencias de los europeos, causó tal gusto á *Robinson*, que no sé como esplicároslo.

Ademas, con los manjares mismos, y sobre todo con el pan, que tanto y tan en vano habia deseado, no podeis figuraros el delicioso recreo que sintió su paladar. Era menester haber estado privado, como él, durante nueve años consecutivos, de todos estos alimentos y comodidades para comprender cual seria aquel deleite.

Domingo, que de ninguna manera

conocia el modo de comer de los europeos, se veia muy atado, sin saber manejar el cuchillo, y mucho menos el tenedor. Enseñóle *Robinson* como debia servirse de él; pero queriendo imitarle *Domingo*, y llevar á la boca un pedazo de carne, acercó á ella la mano con el cabo del tenedor; y el bocado de carne fue á parar á la oreja. Habiéndole hecho *Robinson* probar el vino, se negó absolutamente á beberle; pues acostumbrado al agua clara, no podia resistir su paladar lo picante de un licor fermentado. Al contrario le gustó mucho el bizcocho.

Subia ya la maréa; y saltando ámbos en la balsa, desamarran, y se dejan llevar suavemente por el flujo hácia la isla. Llegaron en breve á la orilla, donde se dieron prisa á desembarcar los efectos de que iba cargada la balsa.

Tuvo *Domingo* gran curiosidad de saber lo que eran todas aquellas cosas, y que provecho se podia sacar de ellas. Para empezar á satisfacer esta curiosi-

dad, se retiró *Robinson* detras de unas matas con el fin de ponerse camisa, medias, zapatos, uniforme de oficial, y sombrero de galon; y ciñéndose la espada, se presentó de repente á *Domingo*. Sorprendido este, dió algunos pasos atras, dudando á primera vista si realmente era aquel su amo, ó algun ente de especie superior á la humana. No pudo menos *Robinson* de reirse al verle tan admirado; y le alargó amistosamente la mano, asegurándole que siempre era el mismo *Robinson*, siempre su amigo aunque hubiese mudado de trage, y, digámoslo así, de fortuna. Dióle un vestido completo de marinero, esplicándole el uso de cada pieza de él, y previniéndole fuese tambien detras del matorral á mudar de vestido.

Obedeció *Domingo*; y no puede ponderarse cuan larga fue esta operacion, pues todo se lo ponia al reves. ¡Qué pruebas no hizo! Por egemplo, metió las piernas en las mangas de la camisa, y los brazos en los calzones, viniendo

á cubrirse con ellos el colodrillo. Queria abotonarse la chupa á la espalda. ¡Qué tentativa! ¡Qué, deshacer lo hecho! Primero no se amañaba; despues así así; luego mejor; y al fin acertó del todo.

Empezó á saltar de alegria como un niño cuando se vió vestido de aquella manera, y especialmente cuando notó lo acomodado de la nueva vestimenta, y como preservaba de las picaduras de los mosquitos. Solo le desagradaron los zapatos, pareciéndole incómodos y escusados, por lo cual pidió se le permitiese quitarlos; y su amo le dejó en libertad de hacer en esto lo que mas le acomodase.

Habiéndole enseñado *Robinson* el destino y manejo de las hachas y de otras varias herramientas, al instante se valieron de ellas para hacer un mástil destinado á la balsa, con el fin de ponerla una vela, y continuar sus viages al navío sin tener que esperar el tiempo de la baja mar; y tomando *Robinson* á su

cargo esta incumbencia, envió á *Domingo* á la habitacion á ordeñar las llamas, de cuya diligencia se habian descuidado dos dias seguidos.

Durante la ausencia de *Domingo* cargó *Robinson* un fusil, pensando divertirse en sorprenderle con el maravilloso efecto de la pólvora. Ya de vuelta *Domingo*, se mostraba admirado de la prontitud con que *Robinson* habia concluido su tarea; y como este viese un halcon marino, que volaba llevando en el pico un pescado que acababa de coger, tomó prontamente su fusil, y dijo á *Domingo*: *¿No ves aquel halcon? Pues ahora va á caer.* Apunta; toca el gatillo; sale el tiro, y cae el pájaro.

Figuráos la novedad y espanto de *Domingo*. Trastornóse como si le hubiese herido el mismo tiro; y al punto se le excitó la antigua supersticion respecto al *Tupan*. Levántase, bien que quedándose de rodillas, y estiende hácia *Robinson* las manos trémulas en acto de suplicar, y sin acertar á proferir una sola palabra.

Bien lejos estaba *Robinson* de chancearse sobre la menor cosa que tocase á opiniones de Religion, aun cuando fuesen erróneas: y así, luego que presumió cuales eran los supersticiosos pensamientos de *Domingo*, sintió en el alma no haberle hecho alguna advertencia antes de disparar; y se apresuró á enmendar su desacierto. Alzóle del suelo con afabilidad; abrazóle tiernamente, y despues de exhortarle á que se sosegase, y no temiese, añadió iba á industriarle en producir el mismo relámpago, el mismo trueno y el rayo mismo, asegurándole que cuanto habia visto y oido era cosa natural.

Esplicóle la composicion y efectos de la pólvora, y la estructura de la escopeta, cargándola en su presencia, y dándosela para que la disparase. Pero todavía estaba *Domingo* demasiado amedrentado; y únicamente se redujo á pedir á su amo repitiese él mismo tal esperiencia. Colocó *Robinson* á cosa de cien pasos de distancia un madero por

blanco; é hizo fuego, teniendo á *Domingo* á su lado.

Poco faltó para que este no diese otra vez en tierra, pareciéndole sobrenatural cuanto veia y oia. Estaba el blanco señalado con varios perdigones que se habian internado bastante en la madera: y habiéndole hecho notar *Robinson* esta circunstancia, le dejó inferir por sí propio cuan seguros estarian en adelante de los insultos de los salvages, teniendo, como tenian, en su poder aquel trueno manejable, y aquel rayo artificial. Así esto, de que habia sido testigo, como todo cuanto habia visto en el bajel le causó tan profunda veneracion á los europeos en general, y á *Robinson* en particular, que durante muchos dias no le fue posible volver á tratar á su amigo en el tono familiar á que estaba acostumbrado.

Habiendo llegado la noche, finalizaron por entonces las agradables tareas de este venturoso dia.

TARDE VIGÉSIMA QUINTA.

El padre. Sin duda, hijos mios, os servirá de complacencia prosiga hablándoos inmediatamente y sin preámbulos de vuestro amigo *Robinson.*

Desde que se hallaba en la isla jamas habia tenido sueño tan suave y tranquilo como el que logró aquella noche, porque tampoco se habia visto jamas en tanta felicidad como entonces. ¡Cuántas veces tributaba gracias en la postura mas respetuosa al celestial dispensador de todos los beneficios que acababa de recibir! No satisfecho con esperimentar estos afectos de gratitud, quiso todavía hacer partícipe de ellos á *Domingo*; y con esta mira le enseñó antes de acostarse un cántico de accion de gracias, que ambos entonaron tierna y afectuosamente en alabanza del Altísimo.

Á la mañana siguiente se levantaron muy temprano, y condujeron todos sus efectos á un banquecillo, donde los

cubrieron de ramas para preservárlos de la lluvia que acaso pudiese sobrevenir. Despues desamarraron, al empezar el reflujo, para volver al navío, y se me olvidaba deciros que tambien se habian provisto de algunos remos. Hizose, pues, este viage en menos tiempo y con igual felicidad que el primero. Cuidaron ante todas cosas de embarcar en su balsa todas las tablas que hallaron en el navío para añadirla una cubierta, con el fin de que los efectos que pensaban llevar estuviesen mas en seco que los que habian conducido el dia antecedente.

Hizo *Robinson* nuevo reconocimiento de la carga para escoger lo mas útil entre tantos géneros que le era imposible transportar de una vez. Ya entonces se hallaba menos perplejo, porque tenia puestas en cobro las cosas mas necesarias; pero á ninguno dió la preferencia sin atento exámen y discernimiento.

Entre otras resolvió llevar á tierra uno de los cañoncitos, ó pedreros de que venia armado el navío.

Juan. Me parece que hubiera podido llevarse cosas mas útiles que una pieza de artillería.

El padre. Así nos parecerá á nosotros, porque lo vemos de lejos; pero él que consideraba bien de cerca su situacion, contempló que aquel pedrero le serviria de mucho, aun cuando meramente fuese para su propia tranquilidad.

Juan. ¿Y en qué forma?

El padre. El sitio de la orilla del mar en donde se veia precisado á depositar por el pronto los efectos que sacaba del navío, estaba desamparado por todas partes; y la mayor desgracia era que distaba muy poco del parage en que los salvages acostumbraban desembarcar. Verdad es que podia confiar mucho en los auxilios que en caso de insulto le proporcionarian sus fusiles y pistolas; pero la idea de que entonces se veria nuevamente reducido á la cruel necesidad de dar la muerte á alguno de aquellos infelices indios le

estremecia cada vez que se le representaba á la imaginacion. Juzgó, pues, que colocando un cañon á la lengua del agua, podria, siempre que los salvages se acercasen á la isla en sus piraguas, dispararles por alto un cañonazo con bala, de manera que este pasase por encima de ellos, y bastase á espantarlos, y obligarlos verosímilmente á retroceder.

Con esto comprenderás ahora, querido mio, cuan espuestos estamos á equivocarnos cuando nos injerimos en decidir sobre la conducta agena. Rara vez alcanzamos los motivos que determinan las acciones de otro hombre; y sin embargo, tan pagados de nuestro dictámen vivimos, que nos constituimos jueces de las operaciones de todos. El hombre cuerdo jamas cree pecar por demasiada circunspeccion en los juicios que forma en los procedimientos de otro; y se abstiene de decidir, excepto cuando no puede eximirse de ello. Conoce que tiene harto que hacer en pensar en sí mismo, y en examinar sus propios

negocios. Esto hemos de observar, hijos mios, en todas ocasiones.

Ademas de la pieza de artillería, pasaron á la balsa las provisiones siguientes:

1.º Tres costalillos: uno de centeno, otro de cebada y el último de guisantes.

2.º Un cajon de clavos y tornillos.

3.º Una docena de hachas.

4.º Un barril de pólvora, y una porcion de balas y municion menuda como la que llaman *mostacilla*.

5.º Una vela de embarcacion.

6.º Una piedra de amolar.

Teodora. ¿Y para qué queria esa piedra?

El padre. Para afilar los cuchillos, hachas y demas instrumentos, cuando se les hubiese embotado el corte.

Teodora. ¿Pues qué? ¿No habia piedras en la isla?

El padre. En grande abundancia; pero no piedras de amolar. ¿No has reparado que las que sirven para este fin son de una especie particular, y menos duras que la mayor parte de las demas piedras?

Teodora. Sí, señor.

El padre. Ahora bien: *Robinson* no habia encontrado todavía en su isla piedras de aquella naturaleza compuestas de granos de arena con el glúten natural que los une entre sí; y es bien sabido que una piedra de amolar se considera para todos los que deben usar instrumentos cortantes no solo utilísima, sino absolutamente indispensable. Así, pues, *Robinson*, sin dudar ni un punto, la juzgó preferible á los polvos de oro y á los diamantes, que habia desestimado en su primer viage.

Antes de desamarrar la balsa reconoció el actual estado del navío, y halló que el agua se iba aumentando, y que las olas y el choque contra las peñas, habian separado ya muchas tablas de los dos costados de la embarcacion; de lo cual coligió que cualquiera tempestad que sobreviniese acabaria de desbaratar el casco, concluyendo debia apresurarse á poner en salvo todo lo que pudiese de la carga.

Como á la sazon corria el viento hácia la isla, pudieron partir ayudados de la vela y de los remos, aunque les era contrario el reflujo, que estaba en la mitad de su curso. No dejó *Robinson* de hacerse á sí propio entonces una reconvencion que nos acredita su delicada integridad.

Ramon. Pues ¿qué tenia que echarse en cara?

El padre. Haber omitido llevarse el oro y los diamantes.

Ramon. ¿Y qué habia de hacer de ellos?

El padre. No era su intencion por cierto aprovecharlos en beneficio suyo; pero decia: No me parece del todo imposible que aun esté vivo el dueño de este tesoro, y que acaso vuelva algun dia á procurar poner en cobro algo de la carga. Si sobreviniese una ráfaga de viento que hiciese pedazos el navío antes que pueda yo volver á él, y se perdiese el oro y los diamantes, ¿cómo podria yo justificarme para con Dios, para con el dueño, y en el tribunal

de mi propia conciencia de haber pensado en salvar únicamente lo que sirve para mi uso personal, sin haber cuidado de los efectos mas preciosos para el dueño de todo el cargamento? Quizá su bien estar y el de otras muchas personas dependerá de este leve cuidado, que no he tenido. ¡*Robinson*! *Robinson*! esclamó, pesaroso de tal indiferencia, ¡cuánto distas todavía de ser tan justo como debes!

Estuvo casi tentado á retroceder para volver al navío, en vez de dirigirse á tierra, estimulado de los remordimientos de su conciencia por haber faltado á una obligacion que con sobrado fundamento miraba como sagrada.

Ya se iban acercando á la playa, cuando estuvieron muy á pique de ver sepultado en las ondas cuanto conducian; porque, como todavía duraba el reflujo, y cuanto mas se aproximaban á la orilla, tanto menos profundidad tenian las aguas, se halló de repente en seco sobre la arena la proa de la bal-

sa, y por consiguiente quedó mas alta que la popa, la cual sostenia las olas que bajaban por instantes. Quiso la suerte de *Robinson* y *Domingo* fuesen á popa, y pudiesen contener la carga que se deslizaba, é impedir cayese al mar.

Despues que la aseguraron fue menester para desembarcarla determinarse á caminar con el agua y cieno hasta las rodillas; y tales fueron las precauciones y la diligencia con que se dedicaron á la conduccion, que nada se perdió ni averió, y se hallaron en estado de volver á hacerse al mar antes que creciese la maréa.

No bien habia llegado *Robinson* á bordo del navío, cuando se dió prisa á cargar en su balsa el barril lleno de polvos de oro, y el cofrecito que contenia los diamantes; y despues de haber aliviado su conciencia de aquel grave peso, creyó debia pensar en sí propio. Aprovechó este viage para traer á tierra algunas carretillas que, no sé para

que fin, venian en el navío; muchos vestidos y ropa blanca, porcion de instrumentos y muebles, una linterna, y todos los papeles que encontró en la cámara del capitan. Notando que ya subia la maréa, se hicieron á la vela; y llevados por el agua, y al mismo tiempo inpelidos del viento, llegaron en breve á la ribera.

Dedicó *Robinson* lo restante del dia á tomar una precaucion que le pareció indispensable, temeroso de que, si acaso sobrevenia alguna fuerte lluvia, se viese imposibilitado de valerse de lo mas precioso; esto es, de su pólvora. Para evitar este accidente, resolvió en aquel mismo dia hacer de una vela grande que habia trahido, una tienda, debajo de la cual quedaria su tesoro resguardado de la lluvia.

Como ya se hallaba provisto de tijeras, de agujas y de hilo, ejecutó prontamente aquella obra; y no tardó *Domingo* en aprender lo bastante para ayudarle. No acababa este de admirar

la inestimable invencion de la aguja y de las tijeras, repitiendo que en comparacion de los industriosos europeos, él y sus paisanos eran unos pobres idiotas.

Concluyeron aquella tarea antes de ponerse el sol; y todavía sobró tiempo á *Robinson* para divertirse en manifestar y esplicar á *Domingo* el prodigioso efecto del cañon de artillería. Apuntó hácia el mar el pedrero que habia cargado con bala, procurando que esta fuese casi tocando la superficie del mar, á fin de que pudiese *Domingo* ver claramente á que distancia llegaba. Dió fuego *Robinson*; y por mas que *Domingo* estuviese preparado de antemano con haber oido dos fusilazos, la esplosion y estruendo harto mas fuerte del cañon le asustó de tal modo, que le temblaba todo el cuerpo. Seguia·la bala su rápido curso, saltando sobre la superficie del agua, hasta que la perdieron de vista; y afirmó *Domingo* que solo un tiro como aquel bastaria para poner súbitamente en fuga á todos sus paisanos, aun

cuando viniesen á millaradas; pues creerian firmemente que quien tenia á su disposicion trueno semejante, no podia dejar de ser verdaderamente el *Tupan.*

Llegada que fue la noche encendió *Robinson* su linterna para reconocer los papeles que habia libertado, á ver si descubria á quien pertenecia el navío, y adonde se dirigia; mas por desgracia todos aquellos papeles y aun los libros, estaban escritos en una lengua que él no entendia. Tuvo, pues, así nuevo motivo de sentimiento, lastimándose de no haberse aplicado al estudio de las lenguas estrangeras en tiempo que pudo aprenderlas; pero sentimientos tan tardíos eran ya superfluos.

Con todo, dos particularidades que observó, le dieron luz tocante á la derrota y al objeto del viage del navío; pues entre varias cartas encontró algunas para la *Barbada*, que es una isla de América donde se hace gran comercio de esclavos.

Ramon. ¿Comercio de esclavos?

El padre. Voy á esplicártelo. En Africa....—Sin duda te acordarás á que lado está situada esta parte del mundo.

Ramon. Sí: está al medio dia, allí.—Hácia el *Puente-verde*: mucho mas allá de aquel parage donde se ven paciendo tantos ganzos.—No cortemos por eso el hilo de la narracion.

El padre. En Africa, pues, en las regiones habitadas de negros, parece que los hombres por su estupidez y rudeza se diferencian poco de los brutos. Sus caudillos y reyes, que no estan mas civilizados que ellos, los tratan como es consiguiente. Sucede que llegan europeos á sus costas; y al punto les proponen de venta gran multitud de negros, al modo que aquí se vende el ganado en el mercado. Los mismos padres llevan á sus hijos para trocarlos por bujerías; y los europeos compran así todos los años gran número de ellos que conducen á América, donde los obligan por fuerza á ocuparse en los trabajos mas violentos, tratándolos de

todos modos con excesivo rigor. La suerte de semejantes esclavos, pues así llaman á estos desdichados, es tan lastimosa, que la mayor parte de ellos preferiria la muerte.

Ramon. Es cosa muy mal hecha tratar así á hombres.

El padre. Ciertamente que es gravísima injusticia; y debe esperarse que con el tiempo cesará este inicuo tráfico de esclavos.

Tambien encontró *Robinson* entre los papeles una nota ó factura, por la cual comprendió poco mas ó menos que venian en el buque unos cien esclavos destinados para la *Barbada*: y despues de haber comunicado esta circunstancia á *Domingo*, añadió: ¿Quién sabe si aquellos desventurados habrán debido su libertad á la tempestad que hizo encallar el navío? ¿Quién sabe si se habrán salvado en lás lanchas? ¿Si por dicha suya habrán arribado á alguna isla donde no les alcance el imperio de sus tiranos, hallándose ahora

felices y contentos á su modo?—Convino *Domingo* en que esta conjetura parecia bien fundada. Pues díme, amigo mio, le replicó *Robinson* con vehemencia: ¿tendrás valor para repetir ahora la pregunta que no há mucho me hacias?

Domingo. Qué pregunta?

Robinson. Me preguntaste ¿qué utilidad podia producir la tempestad que se llevó nuestra canóa?—Corrido y confuso *Domingo* bajó inmediatamente los ojos.

¡Ó compañero! esclamó *Robinson*, inflamado de piadoso zelo, reconoce la mano de Dios omnipotente y sabio, que se ha manifestado patentemente en este acaecimiento. Considera todo lo que la tormenta nos ha dado en cambio de lo que nos quitó. Mira ese cúmulo de diferentes provisiones para hacer la vida acomodada y feliz. ¿Cómo la hubiéramos logrado, si no se hubiese levantado la tempestad? Es triste cosa, por cierto, deber uno su dicha á la desgra-

cia agena; pero consolémonos con que actualmente el mayor número de los que venian en el navío será quizá despues del naufragio mas feliz que era antes; y dando por verosímil tal suposicion, díme tú, ¿qué piensas ahora del divino poder que gobierna el mundo?

Pienso, respondió *Domingo*, que á este poder acompaña una sabiduría y bondad inexplicable; que yo era un ignorante, un insensato. Al mismo tiempo levantó los ojos y las manos al cielo, y pidió perdon del error en que habia incurrido por su tosquedad.

Guardó *Robinson* con tanto cuidado como el oro y los diamantes los papeles que acababa de examinar, no desconfiando de que por medio de estos tal vez podria, si algun dia se veia de vuelta en Europa, descubrir á quien debia restituir el tesoro que habia sacado del navío.

Durante seis dias consecutivos hicieron en cada uno de ellos dos ó tres viages á la embarcacion, trayendo á

tierra cuanto pudieron transportar. Mil cosillas que ni aun nos ocurriria recoger si las viésemos en el suelo, porque nunca hemos esperimentado la incomodidad de carecer de ellas, eran de sumo valor para nuestros desterrados; y así no se descuidaron en llevárselas. Parte de la carga consistia en dientes de elefante, á que no tocaron, como que de nada les habian de servir; y asimismo dejaron muchos barriles de café, que *Robinson* despreció, porque estaba resuelto á no volver á acostumbrarse á superfluidades nocivas, aunque gratas. De lo que sí cuidaron fue de desclavar y conducir á tierra cuantas tablas pudieron, porque las consideraron de grande utilidad y aprecio: y por fin se llevaron los cinco cañones de artillería restantes, como asimismo todo el hierro que encontraron y que les fue posible arrancar.

Despues de haber hecho diez y ocho viages, á cual mas feliz, notaron, en ocasion que se hallaban á bordo, que

se preparaba una tempestad; y se apresuraron á cargar la balsa y á desamarrar, esperanzados de llegar á tierra á fuerza de remo antes que empezase la borrasca. Pero todo fue en vano: pues no habian llegado á la mitad del camino, cuando un impetuoso viento, acompañado de relámpagos, truenos y lluvia, agitó y enfureció en tal manera el mar, que las olas, anegando enteramente la balsa, arrebataron cuanto en ella habia. Harto hicieron por lo tocante á sus personas, en mantenerse algun tiempo fuertemente asidos al mástil para que no se los llevasen las oleadas que les pasaban por encima en las cabezas, y aun les sobrepujaban en mucho.

Al fin no pudo la debilísima balsa resistir mas el ímpetu de las embravecidas ondas; y habiéndose aflojado los mimbres y juncos que trababan unos maderos con otros, se deshizo toda la armazon de ellos, esparciéndose cada uno por su lado.

Luisita. ¡Ay, Dios! ¿Qué será del pobre *Robinson*?

Todos. Poco á poco.—Esperemos á ver. —Calla.—

El padre. *Domingo* procuró salvarse á nado; y *Robinson* se asió á un madero, con el cual tan presto se hundia hasta el abismo, como subia á la cima de las encrespadas olas. Mas largo tiempo estaba sumergido debajo del agua que sobre ella: hallábase atolondrado sin ver ni oir. Ya pierde las fuerzas; ya se queda totalmente privado: da un fuerte grito; y le sepulta una ola enorme, que se lleva el madero con que se habia abrazado.

Por fortuna el fiel *Domingo* se habia mantenido siempre á su lado; aunque si hubiese querido, no le hubiera sido difícil ponerse en salvo, llegando antes á la orilla: y al ver que su amo se iba al fondo, se zambulle, y cogiéndole con la mano izquierda, trabaja con la derecha, braceando para volver á salir sobre el agua. Echa luego el resto á

sus esfuerzos, y con tan buen éxito, que al cabo de algunos minutos llegó á tierra con el cadáver del triste *Robinson.*

Todos. ¡Ay, ay! — ¡Con el cadáver! eh?

El padre. Vaya: todos estais ya sobresaltados.— He usado la voz cadáver, porque no daba señal de vida. — Afligido *Domingo*, habiéndole llevado mas tierra adentro, se echó sobre él; empezó á llamarle á gritos; le meneó; le dió repetidas friegas por todo el cuerpo; y acercó sus labios á la boca de su amo para comunicarle y restituirle la respiracion. Por último tuvo el inexplicable consuelo de advertir algunos indicios de vida, y mediante su asistencia recobró *Robinson* el uso de los sentidos.

Al abrir los ojos, pregunta con débil y trémula voz: ¿Dónde estoy? — En mis brazos, amo querido, le replica *Domingo*, vertiendo lágrimas. — Aquí hubo entre los dos el mas tierno coloquio. Daba *Robinson* gracias á *Domingo*, llamándole su libertador; y este por su parte fuera de sí con el re-

gocijo de verle vivo, tenia como embargadas las potencias.

No es posible, hijos mios, concluir la narracion de los lances de aquel dia con otro mas capaz de excitar vuestra afectuosa sensibilidad; y así me parece que basta por esta tarde.

TARDE VIGEISMA SEXTA.

Sobrevinieron algunos impedimentos para que el padre continuase la relacion de su historia; y en este intervalo se acrecentó el número de los niños y jóvenes oyentes con la llegada de otros cuatro, cuyos nombres eran *Mateo*, *Fernando*, *Casimiro* y *Cristóbal*.

¡Con qué porfia se empeñaban los antiguos condiscípulos en referir á los recien-llegados cuanto habian oido de las aventuras de *Robinson*! Uno contaba un suceso; otro citaba una sentencia ó máxima moral; este omitia una circunstancia; aquel trastornaba el órden de los acaecimientos; el otro acudia á suplir los que se habian quedado olvidados. Todos hablaban á un tiempo; y en medio de tal bullicio y charla no se oian ni entendian unos á otros.

Para contener semejante alboroto se vió precisado el padre á tomar la narracion de la historia desde el principio,

y repetirla toda, repartida en varios dias, hasta el último acontecimiento en que le habia dejado pendiente; y luego, con gran satisfaccion del auditorio, prosiguió de esta manera.

El padre. Con que, hijos mios, ya tenemos otra vez vivo á nuestro *Robinson*. El reposado sueño que logró aquella noche en su tienda, y en una cama libertada del naufragio, le restableció de tal modo, que al amanecer ya estaba levantado; y sintiéndose con sus fuerzas regulares, dió gracias á Dios de haberle conservado la vida y la salud. Habia durado la tempestad toda la noche; y él con la mayor impaciencia esperaba aclarase bien el dia para saber que habria sido del navío.

Mostróse el sol en el horizonte; y entonces vió *Robinson* con gran dolor suyo que el bajel habia desaparecido. Maderos esparcidos acá y allá por la playa le daban claro testimonio de que la tormenta le habia desbaratado. Á vista de ello tuvo motivo de celebrar

su acierto en no haber dejado de poner en salvo todo lo que pudo de la carga. ¡Dichoso el hombre que, gobernándose por reglas de sabiduría y de prudencia, puede, siempre que un fatal accidente le priva de algunas conveniencias, decirse con fundamento á sí propio, como en este lance podia hacerlo *Robinson*, que no ha habido culpa de su parte! ¡De cuánto consuelo sirve en las adversidades este interior convencimiento! Y sin él ¡cuán amargas serian!

Tuvieron sumo cuidado *Robinson* y *Domingo* de recoger por la costa todas las reliquias del navío, previendo que cada tabla, cada astilla podria hacerles mucho al caso en lo sucesivo.

No quedándoles ya diligencia alguna que practicar por lo tocante al navío, formaron un plan para proceder con órden y método en sus ocupaciones posteriores.

Tratábase á la sazon de transportar

á su morada todos los efectos desembarcados; pero les pareció que durante la conduccion de cada porcion de ellos seria peligroso alejarse demasiado de la restante. Dispuso, pues, *Robinson* que alternativamente acarrearian, y estarian de guardia, uno por la mañana y otro por la tarde. Cargó los cañones; dispuso su batería en la ribera con la puntería hácia el mar; y encendieron lumbre, de que deberia cuidar, para que no se apagase, aquel á quien tocase estar de guardia, dejando al mismo tiempo una mecha encendida cerca de los cañones para estar prontos á disparar cuando el caso lo pidiese.

Robinson fue quien hizo el primer viage. Deseando conservar sus mejores vestidos, se habia puesto uno de marinero; y en vez de sus antiguas armas trahia ya á la cinta un sable y dos pistolas cargadas. Dió principio conduciendo en su carretilla algunos barriles de pólvora, y otras cosas de las

mas espuestas á echarse á perder con la humedad.

El perro de aguas, que nunca se separaba de él, fue en esta ocasion un compañero de viage sumamente útil. Habiale puesto *Robinson* á la carretilla; y tirando el animal, ayudaba á su amo á llevarla; pues como semejantes perros son muy atinados, y aprenden con facilidad lo que se les enseña, tardó este muy poco en adiestrarse y desempeñar el nuevo oficio, como si fuese un animal de tiro. Ademas llevaba un lio en la boca, á lo cual se hallaba acostumbrado de antemano.

Trajo *Robinson* á su vuelta todos los llamas ya enseñados á llevar carga, con el fin de ocuparlos; y como tenia siete, que aguantaban hasta ciento y cincuenta libras, podreis sacar la cuenta del peso á que llegaria la carga de todos ellos en cada viage.

No cabiendo en el sótano tantos muebles y efectos, se dieron prisa á formar

en el patio otro pavellon espacioso que sirviese de almacen mientras se tomaban otras medidas. En ocho dias se condujo todo, excepto una porcion de tablas, que entre la maleza se dejaron encubiertas y resguardadas en la mejor forma posible.

Luisita. Pero no ha vuelto papá á hablar de la cabra.

El padre. Casi se me olvidaba ya. Pues bien: la cabra, como es fácil discurrirlo, fue tambien conducida á la habitacion; allí la dejaron en el establo de los llamas domesticados, con los cuales se encariñó prontamente.

¡Cuántas y cuán gratas ocupaciones tenian entonces *Robinson* y *Domingo*! Apenas sabian por donde empezar; pero como *Robinson* por inclinacion y por costumbre gustaba de proceder con órden y método, distinguió inmediatamente los trabajos mas precisos de los que no lo eran tanto, y no dudó en acudir á los primeros con preferencia. Lo que mas urgia era fabricar un es-

pecie de almacen para depositar con mayor seguridad que en la tienda los efectos que no se podian colocar en la cueva. Les era entonces preciso dedicarse á la carpintería, oficio que ciertamente ni uno ni otro habian aprendido. Pero ¿qué cosa podia haber difícil para el industrioso y aplicado *Robinson*, ya provisto de toda suerte de herramientas? Los trabajos mas penosos, y de que menos práctica tenia, eran un juguete para quien habia sabido llevar al cabo tantas obras sin auxilio de instrumentos proporcionados. Cortar y desbaratar árboles, cuadrar pilares y vigas, sentarlas y acoplarlas, levantar paredes de ladrillo; hacer un techo de tablas, y cubrirle con otro de hojas de coco, todo se ejecutó con admirable presteza.

Parecia este edificio despues de acabado una de las caserías de nuestra gente del campo; y como *Robinson* habia tomado la providencia de quitar y traerse las ventanas de la cámara del

navío, le sirvieron en su nuevo edificio, sin dejar en él abertura por donde entrase el viento. Gran maravilla causó á *Domingo* el vidrio, como que nunca habia visto semejante composicion; y por esperiencia fue luego conociendo el uso ventajoso que de él se hacia en Europa.

Cuando ya estuvo todo colocado y puesto á cubierto, ideó *Robinson* dar á su fortaleza una entrada cómoda sin perjuicio de la defensa y seguridad de ella. Parecióle el medio mas oportuno abrir una puerta regular con su puente levadizo; y hallándose abundantemente provisto de todo cuanto se requeria para aquella obra, como clavos, cadenas, goznes, bisagras, cerraduras &c., emprendió sin dilacion la obra. Primero trabajaron ambos en disponer la puerta y el puente levadizo: despues hicieron en la muralla y en la empalizada una abertura proporcionada á la puerta que allí pusieron; y luego colocaron el puente de tal modo

que, estando levantado, quedase pegado á la puerta, y la ocultase. Por último subieron á la muralla los seis cañones, de manera que dos defendian el flanco derecho, dos el izquierdo, y dos el frente del fortin. Resguardados así de las invasiones de los salvages, y con la conveniencia de tener fácil entrada y salida en su fortificacion, podian ya vivir con mucho menos rezelo.

Luego que llegó el tiempo de la cosecha, valiéndose *Robinson* de un alfange viejo, á falta de hoz, segó con él el maiz, y despues con una horquilla de tres puntas fue desenterrando las patatas. ¡Con cuánta facilidad logró, ayudado de estos instrumentos, concluir su tarea! ¡Qué gusto hubiera sido para nosotros ver á los dos afanados en recoger su cosecha, y ayudarlos en algo!

Cristóbal. Ah! si hubiera estado yo allí! De buena gana trabajaria con ellos.

Juan. Para eso no es necesario que vayas á una isla desierta. Aquí mismo podemos todos trabajar. Ya verás como papá nos da ocupacion en las horas de recreo. Unas veces aserramos madera, ó la partimos, ó la acarreamos; otras veces mullimos la tierra de alguna era de la huerta, ó sacamos agua para regar, ó nos entretenemos en arrancar las malas hierbas. Anda; que no faltará que hacer.

El padre. Pero dí á Cristóbal para que os ejercito yo en esas faenas.

Juan. Para acostumbrarnos á no estar jamas ociosos, y robustecernos con el ejercicio, que aprovecha mucho á la salud.

Cristóbal. ¿Y trabajaremos tambien nosotros?

El padre. Seguramente; porque os quiero tanto como á los demas compañeros vuestros, y cuidaré de que os ocupeis como ellos en todos los ejercicios saludables.

Casimiro. Me alegro; y nos aplicaremos lo mismo que *Robinson.*

El padre. Sea en hora buena: y ya que á él le iba tan perfectamente con este género de vida activa, lo propio nos sucederá á nosotros.

Acabada la cosecha, *Robinson* y *Domingo*, ingeniándose cada uno con una mazorca de maiz ya desgranada, fueron estregando las demas para desprender los granos, y recogieron así dos costales, que contendrian hasta unas cuatro fanegas. Tenian provision de bizcocho para algunos meses; pero antes que esta se consumiese, quiso *Robinson* probar á hacer pan, que supliese la falta de aquel alimento.

Habia sacado del navío un molino de mano, y solo le faltaba un cedazo para cerner la harina, y un horno para cocer el pan; mas pudo remediar ambas necesidades, pues formó un cedazo con muselina fina, de que habia hallado una pieza entera entre los géneros libertados del naufragio; y la fábrica del horno era lo que menos cuidado le daba. Al fin todo quedó con-

cluido antes del tiempo de las lluvias.

Para esperimentar hizo dos especies de pan, uno de harina de centeno, y otro de harina de maiz. Declaróse por el de centeno, que le pareció mucho mas sabroso; y así determinó sembrar de esta simiente la mayor parte de su campo, porque nunca le faltase suficiente grano que panadear, cosa que no tuvo por superior á sus fuerzas, ayudadas de las de *Domingo*, supuesto que el terreno de aquella isla podia rendirles dos cosechas al año.

Lo que no habian encontrado en el navío, y á la verdad les hubiera sido muy útil, era alguna azada de hierro. Una habia hecho *Domingo* de madera muy pura, y que podia servir; pero con todo, siempre hubieran querido otra mejor, pues con nada se remueve tan bien y tan pronto la tierra como con azada de hierro. *Robinson* resuelto ya á dedicar su principal esmero á la agricultura, como que es el mas provechoso y agradable de to-

dos los oficios, pensó en establecer una fragua en que fabricar no solo azadas, sino otras muchas herramientas.

No era este proyecto tan estravagante como acaso os lo figurais, porque tenia en su almacen cuanto se requeria para disponer la fragua: un yunque, aunque pequeño, algunas tenazas, un mediano fuelle, y buena provision de hierro así labrado como en barras, con la cual tendria, al parecer, lo bastante para forjar cuantos instrumentos pudiese necesitar en lo restante de su vida. Puso, pues, en egecucion su pensamiento sin mas demora.

Cubriendo la cocina con un gran techo de tablas, les quedó debajo espacio sobradamente capaz y bien defendido para plantificar la fragua y trabajar, aun durante la estacion lluviosa. Pasaron gran parte de ella ocupados en el oficio de herrero; y la fuerza de tentativas, primero infructuosas, y despues mas felices, consiguieron por fin el acierto.

Hechas ya las azadas, quiso *Robinson* adelantar en su arte, ideando fabricar un arado proporcionado á sus fuerzas. Logró en efecto su nueva empresa con imponderable satisfaccion de ambos. Componíase este arado de una gruesa rama de árbol, que servia de *timon*, cuyo estremo encorvado sentaba en la tierra con un hierro cortante fijado en él, que es lo que se llama la *reja*, y un mango que se nombra *esteva*, con el cual dirige el labrador el arado como quiere. Al otro estremo se hubiera podido uncir una yunta de bueyes ó caballos; pero, no teniéndola, era preciso que *Robinson* y su compañero supliesen esta falta con sus brazos. En una palabra, era aquel arado de la misma figura que el que usaron los antiguos griegos cuando empezaron á aplicarse á la labranza, y todavía usan casi generalmente los españoles. (*)

(*) En algunos parages de Asturias y Ga-

Casimiro. ¿Y no tenia ruedas como los de por acá?

El padre. No.—Todos los instrumentos eran muy sencillos á los principios. Fueron descubriendo poco á poco los hombres nuevas máquinas: y mudándolas y perfeccionándolas, han llegado á facilitar sus labores con mas ventajas y comodidad.

Robinson, que jamas habia visto en los paises del Norte arado semejante debia estar muy ufano de su invencion; porque hemos de suponer que habrian pasado muchos siglos primero que los hombres hubiesen llegado á inventar una máquina tan sencilla como aquel arado. Así es que los autores de ella fueron considerados por su posteridad como hombres de tan profunda sabiduría, que despues de su muerte los reverenciaron los gentiles como dioses.

---

licia tambien se usa el arado de ruedas, que es el comun en casi toda la Europa, y el único que *Robinson* podia haber visto en *Hamburgo* su patria.

¿Te acuerdas, Juanito, como se llamaba aquel á quien los egipcios atribuian la invencion del arado?

Juan. *Orríis* era el que por este descubrimiento llegó á merecer entre ellos la misma adoracion que una deidad.

El padre. Y los fenicios atribuian tan útil invencion á un tal *Dagon*, teniéndole por ente sobrehumano, y llamándole *hijo del cielo.* (*)

Nicolas. Pero ¿no podia *Robinson* haber hecho que sus llamas tirasen del arado?

El padre. Al principio dudó que sirviesen para un trabajo de esta naturaleza; pues le parecian animales mas de carga que de tiro. No obstante, hizo

(*) Se ha suprimido en esta traduccion lo que el autor dice aquí cerca de la *grada* que formó *Robinson* para deshacer los terrenos. Este instrumento de la labor, comunísimo en los paises estrangeros, es tan poco usado en España, que ha parecido superflua la descripcion de él, ademas de que su figura y usos necesitarian una esplicacion demasiado individual, y prolija para los niños.

la esperiencia; y le salió mucho mejor de lo que esperaba, porque los animalitos se fueron acostumbrando, y al fin se hacia la labor tan perfectamente como si *Robinson* y *Domingo* se hubiesen criado en el ejercicio de labradores, y los llamas hubieran nacido para bestias de tiro.

Luego que pasó el tiempo de las lluvias sembró *Robinson* buena porcion de centeno, algo menos de cebada, y menos todavía de guisantes: y al cabo de cinco meses tuvo la complacencia de recoger una abundante cosecha de doce por uno, que sobraba para el gasto de seis meses. Pero queriendo con prudente economía hallarse provisto de repuesto mas copioso, por si acaso sobrevenian años estériles, granizos ú otros accidentes destructores de las mieses, determinó fabricar un granero, y llenarle cada medio año, para que siempre contuviese el acopio necesario en caso de salir fallida una cosecha.

Con esta mira, no bien se serenó el tiempo cuando levantaron el techo del almacen á fin de añadirle segundo piso que les sirviese de pósito ú alhóndiga. Requeria esta obra mas arte y mayor afan que la de un cuarto bajo; pero su infatigable aplicacion superó todas las dificultades, y se concluyó felizmente la fábrica.

Tuvieron la fortuna de que entretanto pariese la cabra dos chotos ó cabritillos, con lo cual podia muy bien multiplicarse y perpetuarse en la isla la casta. El perro de aguas servia de guarda y centinela por las noches: el papagayo los entretenia muchos ratos mientras comian ó trabajaban; y los llamas iban siendo cada vez mas útiles desde que, ademas de suministrarles leche, manteca y queso, los ayudaban á labrar la tierra. No necesitaba ya *Robinson* para ser del todo feliz sino una cosa.—Adivinadla.

Ramon. Estar en compañia de sus padres.

El padre. Menos que eso: tener allí al-

gunos compañeros. Ellos eran dos; y alguno habia de morir primero, de suerte que el que sobreviviese se habia de ver tarde ó temprano tristemente separado de toda sociedad humana como un anacoreta. *Robinson*, sin embargo, tenia por culpable flaqueza el estarse atormentado, y pasar los mas amargos dias con el temor de desgracias posibles, pero encubiertas en las tinieblas de lo futuro; y pensaba que el mismo benigno Dios que hasta entonces habia deparado remedio para todo, le depararia tambien con igual benignidad en lo sucesivo.

Consolado con esto, vivia gozando inalterable alegría y tranquilidad de espíritu, y bien satisfecho de las precauciones que habia tomado para su seguridad. Dios conserve á *Robinson* en tan ventajoso estado; y nos conceda á cuantos aquí estamos una paz interior como la que él lograba.

¡Así sea! dijo la madre: y todos los circunstantes se retiraron.


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Hélène Savoia Aosta
Napoli

TARDE XXVII.

TARDE VIGESIMA-SEPTIMA.

El padre. Hoy traigo, queridos mios, muchas cosas que contaros.
Luisita. Mejor.
El padre. Todo está en que yo pueda....
Nicolas. ¿Y por qué no, papá?
Carlitos. Estaremos con mucha atencion.
Juan. No le interrumpiremos á Vm.
El padre. Pues vamos allá; pero preveníos todos para oir unos lances horrorosísimos, que no sabemos en que vendrán á parar.—Por vuestros gestos y ademanes conozco, poco mas ó menos, lo que ya estais conjeturando. Puede ser que acerteis: ello dirá.—

Si ahora quisiera yo referir individualmente todo lo que iba trabajando *Robinson* cada dia, ayudado de las herramientas de que se hallaba tan bien surtido, haria una relacion muy pesada, que os divertiria muy poco.
Juan. Sí nos divertiria; pero serán cosas que ya las podemos dar por supuestas.

El padre. Me ceñiré á deciros que los dos compañeros apenas dejaron arte ni oficio por esperimentar, imitando al panadero, al herrero, al sastre, al zapatero, al carpintero, al carretero, al alfarero, al hortelano, al cazador, al pescador y á otros muchos, con tan buen éxito, que se adestraron medianamente en hacer una porcion de cosas para las cuales nosotros, europeos regalones, necesitamos otros tantos artesanos que se empleen en servirnos. Se les aumentaban las fuerzas corporales al paso que las iban ejercitando; y su espíritu siempre dedicado á objetos útiles adquiria con la contínua aplicacion cada vez mas vigor, mas rectitud y pureza. Acaso es esta una prueba de que hemos nacido destinados á la vida activa, pues que de ella dimanan la robustez, la virtud y la felicidad.

Seis meses habian corrido, empleados en tan agradables ocupaciones, sin que se hubiese atrevido *Domingo* á hacer mencion del proyectado viage á su

patria; pero muchas veces, despues de haber concluido su tarea diaria, solia subirse á lo mas empinado del cerro, desde donde alcanzaba á registrar el parage en que estaba situada la isla que habia sido su primera cuna. Entregado allí á las mas profundas meditaciones, se lamentaba de su desgracia en verse tal vez para siempre apartado de su anciano padre. *Robinson*, por su parte, tampoco habia querido hablar del asunto, considerando era imposible satisfacer el anhelo de su amigo mientras no acabasen de practicar las indispensables operaciones á que su nuevo método de vida los precisaba.

Ahora que ya estaban finalizadas las mas urgentes, el mismo *Robinson* fue el primero que propuso la construccion de otro barco, en que navegase *Domingo* á buscar á su padre. Renovóse con esta noticia el indecible júbilo del indio, no menos que el tierno agradecimiento á la bondad de su amo; y empezada la obra desde la mañana si-

guiente, se egecutó con el auxilio de buenas hachas mucho mejor y mas pronto que la primera vez, como ya podeis discurrirlo.

Una mañana, hallándose *Robinson* ocupado en algunos quehaceres domésticos, envió á *Domingo* á la playa por tortugas, manjar que en mucho tiempo no habian servido á su mesa. A breve rato de haberse ausentado el jóven, volvió á todo correr; y sin poder echar el aliento, ya de cansancio, ya de pavor, solo dijo con balbuciente lengua: *Ahí estan: ahí estan.*

Asustado *Robinson*, le preguntaba con ansia: ¿*Quién*? — ¡*Amo mio*! *Amo de mi alma*! respondió *Domingo*: *una, dos, tres, seis canóas*! Tan aturdido estaba, que no acertaba de la primera vez á decir *seis*.

Subió aceleradamente *Robinson* á la colina; y no sin espanto reconoció que decia *Domingo* la verdad; pues distinguió seis canóas llenas de salvages, y ya próximas á la orilla. Bajó sin dilacion;

y confortando al trémulo *Domingo*, le preguntó si, en caso de que los enemigos se acercasen, tendria ardimiento para ayudarle fielmente y con todas sus fuerzas.—Con mi sangre, con mi vida, replicó el compañero, que ya se iba recobrando del temor, y sentia renacer su brio para la pelea. Pues bien dijo *Robinson*: acudamos á impedir que esos carniceros monstruos consigan su horrible intento. Por el camino te iré esplicando mis designios; que ahora no es tiempo de hablar, sino de obrar.

En esto bajó de la cañonera uno de los pedreros con su cureña de ruedas; y tomó seis fusiles bien cargados, cuatro pistolas y dos sables. Cada uno se puso á la cinta un par de pistolas y un sable y al hombro tres fusiles; y prevenidos de bastantes balas municion y pólvora, tiraron del cañoncillo, encaminándose valerosamente al campo con todo aquel formidable tren militar.

Así que pasaron el puente levadizo,

hicieron alto. Volvió *Domingo* á la fortaleza para levantar el puente y cerrar la entrada; y descolgándose luego por la escala de cuerda, que siempre tenian pendiente del peñasco, volvió á incorporarse con su general. Tuvo este por muy necesaria semejante precaucion, para que, si se malograba la empresa, no pudiesen los indios bravos apoderarse del castillo.

Entonces fue cuando empezó *Robinson* á comunicar á *Domingo* el plan de operaciones que habia formado. Iremos le dijo, por detras de la colina, y marcharemos por lo mas espeso y enmarañado del bosque, de suerte que no pueda descubrirnos el enemigo. Caminando despues ocultos entre los matorrales que siguen hasta la ribera, nos acercaremos á los salvages; y cuando los tengamos á tiro, dispararemos un cañonazo con tal direccion que la bala les pase por encima, para que amedrentados los bárbaros abandonen la presa, y tomen la fuga en sus canóas.

Todo esto pareció á *Domingo* muy factible y verosímil. Así, continuó *Robinson*, tendremos la complacencia de libertar á las infelices víctimas de su carnívora gula, tal vez sin que derramemos ni una gota de sangre. Pero si acaso, lo que no esperamos, confiados ellos en que son muchos, no huyesen, entonces, *Domingo* mio, llegará el lance de acreditar que somos hombres de espíritu, despreciando animosamente el peligro á que con la mas loable intencion nos hemos aventurado. El Altísimo, que todo lo ve y conoce, sabe el justo motivo por que esponemos nuestras vidas; y nos las conservará, si nos conviene. Hágase en todo su voluntad.

Diciendo de esta manera, dió á su compañero la mano; y ambos se prometieron recíprocamente auxiliarse hasta perder el último aliento.

Llegado que hubieron con el mayor silencio adonde terminaban los matorrales, se detuvieron; y dijo *Robinson* por lo bajo á *Domingo* fuese agachado

y con mucho tiento á ponerse detras de un corpulento árbol que le señaló, y volviese á informarle de si descubria desde allí á los enemigos. Trajo el indio noticia de que sí, por señas de que los habia visto colocados al rededor de una hoguera, royendo los huesos de un prisionero, á quien ya habian destrozado; y que á corta distancia tenian otro atado de pies y manos, y echado en tierra, que parecia ser blanco y barbado, el cual tardaria poco en padecer igual muerte.

Alteróse *Robinson* en estremo con tales nuevas, principalmente cuando oyó lo del hombre blanco. Llevaba consigo un anteojo de larga vista que habia recogido á bordo del navío; y con este auxilio, acercándose al árbol, se certificó por sí propio de la relacion de *Domingo*. Vió en efecto unos cincuenta salvages antropófagos sentados en torno de la hoguera; y advirtió clara y distintamente que el infeliz prisionero era un europeo.

No puede *Robinson* contenerse: el corazon le palpita; la sangre le hierve; y se deja llevar del primer rapto impetuoso, ya va á dar inconsideradamente sobre los bárbaros, y á verter arroyos de sangre. Pero sabiendo que el ciego instinto de las pasiones debe sujetarse á la razon, se vale del freno de esta para reprimir la violencia de aquel.

Habia mas adelante otro sitio igualmente cubierto de inculta maleza; y pasó nuestro héroe á ocupar allí el puesto mas cercano á los salvages, en medio del cual se percibia un claro tan pequeño que no podria divisarse sino á muy corta distancia. Asestó su cañon por aquella abertura, dirigiendo la puntería un poco alta, para que, pasando el tiro por encima de los enemigos, los espantase sin hacerles daño: y luego previno en sumisa voz á *Domingo* le imitase puntualmente en todo cuanto le viese hacer.

Dejó en el suelo dos fusiles, que-

dándose con uno al hombro; y lo mismo ejecutó su compañero. Aplica *Robinson* la mecha encendida al fogon del pedrero; prende el fuego, y sale el tiro.

Al repentino estruendo caen en tierra trastornados los salvages, como si todos á un tiempo hubiesen quedado mortalmente heridos. *Robinson* y *Domingo*, atentos á lo que pasaba, y en cierta espectativa de las resultas, se apercibian á la refriega, por si acaso venia á parar el lance en llegar á las manos. Cosa de un minuto despues, recobrándose los bárbaros de su aturdimiento, se levantan; y los mas tímidos se refugian á las canóas, mientras los mas valientes empuñan sus armas.

La desgracia fue que, no habiendo ellos advertido ni el fuego ni la bala, solo el estampido del cañonazo los habia dejado atónitos, por lo cual no fue tanta su consternacion como se habia esperado: y así, no bien tendieron la vista hácia un lado y otro, sin echar de ver cosa que pudiese perturbarlos de

nuevo, cuando se tranquilizaron; y los cobardes fugitivos volvieron atras. Reunidos todos, empezaron su danza guerrera, dando horribles ahullidos, y esgrimiendo sus armas con furiosos ademanes y estravagantes gestos.

Indeciso permaneció *Robinson* hasta el fin de aquel baile; pero sorprendido entonces al observar que no solamente habia vuelto á sentarse la feroz caterva, sino que dos de los bárbaros se acercaban al miserable europeo, é iban á asirle, no pudo ya moderar los naturales impulsos, y mirando á *Domingo*, le dijo en tono bajo: *Tu por la izquierda, y yo por la derecha: vamos allá con la ayuda de Dios.* Luego apunta y dispara; y lo mismo hace *Domingo.* El tiro de este fue mas feliz que el de su amo, pues á la derecha cayeron tres, y á la izquierda cinco. De estos ocho los tres eran muertos, y los demas heridos. No es posible pintar la turbacion y desórden con que huyeron los que quedaron ilesos. Estos

echaron á correr por un lado, aquellos por otro, y todos levantaban tremendos alaridos. Ya *Robinson*, empuñando el sable, iba á salir á campo raso para acabar de ahuyentarlos, y libertar al infeliz agarrotado europeo, cuando atónito reparó que algunos de los fugitivos se congregaban dispuestos á defenderse. Echó mano á otro fusil: imitóle *Domingo*; y dispararon ambos á un tiempo.

Solo dos enemigos perecieron en esta descarga; pero otros varios, mas ó menos gravemente heridos, se dieron á la fuga, despidiendo lastimeros ayes; y tres de ellos cayeron postrados, aunque todavía con aliento vital.

Al dejar *Robinson* el segundo fusil para tomar el tercero, que aun estaba cargado, dijo en alta voz á *Domingo*: *Salgamos ahora.* Descúbrense repentinamente; y apresúrase *Robinson* á consolar á la desgraciada víctima. Apenas se acercó á ella, notó que unos cuantos salvages de los que huian atemorizados, volvian sobre sí despues de ha-

ber visto á sus contrarios, y que se juntaban en disposicion de hacer resistencia. Llamó la atencion de *Domingo*, que advirtiendo aquel movimiento, y penetrando la intencion de su amo, se adelantó; volvió á disparar, y dió muerte á uno de los indios.

Robinson entretanto cortó con una navaja los cordeles de junco que aprisionaban fuertemente los pies y las manos del europeo. Preguntóle en aleman y en ingles quien era; y el desventurado le respondió en latin: *Christianus*, *hispanus*, esto es, *cristiano*, *español*. No le permitió decir mas su estrema debilidad. Por fortuna habia tenido *Robinson* la advertencia de llevar consigo un frasquito de vino por si recibia alguna herida. Dióseles á beber al español, que con esto cobró fuerzas: alargóle el sable y una de las dos pistolas con que pudiese ayudarle á dar fin á la contienda; y mandó á *Domingo* traer á toda prisa los fusiles para cargarlos de nuevo.

Así que el español se vió armado de sable y pistola, se abalanzó furioso á sus asesinos, y en un abrir y cerrar de ojos acabó con dos de ellos. Ayudóle *Domingo* con el sexto fusil que aun estaba para descargar, mientras *Robinson*, sin perder tiempo, cargaba los otros cinco. Encontraron al principio bastante resistencia los dos combatientes; y hubieron de alejarse uno de otro, porque, entretanto que el español peleaba por una parte con un valeroso salvage, se habia empeñado por otra *Domingo*, despues de haber disparado el último tiro, en perseguir con sable en mano á una cuadrilla de fugitivos, de los cuales unos quedaron en el sitio, otros se arrojaron al mar para llegar á nado á sus canóas, y otros corrieron á esconderse entre los espesos matorrales

El español era el que mas apretado se veia, pues aunque, sacando fuerzas de flaqueza, habia acometido al salvage tan impetuosamente que le ha-

bia maltratado con dos tajos la cabeza, las mismas heridas irritaron en tal estremo al bárbaro, que, acercándose con su pesado alfange de piedra al español, le puso en la mayor consternacion. Con dificultad acertaba este á parar los golpes; y al cabo no le fue posible evitar que su adversario le cogiese por mitad del cuerpo, le derribase en tierra, y habiéndole quitado de las manos el sable, fuese ya á degollarle; pero *Robinson*, viendo en tan inminente peligro al europeo, levantó al salvage la tapa de los sesos de un escopetazo.

El español, apenas pudo ponerse en pie, tomó un fusil, y se unió con *Domingo* para seguir el alcance de los indios que se habian emboscado. Como estos eran ya pocos, y heridos los mas, tuvo por conveniente *Robinson* quedarse en el campo de batalla para observar los movimientos de los que se habian acogido á las canóas. No tardaron sus dos compañeros en volver á incorpo-

rarse con él, y á noticiarle que ya no dejaban enemigo alguno en el bosque.

Querian ambos embarcarse precipitadamente en las canóas que habian desamparado los salvages, y perseguir á los que á toda vela se iban alejando; pero los contuvo *Robinson*, diciéndoles: Basta, amigos mios, basta; que acaso el derramamiento de sangre ha sido ya mayor de lo que debia. Dejemos con vida á los que ya no pretenden ni pueden causarnos daño.

Pero si los dejamos escapar, replicó *Domingo*, tal vez volverán á acometernos con fuerzas superiores—Vuelvan en hora-buena, le respondió *Robinson*, dándole amistosamente una palmada en el hombro. ¿Pues qué? ¿No se ha aumentado una tercera parte nuestro ejército desde esta mañana acá? Ahora ya podemos medir las armas con una legion entera de esos viles enemigos, mayormente si los esperamos encastillados en nuestra fortaleza.

Luisita. Ese me parece un buen golpe de

Robinson: haber perdonado la vida á los salvages que habian quedado.

El padre. Procedió ciertamente con humanidad y cordura; porque tambien hubiera sido demasiado rigor dar muerte sin necesidad á cualquiera de aquellos miserables que, lejos de presumir lo mal que obraban, estaban de buena fe en la deplorable y errada creencia de que era accion meritoria matar y devorar á cuantos enemigos suyos pudiesen.

Cristóbal. Pero bien podian conocer que eso no era bien hecho.

El padre. ¿Y cómo lo habian de conocer, amiguito mio?

Cristóbal. ¡Bueno! Hasta los niños saben que es una maldad el matar á uno, y luego comérsele.

El padre. Y esos niños ¿cómo lo saben, sino porque se lo han dicho desde sus mas tiernos años?

Cristóbal Es verdad.

El padre. ¿Y si no les hubieran dado instruccion alguna sobre este punto; si

sus padres y madres, y las demas personas á quienes debian obedecer y reverenciar; les hubiesen dicho siempre que era obra loable matar á su enemigo para alimentarse de su carne?......

Cristóbal. ¡Ah!.... Entonces....

El padre. ¡Ah!.... Entonces el niño nunca discurriria lo contrario; antes bien, luego que entrase en edad, se haria participante de aquella matanza y convite. En este caso se hallaban los pobres salvages; y demos gracias á Dios de no habernos hecho nacer entre ellos, y de habernos dado padres mas racionales y humanos, que nos han enseñado desde la infancia la diferencia que va del bien al mal y de lo justo á lo injusto.

Nuestro héroe, amante de sus prójimos, lloraba de compasion al reconocer todo el campo de batalla para dar algun socorro á los heridos que todavía alentaban; pero ya los mas habian espirado, y los restantes murieron en sus brazos, mientras él les baña-

ba con vino las heridas, y procuraba animarlos. La pérdida de los salvages fue de veinte y un hombres; y el ejército vencedor, lejos de haber perdido hombre alguno, ni siquiera tuvo un herido. Solo el español habia recibido una contusion cuando uno de los enemigos le echó en tierra.

Mateo. Pero ¿cómo habia ido ese español á parar en manos de los salvages?

El padre. Todavía no ha tenido tiempo *Robinson* para informarse de ello. Reprimamos esa curiosidad hasta mañana.

Fernando. ¿Y ha de quedarse aquí la historia?

Todos. ¡Paciencia!

TARDE VIGESIMA OCTAVA.

Mateo. Con que díganos Vm., señor: aquel español ¿por qué casualidad habia ido á parar entre los salvages?

El padre. Vamos despacio, que ya lo sabrás. Primero es menester contar otros lances que allí sucedieron.

Juan. ¿Otros lances, eh?

El padre. Movido *Robinson* de la curiosidad de registrar una de las canóas que habian abandonado los salvages, se acercó á ella; y con la mayor admiracion encontró allí otro infeliz, atado, como lo habia estado el español, de pies y manos, y que parecia mas muerto que vivo.

Apresuróse *Robinson* á soltarle las prisiones y ayudarle á levantarse; pero el desdichado no se hallaba con fuerzas para tenerse en pie, ni tampoco para hablar; y lo único que hacia era gemir, sin duda porque se persuadia que ya le conducian á la muerte.

Como no era europeo, sino indio, llamó *Robinson* á *Domingo*, que estaba ocupado en recoger y hacinar los cadáveres, para que le hablase en su lengua nativa. Apenas este puso los ojos en el prisionero, cuando vieron *Robinson* y el español empezar una escena que no pudieron presenciar sin lágrimas. Arrebatado súbitamente *Domingo*, y fuera de sí, corre al cautivo, le estrecha en sus brazos, grita, rie, salta, baila, llora, se maltrata rostro y pecho, y en una palabra, parecia en sus ademanes un delirante. Pasó largo rato antes que á fuerza de preguntas é instancias pudiese *Robinson* sacar de él esta breve respuesta: *Es mi padre.*

No es fácil esplicar las demostraciones de estrañable y filial cariño que en semejante ocasion hizo aquel buen jóven. Veinte veces saltó de la canóa en tierra, y de tierra en la canóa. Ya se sentaba, y desabrochándose el chaleco, se arrimaba al seno la cabeza del padre para que entrase en calor;

ya le daba friegas en las coyunturas de brazos y piernas, que se habian entumecido con las recias ligaduras; ya volvia á abrazarle, y no cesaba de acariciarle con los mas tiernos ósculos.

Alargóle *Robinson* el frasco, en que aun quedaba algun poco de vino, para que con este fortificase los hinchados y doloridos miembros del anciano; y se apartó de allí á fin de que con menos sujecion pudiese *Domingo* entregarse enteramente á su estremada alegría. Mas volviendo al cabo de un rato, le preguntó si habia dado algun alimento á su padre. ¡Ah! respondió *Domingo*: todo me lo he comido yo solo: ¡mal haya mi glotonería! Dióle *Robinson* entonces su almuerzo, que aun no habia probado, y el indio se le llevó á su desfallecido padre. Así que le presentó este desayuno, salió de la canóa el hijo, y echó á correr con tal velocidad, que antes que *Robinson* pudiese acabar de decirle *¿a donde vas?* ya se habia perdido de vista.

No tardó en volver; bien que no venia ya tan acelerado: y vieron que traia en una mano un cantarillo de agua, y en la otra algunos comestibles. Estos entregó á su amo en cambio del almuerzo de que se habia privado; y el agua al padre, que con la fresca bebida se recobró visiblemente cuando ya la ardiente sed le tenia tan postrado que sin duda parecia iba por instantes á desmayarse.

Volviéndose entonces *Robinson* hácia el español, que igualmente rendido se habia recostado sobre la hierba, ordenó á *Domingo* que le subministrase tambien algun refrigerio; y el pobre europeo procuraba esplicar con los ojos su agradecimiento. Esforzábase para incorporarse; pero se lo impedian absolutamente los dolores que sentia en las coyunturas de pies y manos, hinchadas de resultas de las fuertes ligaduras; y así dispuso *Robinson* que *Domingo*, sentándose junto al español, le bañase con vino brazos y piernas,

asistiéndole y cuidándole del mismo modo que al anciano salvage.

Tierno espectáculo era por cierto el que ofrecia aquel afectuoso hijo, que, mientras estaba socorriendo al español, volvia á cada momento los ojos hácia su padre para observar como le iba. Habiéndose este reclinado por un breve instante para descansar mejor, inmediatamente se fué *Domingo* á él con gran silencio; pero apenas conoció que no se habia recostado sino para mayor comodidad, volvió á continuar su asistencia al español.

Intentaba *Robinson* trasladar al desgraciado europeo á la canóa con ayuda de *Domingo*; pero este, como jóven y robusto, cargó con él á hombros, y le llevó él solo á bordo con toda prontitud. El fin que *Robinson* se proponia era transportar por mar á los dos nuevos huéspedes hasta las inmediaciones de la vivienda, por ser imposible que hiciesen aquella marcha á pie; y para esto, luego que embarca-

ron en la segunda canóa el pedrero, los fusiles, y ademas todas las armas de los indios vencidos, se pasó *Domingo* á la otra barquilla. Aunque empezó á levantarse viento fresco, y no muy favorable, remaba con tal esfuerzo, que *Robinson*, andando bien de prisa por la misma orilla, no pudo menos de quedarse atras; y aun estaba á mitad del camino cuando vió que *Domingo* ya venia de vuelta, y pasaba junto á él para conducir la otra canóa. Al mismo tiempo que llegó *Robinson* á la primera, en que estaban los enfermos, llegó tambien *Domingo* con la segunda: tal era la rapidez con que bogaba.

Ya los tenemos enfrente de la cueva. No tardó *Robinson* en disponer unas angarillas ó parihuelas, en que él y *Domingo* llevaron desde la playa al español y al salvage, uno despues de otro. ¡ Feliz hallazgo! ¡Precioso tesoro para *Robinson*, que ninguna dicha anhelaba tanto como la de acrecentar la poblacion de su isla ! Le palpitaba de

júbilo el corazon solo al pensar que de allí en adelante ya no tenia que temer el infortunio de verse por segunda vez reducido á la vida solitaria. Es superior á todo encarecimiento su regocijo.

Parecia que lo mas que necesitaban los dos enfermos recien llegados era el descanso: y así, mientras *Robinson* calentaba un poco de vino para volver á bañarles los acardenalados miembros, les dispuso *Domingo* unas camas, en que luego se acostaron.

Ocupáronse amo y criado en aderezar una buena cena, yendo este á descuartizar y traer un tierno llama y encargándose aquél de lo demas. No podia *Robinson* dejar de sonreirse de cuando en cuando al figurarse que se iba asemejando cada vez mas á un monarca. Toda la isla era un reino: sus vasallos todos le debian la vida, reconocian su voluntad como la ley suprema, y estaban obligados á esponerse por él á los mayores peligros siempre que el caso lo requiriese.

Ya habia vuelto *Domingo*, ya se iba preparando la cena, cuando *Robinson* le dijo: Dos festividades, amigo mio, tenemos que celebrar hoy: una por haber libertado á dos prójimos nuestros de la voracidad de unos tigres con figura humana; y otra porque has redimido á un padre. Sirvamos á nuestra mesa en el convite en este dia lo mejor que tenemos.

No necesitaba *Domingo* de que le excitasen á estar alegre, porque jamas habia sentido su pecho placer semejante, y así lo demostraba ya cantando, ya bailando, ya riendo, y egecutando cuanto se le mandaba con una diligencia y puntualidad sin igual. Lejos de ser culpable la alegría, ¡ó qué loable es, cuando, en vez de distraernos de nuestra obligacion, nos infunde aliento para desempeñarla!

En esto despertaron los dos huéspedes; y aunque todavía los molestaban algunos dolores, se hallaron bastante aliviados y en disposicion de levantarse

para sentarse á cenar. El indio anciano se manifestaba tan pasmado de todo lo que veia como lo habia estado *Domingo* la vez primera que observó las mas comunes invenciones de la industria europea.

Sirvió *Domingo* de intérprete en la conversacion que tuvo su amo con el viejo y con el español.

Fernando ¿Pues qué? ¿Sabia *Domingo* la lengua española?

El padre. No; pero el español, que habia estado mas de seis meses entre los salvages, hablaba medianamente el idioma de la tierra de *Domingo*; y por consiguiente se podia esplicar con él. Esta fue la substancia de la relacion que hizo de sus aventuras.

»Nuestro navío era de los que se emplean en el comercio de negros. Veníamos de la costa de Africa, en donde habíamos vendido diferentes mercaderías de europa á cambio de oro en polvo, dientes de elefante y negros. Unos ciento de estos teníamos á bordo para

condúcirlos de venta á la isla *Barbada*. Ya se nos habian muerto veinte por haberlos apiñado demasiado unos sobre otros en sitio muy estrecho. Un recio viento, que duró bastantes dias, nos alejó de nuestra derrota, echándonos hácia las costas del *Brasil*; y porque la embarcacion hacia agua, no nos atreyimos á largarnos al mar, y fuimos costeando la tierra-firme. De repente nos acometió otra tempestad de la parte del poniente: nos estravió de la costa; y naufragamos de noche en unas rocas no muy distantes de una isla. Disparamos muchos cañonazos, haciendo todas las demas señales de pedir socorro, con ánimo de no abandonar el bajel hasta el último trance. Tuvimos que quitar las prisiones á los esclavos negros para que nos ayudasen á dar la bomba; pues el navío se nos iba llenando de agua; pero ellos, apenas se vieron sueltos, se conjuraron contra nosotros, y apoderándose de las lanchas, acudieron á salvar sus vidas y recobrar al mismo tiempo su libertad.

¿Qué recurso nos quedaba entonces? No podiamos valernos de la fuerza, supuesto que solo éramos quince contra ochenta, y muchos de ellos se habian hecho dueños de nuestras armas. Quedarnos sin lancha alguna en un navío que zozobraba era esponernos á perecer evidentemente. Recurrimos á exhortaciones, y aun á súplicas, procurando persuadir con ellas á los que poco antes eran nuestros esclavos á que se quedasen en nuestra compañía, ó nos llevasen en la suya. No puedo dejar de hacer aquí el justo elogio de la generosa humanidad de los negros, los cuales, sin embargo de haber recibido de nosotros el mas duro trato, se movieron á compasion, y nos permitieron embarcarnos con ellos en las lanchas, bien que bajo la condicion de que no llevásemos armas. Desarmados, en efecto, saltamos en las lanchas; y tan cargadas iban, que á cada momento consentíamos en ahogarnos. Con todo, forcejábamos por acer-

carnos á la isla; pero el viento cambió súbitamente; y nos engolfó en la alta mar, á pesar del obstinado esfuerzo de los remeros. Entonces sí que creímos perecer infaliblemente; mas, por fortuna, las lanchas, aunque tan cargadas, y tan combatidas de las furiosas olas, resistieron la tormenta, hasta que al fin, cuando menos lo esperábamos, nos vimos, sin haber perdido siquiera un hombre, muy cerca de una isla enteramente desconocida para nosotros; y los moradores de ella, humanos é inocentes, nos dieron acogida con suma beneficencia y agasajo.

Entre ellos hemos vivido desde entonces, cada cual lo menos mal que ha podido; pero siempre con bastante infelicidad, pues aquellos pobres salvages solo se mantienen de pesca y de algunas frutas silvestres que la isla produce. Partian con nosotros sus escasos víveres de muy buena voluntad; y nos enseñaron su modo de pescar para que nos buscásemos por nuestras

propias manos parte del sustento necesario. Los negros lo pasaban mejor que nosotros, no solamente porque estaban acostumbrados á la misma manera de vida, sino tambien porque habian recobrado su libertad.

Há pocos dias que una nacion vecina de bárbaros acometió á los de nuestra isla. Todos tomaron las armas; y hubiéramos creido faltar á la obligacion mas sagrada sino hubiésemos auxiliado á nuestros benignos hospedadores. He peleado al lado de este valeroso anciano; que como un leon enfurecido se metió en lo mas fuerte de la refriega. Le ví cercado de enemigos; quise libertarle; y tuve la desgracia de quedar hecho prisionero de guerra juntamente con él.

En este riguroso cautiverio hemos pasado dos dias con sus noches, atados de pies y manos, y sin probar alimento; porque despreciándonos como si fuésemos los mas viles animales, nos echaban únicamente algunos

peces podridos de los que la mar arroja á sus playas.

Hoy al amanecer nos condujeron en canóas á ese lugar en que, segun costumbre de aquellos barbaros, debiamos ser pasto de su voracidad. La divina providencia os trajo allí en favor nuestro, generosos varones, que nos habeis redimido; y así os debemos lo que jamas podremos pagar."

Calló el español; y confuso de agradecimiento, empezó á verter copiosas lágrimas. *Robinson* se alegraba de hallar plenamente confirmadas las conjeturas que desde luego le habian ocurrido; y *Domingo* le acompañaba en admirar la bondad del Omnipotente que todo lo dispone con impenetrable sabiduría.

Preguntado el español sobre quien era dueño de la carga del navío, respondió que le habian fletado dos negociantes de *Cadiz*, de los cuales el uno habia dado comision de comprar negros, y el otro, que abominaba

semejante comercio, habia mandado se tomase oro en polvo á cambio de sus mercaderías.

Cogió entonces *Robinson* de la mano al español; le llevó á la gruta y al almacen; y le mostró recogidos allí los mas preciosos efectos de la embarcacion perdida. Encargóse *Domingo* de hacerle la relacion de todo; y atónito el español, no acertaba á proferir una palabra.

Informándose igualmente *Robinson*, de quien seria dueño de los diamantes y uniformes de oficial, supo que unos y otros eran parte de la herencia de un oficial ingles, el cual despues de haber residido largo tiempo en la India oriental, se restituia á Inglaterra; pero que, por haber caido enfermo en el viage, habia pedido le desembarcasen en la costa de Africa, donde habia fallecido; y que el navío español llevaba aquellos bienes á la *Barbada*, para que desde allí los transportasen á Inglaterra.

Manifestóle asimismo *Robinson* todos los papeles que habia sacado del navío ; y en ellos encontró el español el nombre del negociante á quien pertenecia el oro, y el de la viuda del oficial heredera de los diamantes y uniformes. Desde aquel punto miró *Robinson* oro, diamantes y papeles como inviolable depósito confiado á su fidelidad.

Acercábase ya la noche; y los afanes y peligros de aquel dia habian rendido de tal manera á los cuatro compañeros, que todos tenian necesidad de recogerse mas temprano de lo regular. Así lo hicieron para restaurar las debilitadas fuerzas con el benéfico alivio del sueño.

á sus paisanos, que tienen la imprudencia de enterrar los muertos en medio de las ciudades, y aun dentro de las iglesias, donde los vivos contraen por la respiracion enfermedades mortales.

Mateo. Pues eso es muy comun.

El padre. Demasiado. Sírvaos este egemplo para conocer cuan difícil es que los hombres renuncien á sus prácticas inveteradas, aunque se les demuestre que son perniciosas. Por esta razon os estoy siempre aconsejando que procureis adquirir desde ahora con vuestra aplicacíon las posíbles luces y prudencia, porque despues, en llegando por vuestra desgracia á adoptar errores y vicios, y á familiarizaros con ellos, es arduo empeño el desarraigarles, aun cuando comprendais palpablemente el peligro.

Hoy nadie ignora que las exhalaciones de los cadáveres son venenosas para los vivientes; pero ¿dejan por eso de sepultar aquellos en cementerios situados en el centro de las ciudades

y aun en bóvedades de templos, donde ni siquiera suelen echarles tierra? Tal vez se pasará un siglo ántes que se piense eficazmente en abolir uso tan perjudicial.

Ramon. ¡Qué no tuviera yo mando! Pronto lo arregalaria yo eso.

El padre. He aquí uno de los principales motivos que os deben obligar á todos á adquirir cuantas buenas prendas constituyen un verdadero mérito. Entonces sobresaldreis entre vuestros conciudadanos; grangeareis su confianza, y podreis obtener dignidades que os autoricen para reformar abusos nocivos, é introducir usos saludables. Quizá tiene destinado el cielo á alguno de vosotros para entrar en el número de aquellos á quienes se confia la facultad de hacer felices á sus compatriotas; pues os ha concedido próvidamente las principales circunstancias que para tal elevacion se requieren. Os ha dado padres virtuosos é ilustrados, bienquistos y acreditados en el público; os

ha dotado de las mas aventajadas disposiciones corporales y espirituales, que todavía no han empezado á viciarse; y últimamente, si me permitís que sin vanidad lo diga, os ha facilitado una educacion que pocos hombres pueden preciarse de haber logrado. Vergüenza seria de alguno de vosotros si dejase de corresponder á los favores de la providencia, que os ha proporcionado para llegar á ser personas de superior capacidad, y coadyuvar á cosas de importancia. Si, como lo espero de vuestra buena índole y conducta, os tocare tan honroso destino que os veais algun dia colocados donde podais influir en la fortuna de millares de hombres, emplead la autoridad que se os confie en disminuir el mal, y fomentar el bien entre vuestros semejantes, derramando cuantos beneficios contribuyan á la prosperidad y alegría pública. Acordáos entonces de lo que ahora ha dado motivo á esta paternal exhortacion,

y procurad, si es posible, que vuestros conciudadanos se desprendan de la costumbre de enterrar los muertos donde sus infectos hálitos sean perniciosos á los vivos. (*)

Despues que, como iba diciendo,

(*) Pocas semanas despues de haberse publicado la primera edicion alemana de la presente obra, tuvo su autor la inesperada complacencia de saber que este lugar de su libro habia producido un efecto bastante notable; y fue que un estimable sujeto, amante de la humanidad, algunos dias antes de su muerte, originada de una consuncion, hacia le leyesen esta obra, y llegando á oir el razonamiento arriba inserto, le causó tal impresion, que pidió á sus deudos que, en caso de fallecer, le enterrasen fuera de poblado, tan de veras habia adoptado las ideas del autor. La preocupacion general opuso grandes obstáculos al cumplimiento de este buen deseo; mas prevaleciendo al fin en el ánimo de los parientes la voluntad del difunto contra el dictámen de la muchedumbre de insensatos, se llevó á efecto la disposicion testamentaria.

quemaron *Robinson* y sus compañeros los cadáveres, se restituyeron á su albergue. Fue instruyendo *Domingo* á su padre acerca del justo horror con que miran las naciones cultas la costumbre de comer carne humana. Estrañólo mucho el anciano; pero consiguió el jóven retraerle de semejante barbarie á fuerza de repetir lo que su amo le habia dicho sobre el asunto.

Así como *Robinson* habia puesto al hijo el nombre de *Domingo*, porque en un domingo le libertó de sus verdugos, así tambien quiso distinguir por entonces al padre con el nombre de *Joviano*, porque en un jueves le habia tambien redimido; y así le llamaremos de aquí adelante.

Convocó *Robinson* á todos para una junta, en que *Domingo* hizo de intérprete; y nuestro héroe, como presidente de ella, abrió la sesion, pronunciando este breve discurso.

»Aunque es cierto, amigos carísimos, que los que aquí nos hallamos

congregados poseemos ya lo necesario para pasar quieta y cómodamente la vida, siento yo que, en medio de los bienes que disfrutamos, no se dará mi corazon por satisfecho mientras me conste hay hombres que, teniendo tanto derecho como yo mismo á participar de otras conveniencias, viven privados de ellas, y padeciendo toda especie de penalidades. De tus paisanos hablo, amado europeo; de los españoles que se han quedado entre los salvages. Deseo, pues, con vivas ansias que cada uno de vosotros me esponga su parecer acerca del medio mas oportuno para lograr que alcance alguna parte de nuestra fortuna á aquellos infelices desterrados."

Dijo; y cada cual fue votando por su turno. Ofreció desde luego el español ir él solo á buscarlos, embarcándose en una de las canóas que habian desamparado los enemigos. Declaró *Joviano* que estaba pronto á emprender la misma espedicion. *Domin-*

go opinó que su padre, en consideracion á la avanzada edad, permaneciese en la isla; y que él, como mas apto para el desempeño de tal encargo, acompañaria al español. Suscitóse entre hijo y padre una generosa competencia sobre quien de los dos habia de aventurar la vida; y hubo de terciar *Robinson*, y dar una sentencia á que debian conformarse obedeciendo sin réplica. Falló, pues, que *Joviano* y el español emprendiesen el viage, y que *Domingo* se quedase en su compañía.

Carlitos. ¿Y por qué no enviaba á *Domingo* en lugar del pobrecito viejo?

El padre. La tierna y verdadera amistad que profesaba á su mas antiguo compañero no le permitia esponerle á un peligro en que él mismo no tuviese parte. Ademas de esto el padre era mejor mareante que el hijo; y por lo que mira al español, era indispensable que hiciese aquella travesía; pues, no yendo él no era verosímil que

sus paisanos se redujesen á aceptar el convite de *Robinson.*

Determinóse por consiguiente que ambos partiesen, luego que dejasen aradas y sembradas unas tierras diez tantos á lo menos mas estensas que las que antes cultivaban, en atencion á que el acrecentamiento de la colina exigia necesariamente mayor consumo diario de víveres.

Aplicáronse todos á la labranza por espacio de algunos dias; y como trabajaban con alma, remataron tan feliz y prontamente la obra, que al cabo de dos semanas se hallaron en estado de tomar disposiciones para el premeditado viage.

Pero antes de la partida dió el español una prueba no solo de su honradez y de su gratitud á *Robinson*, sino tambien de su sagacidad y prudencia; pues le representó que, siendo los demas españoles unos marineros como él, y por consecuencia gente sin crianza, no los tenia íntimamente conocidos

para atreverse á salir por fiador de sus genios; en cuyo supuesto era de dictámen que *Robinson*, como señor de la isla, formase una escritura ó contrata, en que se espresasen las condiciones con que los habia de admitir, previniendo no se daria partido al que anticipadamente no aceptase dichas condiciones.

Contentísimo *Robinson* del testimonio de fidelidad que le daba su nuevo súbdito, siguió el acertado consejo, y estendió la contrata concebida en estos términos:

„ El que quiera establecerse en la isla de *Robinson* para gozar en ella las conveniencias de la vida con que desde ahora se le brinda, debe obligarse á observar los pactos ó artículos siguientes: 1.º Conformarse en todo con la voluntad del señor legítimo de la isla sometiéndose voluntariamente á cuantas leyes y estatutos tenga dicho señor por conducente al bien del estado. 2.º Ser activo, sobrio y virtuoso; pues ningun

ocioso, dado á la gula ó disoluto será tolerado en la mencionada isla. 3.º Abstenerse de toda alteracion, y de hacerse juez en causa propia, cualquiera que sea la ofensa que haya recibido; debiendo sí querellarse ante el señor de la isla; ó ante la persona en quien este haya subdelegado el oficio de juez. 4.º Allanarse con toda sumision á desempeñar las tareas que exija el bien de la sociedad, y ayudar, siempre que el caso lo requiera, al señor de la isla, aunque sea á costa de su sangre y de su vida. 5.º Si alguno osase rebelarse contra cualquiera de estas justas leyes, todos los demas individuos de la república estarán obligados á coligarse contra él, ya para sujetarse á cumplir con lo que debe, ya para estrañarle perpetuamente de la isla.

Ya se exhorta á todos y á cada uno á que reflexionen con la mas seria atencion la substancia de estos artículos, y á que, antes de firmarlos, lo cual equivaldrá á una promesa jurada, hagan

firme resolucion de guardar inviolablemente las condiciones que en ellos se contienen.— *Robinson.*"

Quedó concertado que el español traduciria esta escritura en su lengua, y que llevaria consigo pluma y tinta para hacer que la firmasen sus compañeros antes de embarcarse.

Casimiro. Pero ¿en una canóa sola habia bastante cabimiento para todos aquellos españoles?

El padre. No: la canóa podia servir únicamente para la travesía: mas para la vuelta debian valerse de las lanchas que habian sido del navío que naufragó, las cuales, segun aseguraba el español, se mantenian todavía muy servibles.

Embarcados ya los víveres y pertrechos necesarios, y corriendo viento favorable, se hicieron á la vela nuestros dos diputados, despues de haberse despedido afectuosamente de *Robinson* y de *Domingo.* Sintió este con tales veras la triste separacion, que desde la víspera de ella se llevó las horas enteras

llorando, y perdió totalmente el apetito. Pero nunca se manifestó tan inconsolable como en el momento de la partida. Entonces fue cuando, abrazándose del padre una y mil veces, le anegaba con sus lágrimas. Por fuerza se desprendió el anciano de los brazos del hijo para pasar á bordo de la canóa; y aun despues de desamarrada esta, se echó *Domingo* al mar, y se fué nadando hasta acercarse á uno de los costados de la barquilla, y abrazar otra vez á su padre, impidiéndole ya los profundos sollozos pronunciar el último *á Dios*. Luego que volvió á tierra, subió á sentarse en lo mas alto de una loma, desde donde, despidiendo tiernos suspiros, miraba de hito en hito la canóa, que navegaba viento en popa, hasta perderla enteramente de vista.

Robinson, para divertir á su amigo, pasó con él casi todo el resto del dia cazando, y recorriendo los montes. Poco habian andado todavía, cuando el perro de aguas que los acompañaba se

paró al pie de unas peñas cubiertas de maleza, y no cesaba de ladrar. Acercáronse; y descubrieron en las mismas peñas un boqueron por donde no se podia entrar sino á gatas.

Gustaba tanto *Robinson* de examinar todo lo que le excitaba curiosidad, que dijo á *Domingo* probase á penetrar por aquella abertura; y el indio le obedeció. Pero no bien habia introducido la cabeza, cuando la retiró, dando un tremendo grito, y huyó á todo correr, fuera de sí, y sordo á las voces con que su amo le llamaba. Siguióle este hasta alcanzarle, y en tono de admiracion le preguntó por qué huia. ¡Ah! respondió *Domingo* casi sin poder hablar: escapemos amo mio; libertémonos cuanto antes. En aquella cueva hay un monstruo horroroso con unos ojos encarnizados y encendidos, y una boca grandísima que seria capaz de tragarnos vivos á los dos juntos.

Esa espantosa boca quisiera yo ver, dijo *Robinson*, ¡Ay, señor! replicó

Domingo arrodillándose: no hagais tal cosa, por amor de Dios. Infaliblemente os devoraria aquel monstruo; y el pobre *Domingo* se quedaba sin amo. — ¿Pues qué? le preguntó su patron, sonriéndose: ¿Te ha devorado á tí?

Quedóse el indio sin saber que responder. *Robinson* le envió á la posada para que trajese la linterna; y entretanto se apostó de centinela á la boca de la cueva con el fusil al hombro, diciendo allá entre sí: ¿Qué cosa tan horrenda será esta que ha visto *Domingo*? ¿Alguna bestia feroz? un leon? un tigre? una pantera? ú otro animal semejante? Entonces seria temeridad mia entrar en la caverna. Pero, si hubiese tales fieras en esta isla, ya lo sabria yo á la hora presente. — Ademas de que, si fuera animal de esta especie, no se hubiera libertado *Domingo* de sus garras. — No, no: es increible que sea eso. Su misma cobardía le habrá alucinado, haciéndole ver lo que no hay. Salgamos de la duda, aun-

que no sea mas que para curar á este sencillo mancebo de su pueril facilidad de asustarse.

Llega entretanto *Domingo* trayendo la linterna encendida; y con lágrimas en los ojos vuelve á empeñarse en disuadir á su amo del intento de esponerse á un riesgo en que se le figuraba habia de perecer indefectiblemente. Pero *Robinson* estaba ya, por una parte, acostumbrado á no dejarse sobrecoger del miedo, y por otra, era constante en sus resoluciones cuando las habia premeditado con madurez. Procuró, pues, animar con varias exhortaciones á *Domingo*; y tomando en una mano la linterna, y en otra una pistola, se encaminó intrépidamente á la cueva.

Apenas introdujo la cabeza por el boqueron, divisó á la escasa luz un objeto que al pronto no dejó de conmoverle; mas no por eso retrocedió: y acercando mas la linterna para descubrir mejor el desconocido monstruo, vió patentemente que era un llama que

iba á espirar consumido de vejez. Despues, que, registrando por todos lados, se aseguró de que no habia por allí mas animal que aquel llama tan poco temible, se internó mas en la gruta, é instó á *Domingo* por que le siguiese.

Este, aunque temblando, no pudo resolverse en abandonar á su protector; y haciendo esfuerzos para vencer su natural timidez, se alentó por fin á acompañarle, entrando en la caverna detras de él. No tardó en reconocer con harta confusion suya cuanto le habia engañado el terror, agrandándole los ojos y la boca del animal.

Al tiempo de entrar le dijo *Robinson* como burlándose: ahora bien, *Domingo*; ya ves que cosas hace creer el espanto. ¿Dónde estan aquellos ojos fulminantes? ¿Qué se ha hecho aquella bocaza enorme que discurrias haber visto?—Pues yo, respondió el indio, juraria que lo estaba viendo.—No dudo, le replicó el amo, que así te lo apareceria; pero bien podias saber

que el miedo es un impostor que aparenta lo que no existe. Persuádete que de él se originan todas las patrañas de duendes, fantasmas y otros espantajos del mismo jaez. Los autores de tales absurdos siempre han sido viejas asustadizas, y hombres no menos apocados que ellas, los cuales se han figurado, como tú, y luego han afirmado con juramento, haber visto lo que ni habian visto, ni tal vez podian ver. Ya es tiempo, amigo, de que empieces á ser hombre: de hoy en adelante mira primero bien las cosas; y destierra de tu corazon esa pusilanimidad que no es perdonable ni en una muchachuela.— Prometió *Domingo* hacer en ello cuanto estuviese de su parte.

Mientras esto pasaba, ya habia muerto el infeliz llama; y ambos le sacaron de la cueva para enterrarle inmediatamente. Observaron luego con mas atencion aquel lugar; y advirtieron que era la gruta una anchurosa y agradable estancia, que podria llegar á servirles de

algun provecho. Parecia que de intento la habrian labrado; era fresca sin la menor humedad; y las paredes, como de cristal, reflejaban la luz por todas partes, cual si fuese aquella una sala adornada de espejos.

Al momento determinó *Robinson* destinarla para gabinete de recreo, donde gozaria el fresco durante los ardores del sol, y para depósito de los comestibles que no pudiesen resistir el demasiado calor en otra parte: y no era poca fortuna que solo distaba de su principal morada un cuarto de legua.

Partió *Domingo* á traer herramientas; y con ellas se dedicaron él y su amo á trabajar en ensanchar la entrada, con ánimo de ponerla una puerta. En esta divertida ocupacion emplearon el tiempo mientras estuvieron ausentes los dos compañeros comisionados.

TARDE TRIGESIMA.

Nicolas. ¿Sabeis lo que me sucede ahora?—Que cada vez que papá se pone á contarnos algo de *Robinson*, me entra un miedo....

El padre. ¿De qué?

Nicolas. De que se acabe la historia.

Teodora. Si yo fuera papá, la haria durar tanto, que nunca se acabase.

El padre. En este mundo, hijos mios, todas las diversiones tienen su término. Tambien la nuestra ha de fenecer; y hareis bien en estar prevenidos de antemano para ver el cabo y remate de las aventuras de *Robinson*. Sin embargo, se va disponiendo otra tempestad, como luego lo vereis: quiero decir, que aun ha de haber nuevos contratiempos; y no sé en que vendrán á parar. — Estadme atentos.

Ocho dias habian pasado, y aun no parecian los diputados *Joviano* y el español, de suerte que ya daba cuidado su tardanza. No cesaba *Domingo* de

correr de la playa á la colina y de la colina á la playa, cansándose inútilmente la vista en procurar descubrirlos, hasta que un dia, á tiempo que *Robinson* estaba ocupado dentro de su morada, vino muy apresurado el indio, cantando, dando brincos, y clamando con destemplados gritos luego que desde lejos vió á su amo: ¡*Qué vienen! qué vienen!*

Al oir tan feliz nueva, toma *Robinson* el anteojo de larga vista, y sube acelerado á la cima del cerro. Aun sin anteojo divisó efectivamente algo distante una lancha que venia hácia la isla; pero así que la miró con él, dijo á su amigo, meneando la cabeza, y en ademan de poco satisfecho: Dudo mucho que aquello sea lo que estamos aguardando.—Aquí se le demudó á *Domingo* el semblante.

Volvió *Robinson* á observar la lancha; y lo que antes era duda, ya fue sobresalto. Cerciorado de que no venian allí sus compañeros, se lo comu-

nicó á *Domingo*, añadiéndole que aquella lancha era inglesa, é ingleses los que en ella navegaban. Considerad como se sobrecogeria el infeliz isleño.

Sígueme, le dijo *Robinson*, encaminándose á una eminencia, desde la cual se podia descubrir mejor la costa del norte.—No bien llegaron allí, é inclinaron la vista al mar, cuando se quedaron absortos y como petrificados, advirtiendo un navío ingles de grueso porte anclado casi á dos leguas de distancia.

Excitáronse alternativamente en el ánimo de *Robinson* la alegría, la sorpresa y la inquietud: alegría, de ver un bajel que acaso le sacaria de su destierro; inquietud y sorpresa, de no acertar á concebir que motivo hubiese traido á sus costas aquella nave. Ninguna tempestad podia haberle arrojado allí; pues durante unas cuantas semanas constantemente habia reinado tiempo bonancible. Tampoco debia el buque haber venido con espreso destino

á la isla. Luego ¿qué razon era capaz de haber obligado al capitan á navegar hácia unos parages en que los ingleses no tienen establecimiento ni tráfico? Era de temer por consiguiente, que fuesen piratas.

Henrique. ¿Y qué gentes son estas?

El padre. En una parte ú otra siempre hay hombres tan mal educados en su juventud, que ó ignoran, ó apenas reflexionan cuan feo delito es el robo, y no escrupulizan de apropiarse la hacienda agena por medios violentos. En tierra los llaman *salteadores*, *bandidos*, ó *bandoleros*; y en la mar, *piratas*.

Cristóbal. Pero aquellos eran ingleses.

El padre. Verdad es que lo parecian; pero tambien podian ser facinerosos que despues de apoderarse de algun navío ingles, se hubiesen vestido en trage propio de esta nacion: fuera de que en la misma Inglaterra ha habido siempre ladrones de todas clases como en cualquiera otro pais.

Hubiera tenido *Robinson* por gran

felicidad en los primeros años de su solitaria mansion y absoluto desamparo en la isla haber caido en manos de piratas; y ser su cautivo ú esclavo para volver por este medio á la sociedad y trato de los hombres; pero hoy que su situacion es mas tolerable, se estremece solo de imaginar el peligro de verse sujeto á malhechores. Participó á *Domingo* sus rezelos; y ambos se retiraron á fin de observar desde lejos á los que se acercaban en la lancha, y procurar descubrir sus designios.

Apostados en un alto, poblado de árboles y matorrales, donde, manteniéndose ocultos, podian estar en acecho de cuanto pasaba, vieron que la lancha, á cuyo bordo venian once hombres, habia llegado á un parage llano de la playa, distante un cuarto de legua escaso del puesto que ocupaban los dos amigos; y que allí la habian amarrado. Desembarcaron los forasteros, armados los ocho de ellos, y maniatados los tres restantes; pero desata-

ron á estos luego que hubieron saltado todos en tierra. El esterior de uno de los presos daba claras y lastimosas señales de que imploraba la compasion de los armados; y mientras él se postraba humildemente á sus plantas, los otros dos infelices alzaban las manos al cielo como pidiendo á Dios los amparase en tal peligro.

No menos condolido que perturbado *Robinson* con semejante espectáculo, no sabia que discurrir, cuando, acercándosele *Domingo*, le dijo en tono como de reconvencion y despique: ¡Hola! ¿Con qué tambien vosotros los europeos comeis vuestros prisioneros? —Anda, le replicó algo enfadado *Robinson*, no hayas miedo que tal hagan: y continuó observándolos con el anteojo.

No pudo menos de estremecerse luego al notar que algunos de los armados amenazaban repetidas veces con los sables al que estaba arrodillado: pero al fin tuvo el consuelo de ver que

los presos se habian quedado solos, y que los demas, desviándose unos de otros, se iban internando en el bosque.

Cuando advirtió *Robinson* que los tres pacientes, rendidos de la agitacion y del despecho, se tendian en la arena, trajo naturalmente á la memoria el deplorable estado á que él mismo se habia visto reducido el dia en que las olas le arrojaron á la isla, y esto le inspiró aliento para resolverse á no omitir diligencia, por arriesgada que fuese, en alivio de aquellos desventurados, si acaso lo merecian. Despachó, pues, á *Domingo* para que condujese todos los fusiles, pistolas, sables y municiones que pudiera; y entretanto determinó quedarse allí á la mira de cualquier novedad que sobreviniese.

Volvió el indio con las armas; y habiendo ya cargado las de fuego, repararon con suma complacencia que dispersos acá y allá los marineros, se recostaban á la sombra para entregarse al sueño durante la calurosa siesta. *Ro-*

binson, despues de haber dejado pasar mas de un cuarto de hora, se encaminó con buen ánimo hácia los tres perseguidos estrangeros, que, vueltos de espalda hácia él, aun permanecian en el mismo puesto. Así que se acercó, y de repente les preguntó quienes eran, se quedaron como si los hubiese herido un rayo.

Al cabo se levantaron sobresaltados é hicieron ademan de huir; pero les dijo *Robinson* en ingles que nada temiesen, y que venia á patrocinarlos.—El cielo es sin duda quien os envia, respondió uno de ellos, mirándole atónito, y quitándose con gran respeto el sombrero.—Todo amparo viene del cielo, replicó *Robinson*; pero decidme sin mas demora cuales son vuestras cuitas, y como podré remediarlas.—A esto satisfizo uno de ellos, diciendo: Soy el capitan del navío; y señalando á sus compañeros, añadió: Este es mi piloto; y el señor, un pasagero. Mis marineros se sublevaron para apoderarse

del bajel: su primer intento fue darnos muerte á los tres que aquí estamos, porque reprendíamos su inicua accion; al fin se aplacaron, y nos han hecho merced de la vida; pero merced aun peor que la misma muerte, pues van á dejarnos confinados en esta isla casi deshabitada, y condenados á perecer de miseria.

Con dos condiciones, les dijo *Robinson*, os ofrezco derramar mi sangre y aventurar mi vida por salvaros de tal conflicto. — ¿Cuáles son, generoso mortal? preguntó el capitan. — Estas respondió nuestro héroe: que mientras habiteis en esta isla os habeis de sujetar á mi voluntad; y que si logro restituiros vuestro navío, me habeis de llevar en él á Europa, como tambien á mi compañero.—Nosotros, esclamó el capitan, el navío, y todo cuanto haya en él, estaremos absolutamente á vuestro mandado.

Muy bien prosiguió *Robinson*: os entrego á cada uno un fusil y un sable,

con tal que no hayais de usar de ellos sino cuando yo lo tenga por conveniente. Ahora que los agresores yacen dormidos, y separados unos de otros, vamos á rendirlos sin efusion de sangre.

Parte, pues; y *Domingo* se lleva consigo los cordeles quitados á los tres presos. El primer marinero á quien se acercaron estaba tendido boca bajo, y dormia tan profundamente, que cuando despertó, ya le habian sujetado brazos y piernas, y tapado la boca con un pañuelo. Atáronle las manos atrás: y mandándole no se moviese del sitio, ni abriese los labios, so pena de que inmediatamente le tirarian un balazo, le volvieron de cara al mar para que no pudiese observar lo que iba á suceder á sus compañeros.

Al segundo ataron, amenazaron y volvieron del mismo modo; y la fortuna, como vulgarmente decimos, ó hablando como se debe, la providencia divina, se mostró en aquella ocasion protectora de la inocencia y vengadora

de la maldad. Seis de los reos estaban ya bien agarrotados; pero los dos que quedaban, despertaron, y corrieron despavoridos á tomar las armas..... ¡Teneos, infelices! gritó *Robinson*: ya veis á vuestros compañeros: reconoced nuestra superioridad, y rendid al instante las armas, la menor dilacion os costará la vida.

Soltaron las armas en efecto; y arrodillados pedian ya perdon á su capitan. Maniatáronlos como á los demas; y quitándoles para mayor precaucion hasta las navajas, los llevaron todos á la gruta recientemente descubierta, donde los encerraron, con prevencion de que la centinela que los habia de custodiar dispararia un fusilazo al primero que intentase violentar la puerta.

Robinson y *Domingo* con sus nuevos aliados, menos el pasagero, que se quedó de guardia en la gruta, pasaron inmediatamente á la lancha, y habiéndola sacado á tierra con ayuda de palancas, la hicieron un agujero en el

fondo para que sin una oompostura no pudiese ya servir.

Fernando. ¿Y qué adelantaban con eso?

El padre. Te diré. Habian previsto que, no volviendo la lancha á su navío, la tripulacion de este enviaria otra lancha; y por consiguiente era muy acertado inutilizar la primera para que no pudiesen llevársela los que viniesen en la segunda.

Lo mismo que pensaron, sucedió puntualmente; porque á cosa de las tres de la tarde dispararon á bordo del navío un cañonazo para llamar á los marineros que estaban en tierra; y como nadie obedeció á la señal, sin embargo de que la repitieron hasta tres veces, echaron al agua otra lancha, que se vino acercando á la playa de la isla. Entonces *Robinson* y los suyos se retiraron á la cima del cerro para estar en espectativa, y obrar segun lo pidiesen las circunstancias.

Desembarcan los de esta segunda lancha, que eran diez bien armados: cor-

ren hácia donde ven la primera; y se quedan pasmados de hallarla no solo varada en tierra, sino agujereada. Miran y registran por todas partes, llaman por sus nombres á los compañeros; pero nadie les responde.

Informado *Robinson* por el capitan de que entre los que ya estaban presos se contaban tres que solo por temor de los amotinados habian entrado en la conjuracion, los envió á buscar al momento por medio de *Domingo* y del piloto. Comparecieron los tales; y el capitan, á quien *Robinson* habia ya enterado muy despacio de todos sus designios, les hizo varios cargos y reconvenciones, y concluyó preguntándoles si, en caso de que los perdonase, le serian fieles.—Hasta la muerte respondieron, temblando, y echándose á sus pies. —Antes de la sublevacion, continuó el capitan os habia tenido por hombres de bien: ahora me inclino á crecer que, á no haberos visto forzados, no hubierais cooperado á ella, y

que reparareis la pasada culpa con dar desde este punto muestras de una lealtad invariable.

Arrepentidos muy de veras los tres marineros, lloraban de gozo, y agradecidos besaban la mano del capitan, el cual les restituyó sus armas, dándoles las órdenes mas severas sobre obedecer puntualmente á *Robinson*, caudillo de todos.

Entretanto los de la segunda lancha no cesaban de gritar; y de cuando en cuando disparaban fusilazos, esperando viniesen á incorporarse con ellos los estraviados compañeros; pero á la caída de la tarde, viendo que eran ya vanas todas sus diligencias, empezaron á rezelar alguna desgracia; desamarraron, y pasaron á surgir como á unos cien pasos de la orilla. Era muy de temer que pronto se volviesen al navío, y que se resolviesen todos á darse á la vela, y proseguir su viage sin detenerse mas en buscar á los marineros descaminados: presuncion que puso en gran cuidado á *Robinson* y al capitan.

Mas por fortuna discurrió este una estratagema que prometia éxito muy favorable. Dispuso, pues, que *Domingo* y uno de los marineros fuesen inmediatamente á situarse detras de unas matas distantes de la lancha un mediano trecho; que respondiesen á los que desde ella clamaban: que cuando hubiesen notado que estos atendian á sus voces, se fuesen retirando poco á poco, y siempre emboscados, para llamarlos tras sí, y obligarlos á venirse tierra adentro; y que luego se volviesen á toda prisa por distinto camino.

Probó muy bien esta industria; porque apenas oyeron los de la lancha una voz que les respondia, cuando, sin dejar á bordo mas que dos hombres de guardia, saltaron en tierra, armados de fusiles, y acudieron hácia el parage de donde la voz salia.

Desempeñaron excelentemente su comision *Domingo* y su compañero, trayendo á los marineros hácia el matorral, y haciéndolos caminar hasta ale-

jarse de la lancha, casi una legua, despues de lo cual partieron acelerados á unirse con sus comandantes.

Ya habia esplicado *Robinson* al capitan sus intenciones acerca del modo de sujetar á estos rebeldes como á los otros, sin derramar sangre. Entretanto iba creciendo por grados la obscuridad de la noche; y en el silencio de ella *Robinson*, acompañado de sus subalternos, se fue acercando á la lancha, sin dejarse ver de los que la guardaban. A veinte pasos de ella, aparecen todos de repente; y con vocería y estrépito de armas amenazan á aquellos dos hombres, intimándoles que pagará con la vida el primero que se atreva á hacer el menor movimiento. Con esto se dieron á partido los guardas y se dejaron maniatar.

Concluida esta espedicion, los vencedores vararon en tierra la lancha lo mas lejos que pudieron de la orilla, se llevaron los dos presos, y se mantuvieron ocultos entre la maleza mientras

volvian los demas marineros. Fueron llegando estos uno tras otro, sumamente cansados de su inútil correría; y es inesplicable la estrañeza y pesar que les causó el no hallar su lancha.

Cuando ya habia juntos cinco de ellos, se les envió uno de los marineros ya perdonados con encargo de preguntarles si querian entregar las armas y rendirse pronta y voluntariamente, añadiéndoles que el gobernador de la isla habia apostado á muy pocos pasos de allí una partida de cincuenta hombres, que dispararian contra ellos en caso de resistencia: que ya se habian apoderado de las lanchas: que los demas compañeros estaban presos; y que así no les quedaba arbitrio sino para escoger entre rendirse, ó morir.

Al mismo tiempo hicieron ruido con las armas *Robinson* y su cuadrilla para dar mas visos de verdad á la proposicion del marinero.—

¿Con qué podremos esperar perdon y buen trato? dijo uno de los suble-

vados. El capitan, sin dejarse ver, le respondió: *Tomas Smith*, ya me conoces por la voz. Entregad las armas aquí mismo, y se os perdonará la vida á todos, menos á *Atkins*. — Este era uno de los principales autores del levantamiento.

Al punto dejaron todos las armas; y *Atkins* pidió perdon, implorando la clemencia del capitan, y haciéndole presente que tan culpado estaba él como los otros. Respondióle su patron que lo mas que podia hacer era interceder en favor suyo con el gobernador, y que era preciso esperar las resultas.

Pasó *Domingo* con los marineros de su faccion á maniatar á los cinco de la contraria que acababan de rendirse. Los tres que se habian quedado atras llegaron luego; y enterados de lo sucedido, hubieron de someterse y dejarse tambien atar sin hacer la menor resistencia.

Entonces *Robinson*, acompañado del

capitan, y aparentando ser un oficial que venia de parte del gobernador, se acercó á los presos, de los cuales entresacó el capitan aquellos que creyó mas dispuestos á arrepentirse de veras. Estos fueron conducidos al patio de la habitacion; y los otros al encierro de la gruta. Entre los que ya estaban encarcelados en ella habia dos que conocia el capitan se hallaban igualmente propensos á rendirse á la razon, y proceder como hombres de bien; por lo cual mandó los trajesen á su presencia. —

Mañana, hijos mios, continuaremos la narracion de estos acaecimientos.

TARDE TRIGESIMA PRIMA.

El padre. Ya estamos muy cerca de ver el éxito de las aventuras de *Robinson*, y cual será su suerte. Dentro de pocas horas sabrá nuestro amigo si quedará condenado á permanecer en su isla sin esperanza de salir de ella, ó si logrará satisfacer el mas fervoroso de todos sus deseos, volviendo á ver algun dia á sus padres.

Todo consiste en que el capitan tenga, ó no la dicha de hacerse dueño del navío con auxilio de los marineros ya reducidos á la razon. Si lo consigue, se liberta el buen *Robinson* de trabajos; si no, se quedan las cosas en el mismo estado, y no hay que pensar en que salga jamas de su triste destierro.

Diez eran los ingleses que se hallaban junto á la habitacion, y que habian obtenido indulto de la pena de muerte. Notificóles *Robinson* de parte



TARDE XXXI.

del supuesto gobernador de la isla que no les perdonaria enteramente el delito de rebelion, si no ayudaban al capitan su legítimo superior en la empresa de recobrar el mando y posesion de su navío.

Luego que todos protestaron se sujetarian á esta condicion con la mejor voluntad, añadió *Robinson* que, desempeñando ellos fielmente obligacion tan justa, no solo se eximirian de todo castigo, sino que tambien libertarian la vida á los demas compañeros suyos, los cuales serian ahorcados al amanecer, si en aquella misma noche no se restituia el navío á su dueño.

Intimóse esta sentencia á los otros presos; y los dejaron á todos ellos juntos, y á sus solas, para que en esta conferencia los reos amenazados de una cercana muerte fuesen los primeros que se empeñasen en confirmar la fidelidad de los que solo obedeciendo podian salvarse las vidas.

Mientras esto pasaba, se mandó al

carpintero del navío que compusiese la lancha agujereada; y apenas lo ejecutó, se botaron las dos al mar. Determinóse que el capitan mandase una, y otra el piloto, repartiendo en ambas la tripulacion. Ármanse todos, y provéense de municiones: abraza *Robinson* al capitan, deseándole el mas feliz acierto; y parten las lanchas.

Nicolas. Estraño mucho que *Robinson* no se embarcase con él.

El padre. No fue por falta de valor; pero la prudencia no se lo permitia; pues en ausencia suya podian escaparse los presos y apoderarse de la vivienda: único asilo, y recurso tan importante que hubiera sido gran ligereza dejarle espuesto á contingencia de perderse. De esta consideracion se hizo cargo el capitan, opinando que *Domingo* y su amo debian quedarse á guardar la fortaleza.

Inquieto *Robinson* y agitado sobre manera en aquel punto en que iba á decidirse su buena ó mala ventura, no

podia sosegar un instante. Ya meditaba sentado en lo interior de su morada; ya corria hácia el parapeto ó antemural de ella; ya subia por la escala de cuerda, y trepando hasta lo mas empinado del cerro, se ponia á escuchar desde allí en el silencio de la noche, por si algo podia oir de hácia aquella parte donde estaba surto el bajel: y aunque en todo el dia apenas se habia desayunado, no cuidaba de tomar alimento alguno, ni menos le apetecia: tal era el ansia con que por momentos aguardaba el aviso que debia dar el capitan desde á bordo; pues tenian concertado que tiraria tres cañonazos en señal y anuncio de haber acertado el golpe. Sin embargo ya era media noche; y tales cañonazos no se oian.

En la incertidumbre se inclinó á creer antes lo adverso que lo favorable, reflexionando que si sucedia lo primero, le cogeria preparado, y le seria menos sensible; y si lo segundo, recibiria tanto mayor cuanto menos esperaba compla-

cencia. Por consiguiente miró como indubitable el malogro de la tentativa; y para sobrellevar esta desgracia se armó de firmeza y de resignacion á la divina voluntad.

Apenas le queda ya esperanza, cuando resuena á lo lejos el sordo y repentino estruendo del cañon. Quédase como si despertase sobresaltado de alguna pesadilla: — aplica el oido: — retumba otro cañonazo: — luego otro. No hay que dudar: ya se han apoderado del navío: ya está próxima la partida á Europa.

Vuelve *Robinson* alborozado; descuélgase por la escala; echa los brazos al cuello á *Domingo*, que estaba adormecido y medio recostado sobre la verde hierba; estréchale en su seno, y báñale con sus lágrimas sin articular una palabra.—¿Qué es esto, amo querido? dijo *Domingo*, abriendo los ojos, y espantado de aquellos impetuosos raptos y tiernos estremos. — ¡Ay, *Domingo* mio! — Esto fue lo único que

pudo responderle *Robinson* segun lo enagenado que el excesivo gozo le tenia.

Mi amo ha perdido el juicio, esclamó el buen indio: ¡Dios le asista! — Señor, añadió: ya es hora de acostarse; y le cogió de un brazo para llevarle á la cueva. Pero él con una especie de arrebatamiento le suplicó: ¿Acostarme, *Domingo*? ¿Sosegar yo; cuando ha llegado el feliz momento de ver cumplido el mayor, el único bien á que han aspirado por largo tiempo mis anhelos? ¿No has oido los tres cañonazos?

Celebró *Domingo* la noticia mas por su amo que por sí propio; pues, á la verdad, el sentimiento de dejar en breve su pais nativo le acibaraba el gusto de pasar con su padre y con su protector á una region de cuyas maravillas habia ya visto algunas muestras, y esperaba ver otras muchas mas singulares.

No cesó *Robinson* en lo restante de la noche de repetir las mismas demos-

traciones de regocijo y de estraordinaria conmocion y desasosiego, tan presto subiendo al cerro, postrándose en tierra, ó levantando las manos al estrellado cielo en hacimiento de gracias porque ya le proporcionaba la fortuna de salir de los desiertos confines de su isla, tan presto volviendo á bajar, y á abrazar á *Domingo* sin hablar de otra cosa que de *Hamburgo*, y empezando á empaquetar vestidos y trastos para el viage.

Apenas se divisaba el primer albor de la mañana, cuando ya tenia fija la vista en el surgidero de la nave, y aguardaba con impaciencia el momento de poder descubrir y contemplar muy á su sabor con la luz del dia aquel necesario instrumento de su libertad. Al fin tiende el sol sus rayos. — Pero ¡qué asombro!.... ¿Será posible? — Ve clara y distintamente que el bajel ha desaparecido. — Da un fuerte grito; y cae de su estado.

Acude prontamente *Domingo*; y en largo rato no comprende que ha su-

cedido á su amo, hasta que, señalando este con la trémula mano hácia el mar, le dice con voz débil y oprimida: *Mira.* — Así que volvió *Domingo* la cabeza, advirtió cual era la causa del abatimiento de su señor. —

Ahora mismo estoy notando, hijos mios, que os hallais vacilantes entre dos afectos: la alegría y la compasion. Por una parte celebrais el accidente que ha sobrevenido, esperando que con este motivo se alargue el cuento; mas, por otra, sirve de contrapeso á vuestro júbilo el sentimiento de saber el deplorable estado á que se ve reducido nuestro buen amigo.—Muy en silencio os habeis quedado. — Me aprovecharé de él para proseguir.

Demuéstranos aquí *Robinson* con su ejemplo cuanto deben cuidar los hombres, aun aquellos que menos imperfectos parecen, de no dejarse dominar de sus pasiones. Si antes no se hubiera entregado á un excesivo júbilo, no se rendiria ahora á la estremada melan-

colía que enteramente le ofusca la razon, y llevaria con mayor conformidad este reves, conservando bastante despejado el entendimiento para reflexionar que á la providencia del Omnipotente sobran mil medios de aliviar nuestras angustias cuando se nos figura que ya ninguno resta.

Casi desesperado se manifestaba *Robinson*, y su vasallo apuraba todos los modos de consolarle. Pero hé aquí que de repente oyen hácia la espalda del cerro un estrépito como de pasos de muchos hombres juntos. Levántanse precipitados; miran hácia donde sentian el bullicio; y agradablemente sobrecogidos, ven al capitan, que, acompañado de algunos de los suyos, venia subiendo el repecho. De un brinco que dió *Robinson* ya estaba en los brazos del capitan; y volviéndose al otro lado descubre el navío anclado en un estero de la costa occidental de la isla ¡Considerad cuan pronto se les disiparia la tristeza! — Al instante se im-

puso en que el capitan mucho antes del amanecer habia mudado de fondeadero, eligiendo por mas cómoda y segura aquella ensenada.

No acertaba *Robinson* á desprenderse de los brazos de su libertador, siendo igual el rogocijo de ambos, é iguales las enhorabuenas y gracias que recíprocamente se daban. Refirió el capitan de que modo habia logrado enseñorearse del bajel, sin que de ninguna de las dos partes hubiese habido muerto ni herido alguno. Como se habia acercado durante la obscuridad de la noche, no vieron los contrarios que venia él entre los marineros; y así los admitieron á bordo sin el menor reparo. Los mas revoltosos quisieron al pronto defenderse; pero fue vana su resistencia, porque no solo los prendieron, sino que los aseguraron con grillos.

No bien dió fin á su relacion el capitan, cuando empezó á desahogarse con espresiones del mas tierno reconocimiento á su protector. Vos sois, le

dijo, arrasándosele los ojos de lágrimas, vos sois, generoso europeo, quien, no menos compasivo que prudente, me ha salvado, y me ha restituido mi buque. Vuestro es; y de él y de mi persona podeis disponer á vuestro alvedrío. Presentó despues varios comestibles y refrescos que habia traido de la embarcacion; y todos participaron de un almuerzo que, sazonado con la alegría, no podia ser mas sabroso.

Entretanto contó *Robinson* en breves razones lo principal de sus inauditas aventuras, que causaron singular admiracion al capitan. Luego le preguntó este que le mandaba hiciese en favor suyo; á lo cual respondió *Robinson*: Ademas de lo que hemos estipulado, tengo que pediros tres mercedes en pago de los auxilios que me habeis debido. La primera es que aguardemos á que vengan los españoles y el padre de *Domingo*; la segunda, que recibais á bordo de vuestro navío no solo á mí y á mis compañeros, sino tambien á to-

dos los españoles, con obligacion de dirigir el rumbo á Cadiz, y desembarcarlos en su patria; y la tercera, que perdoneis la vida á los marineros cabezas de la sedicion, sin imponerles otro castigo que el de quedarse en esta mi isla, pues será el medio mas eficaz para que se enmienden.

El capitan, despues de prometer que así se ejecutaria todo puntualísimamente, mandó traer los presos; separó los mas traidores, y les intimó la sentencia, que ellos oyeron con no poca satisfaccion, porque no ignoraban que, segun las leyes, eran reos de muerte. *Robinson*, siempre lleno de humanidad, les dió útiles instrucciones acerca del modo de buscar la necesaria subsistencia, á cuyo fin ofreció dejarles su verdadero tesoro, que se reducia á las herramientas, los muebles, y el ganado. Encargóles una y otra vez la confianza en Dios, la concordia y el amor al trabajo, asegurándoles que el ejercicio de estas virtudes contribuiria mas que

nada á hacerles grata la mansion de aquella isla.

Mientras esto les decia, llega *Domingo*, tan acelerado que le faltaba el aliento, con la plausible noticia de que ya venia su padre en compañía de los españoles, é iba á saltar en tierra inmediatamente. Por pronto que acudieron todos á recibirlos, ya estaba el indio abrazado de su padre cuando llegaron ellos.

Estrañó *Robinson* que entre los recien venidos hubiese dos mugeres; pero informándose del anciano, supo que eran naturales de la misma isla de donde venian, y que estaban casadas con dos de los españoles. Apenas entendieron estos que, ausentándose *Robinson*, dejaba en su isla algunos marineros, le suplicaron les permitiese quedarse allí avecindados con sus consortes, respecto de que, segun las noticias que de aquel territorio les habian dado, no podian apetecer mejor establecimiento.

Aprobó *Robinson* su solicitud; y con

mucho gusto les concedió lo que pedian, celebrando infinito se arraigasen en la isla dos sugetos de quienes todos los compañeros daban los mejores informes, y que podian reducir aquella nueva colonia de gente revoltosa á vida pacífica y bien ordenada. Con esta mira resolvió hacerlos cabezas y directores de toda la poblacion.

Los que habian de quedarse domiciliados en la isla eran seis ingleses, y dos españoles con sus mugeres. Convocólos *Robinson*, y declaróles su voluntad en este razonamiento.

» Supongo que ninguno de vosotros me negará el derecho que tengo para disponer segun me parezca de esta isla y sus pertenencias, como que dependen de mi absoluto dominio. Deseo igual bien-estar á cada uno de los que aquí dejo: mas como para establecer sólidamente su fortuna se requiere cierto órden y método, que á mí solo toca prefijar, declaro que substituyo en lugar mio á los dos españoles, á quienes de hoy en

adelante habeis de reconocer como á legítimos señores de la isla. Todos les prestareis la mas completa obediencia: solo ellos tomarán posesion de la fortaleza, y tendrán allí su morada; solo ellos serán depositarios de todas las armas, pertrechos y municiones de guerra, y de todas las herramientas, que os prestarán siempre que las necesiteis; pero con condicion de que habeis de ser constantemente pacíficos y arreglados. En los peligros os unireis para vuestra comun defensa. Las labores, ya de sementera, ya de huerta, se han de hacer por todos; y entre todos se han de distribuir los frutos de cada cosecha por iguales partes. —Tal vez lograré algun dia proporcion de recibir noticias vuestras: tal vez podré tomar la determinacion de venirme á acabar mis dias en este retiro; pues ahora mismo estoy sintiendo cuanta aficion le he cobrado. Entonces ¡pobre del que hubiese quebrantado mis leyes en la menor cosa! Se le encerraria al instante en una endeble cesta, y se le arrojaria,

sin apelacion ni clemencia, á las olas del mar embravecidas de la mas furiosa borrasca."

Todos aceptaron gustosos los nuevos estatutos; prometiendo una subordinacion sin límite.

Formó luego *Robinson* un apuntamiento de los efectos ó enseres que dejaba en la isla, y de unos cuantos que habia elegido para llevárselos consigo. Estos eran: 1.º Los vestidos de pieles, que él mismo se habia hecho; el quitasol y la máscara: 2.º La lanza, el arco y el hacha de piedra; obras tambien de su industria: 3.º El papagayo *Pol*, el perro de aguas y dos llamas: 4.º Varios mueblecillos trabajados mientras vivió allí solitario: 5.º El oro en polvo, los diamantes, y por último el grano de oro, que era enteramente suyo.

Embarcado ya todo esto, y corriendo viento favorable, se determinó la partida para el dia inmediato. Dispusieron *Robinson* y *Domingo* un convite, á fin de dar antes de partir una especie de festin

al capitan, á toda su comitiva y á los individuos de la colonia. Sirvieron los mas regalados manjares que tenian, y no sabia el capitan encarecer con palabras la admiracion que le causaba la habilidad de *Robinson* en el arte de agasajar á sus huéspedes. Imitando aquella liberalidad, y deseoso de contribuir con algo en beneficio de los nuevos habitantes, mandó traer del navío buena porcion de víveres, pólvora, hierro y varios instrumentos, que regaló á la colonia.

Al caer de la tarde pidió *Robinson* le dejasen solo por espacio de una hora, pretestando tener que arreglar antesde su partida algunos asuntos de importancia; y así que todos se retiraron, subió á la colina, donde recorrió con la memoria la serie de los sucesos que durante su mansion en la isla le habian acaecido, y se esplayó su ánimo en tiernos afectos de filial gratitud al bienhechor supremo. No alcanzan mis voces á espresar lo que solo pueden comprender y sentir almas tan piadosas como la suya.

—

Llegada la hora del embarco, exhorta *Robinson* á sus colonos muy de veras al trabajo, y señaladamente á la virtud y religiosa conducta; y llevándolos á todos en su corazon, los recomienda como hermanos á la misma proteccion celestial cuyos benignos efectos habia esperimentado siempre. Se complace en tender la vista por aquellos contornos, y en repetir al Señor humildes gracias no solo de haberle conservado hasta entonces, sino tambien de que finalmente le sacase de allí por medio de prodigios dignos de su bondad y sabiduría inmensa. Con una voz comprimida se despide por la última vez de los moradores que dejaba en su isla; y pasa á bordo en compañía de *Domingo*, de *Joviano* y de los españoles.

Teodora. ¡Eh! Ya se nos acabó la historia.

Juan. Espérate.—¿Qué sabemos si todavía sucederá algun lance que no le dé lugar á partir.

El padre. Refrescó el viento, y soplaba tan propicio que les parecia iba huyendo de ellos rápidamente la isla. Mientras pu-

dieron divisarla se mantuvo *Robinson* sobre el alcázar, sepultado en un melancólico silencio, sin apartar los ojos de aquella tierra que despues de una estancia de doce años, y de tantos trabajos en ella padecidos, le merecia no menor afecto que su misma patria. Por fin, habiendo perdido de vista la isla y el mas encumbrado picacho de sus montes, se retiró con *Domingo* y *Joviano* á la cámara del capitan para desahogar su oprimido corazon en agradables y amistosos coloquios.

Fue la navegacion de las mas felices, porque al cabo de veinte y cuatro dias dieron fondo en *Cadiz*, y echaron en tierra todos los pasageros españoles.

Procuró *Robinson* informarse en aquella ciudad del paradero del negociante á quien pertenecia el tonel de polvos de oro salvado del naufragio; y tuvo el gusto no solo de dar con el dueño, sino tambien de saber que con recobrar el oro saldria de un estrecho conflicto en que se veia; pues de resultas de la fatal pérdida del navío habian decaido

de tal manera sus intereses, que se hallaba en vísperas de *quebrar*.

Henrique. ¿Y qué es *quebrar*?

El padre. Cuando un hombre debe mas de lo que puede pagar, se apoderan de lo que le queda en sér para repartirlo proporcionalmente entre sus acreedores, los cuales pierden así mayor ú menor parte de lo que se les debia; y entonces se dice que aquel sugeto ha *quebrado*, ó ha hecho *banca-rota*.

El tonel de oro en polvo era mas que suficiente para cubrir las deudas del comerciante; y este, á impulsos del agradecimiento, queria presentar por dádiva á su bienhechor el importe de lo que sobraba; pero *Robinson*, lejos de aceptar la oferta, le declaró se daba por bastante recompensado solo con la satisfaccion de haber llegado á tiempo de precaver la quiebra de un honrado negociante.

Volvieron á hacer á la vela para Inglaterra; y en este viage sobrevino la desgracia de haber caido *Joviano* gravemente enfermo, sin que alcanzasen á

mejorarle cuantos remedios se le suministraron. Ya podeis inferir cual seria el desconsuelo de *Domingo* cuando recibió el triste golpe de la muerte de un padre á quien amaba entrañablemente. Los dos llamas perecieron tambien, por no haber podido resistir la navegacion y el aire del mar.

Llegó, por fin, el navío á *Portsmouth*, puerto muy nombrado de Inglaterra. Allí esperaba *Robinson* encontrar á la viuda para quien trahia los diamantes; y en efecto la halló; aunque en la situacion mas lastimosa: pues no habiendo recibido en dos años largos ni noticia de la India, ni socorro alguno de parte de su esposo, se veia reducida, en compañía de sus hijos, á la mayor miseria. Apenas les cubrian las carnes unos humildes andrajos, y la mortal palidez de sus rostros ofrecia bien manifiesta imágen de su rematada pobreza y contínuas angustias. Tuvo *Robinson* la mas deleitosa complacencia, como la tiene todo hombre benéfico en ser entonces uno de

aquellos instrumentos de que se vale la misericordiosa providencia para aliviar los males de los desventurados, enjugando sus lágrimas. Entregó los diamantes; y cual planta marchita que mansamente regada con su fresco rocío recupera la perdida lozanía y verdor del tronco y de las ramas, así aquella lánguida familia empezó á revivir y descollar con el benigno influjo de la abundancia y alegría á que para siempre habia ya renunciado.

Hallábase por dicha en aquel puerto un navío pronto á salir con destino á *Hamburgo*; y *Robinson*, que por su escrupuloso miramiento temia ser ya gravoso al capitan ingles, se despidió de este, y se embarcó con *Domingo* en aquel bajel, que no tardó en levar anclas y darse á la vela.

Prosiguiendo felizmente su viage, llegó á la boca del *Albis*; y ya no le cabia el corazon en el pecho de verse tan cerca de su amada patria, cuando una violenta borrasca, que se levantó inopinadamente, impelió el buque hácia la

costa. Valiéronse de todo el esfuerzo y destreza imaginables para virar de bordo y largarse á la mar; pero en vano, pues un furioso torbellino, superando las mas activas maniobras, arrojó la embarcacion á un bajío de arena con tal ímpetu, que se deshizo la quilla y asimismo gran parte de la bodega.

Introdúcese consideberable porcion de agua, que inunda el buque; y desesperanzada la gente de poder libertarle, apenas tiene tiempo de saltar en las lanchas para evitar la muerte.

Aportó *Robinson* con sus compañeros á *Kuxhave*, como un infeliz pasagero que despues de haber naufragado, y no una vez sola, no habia salvado de todas sus riquezas otra cosa que su fiel perro de aguas, el cual se habia echado al mar para seguirle, y *Pol* su papagayo, que al tiempo de pasar á la lancha se le habia posado en el hombro. Algunos dias despues, sabiendo que entre los efectos que se sacaron del navío habia parecido su quita-sol y el vestido de pieles,

los rescató; mas el pedazo ú grano de oro se perdió para siempre.

Juan. ¡Pobre *Robinson*!

El padre. Ahí le teneis ya tan rico como cuando salió de *Hamburgo*; y quizá permitió Dios tal pérdida para escarmiento de otro cualquier jóven inconsiderado que, deslumbrado con el ejemplo de *Robinson*, en caso de que hubiese trahido caudal, quisiese aventurarse tambien á correr fortuna por si tal vez se encontraba otro grano de oro. No por esto se afligió nuestro héroe; pues hallándose firmemente resuelto á pasar el resto de su vida con la misma sobriedad y laboriosa aplicacion á que se habia acostumbrado en su isla, no tenia cifrada su felicidad en la posesion de aquel tesoro. Harto mas sensible le fue la noticia que le dieron en *Kuxhave* de haber fallecido su madre; aquella madre que tan tierna y amargamente le habia llorado. Embarcóse allí á bordo de otro bajel que pasaba á *Hamburgo*, adonde llegó, por fin, á descansar de sus lar-

gos é increibles trabajos. Saltó aceleradamente en tierra, palpitándole de alegría el corazon; y á no haber sido por la sujecion que la publicidad le daba, se hubiera postrado para besar el suelo de su pais nativo. Rompió por medio del gran concurso de curiosos, y fué á parar á la hostería mas inmediata al muelle.

Desde allí envió una persona con encargo de ir preparando por grados el ánimo de su padre para recibir la noticia de la inesperada vuelta de un hijo, contado ya por perdido. Iba impuesto el mensagero en que empezaria no diciendo mas al anciano sino que un sugeto deseaba hablarle para darle algunas nuevas favorables de su hijo: despues añadiria que este venia ya caminando hácia *Hamburgo*; y por último le declararia que el portador de tan fausta noticia era su mismo hijo. No tomando esta precaucion, tal vez el inmoderado alborozo podia sobrecoger al bueno del padre, de modo que le costase la vida.

Luego que anticipó *Robinson* este recado, como todavía se acordaba muy bien de las calles, parte volando á su casa. Llega; y arrebatado de un inesplicable enagenamiento, se abraza estrechamente con su padre, que de puro gozo temblaba.——Ay, padre!——¡ Ay, hijo mio!—Esto fue lo único que se pudieron decir. Enmudecidos, palpitantes, sin respiracion, se quedaron asidos el uno al otro, hasta que un torrente de deliciosas lágrimas se desahogaron aquellos corazones, oprimidos del regocijo.

Domingo, embelesado y absorto con la multitud de objetos desconocidos que se ofrecian á su vista, callaba sin pestañear y con la boca abierta, no saciándose de mirarlo todo, particularmente el primer dia, en que segun estaba de confuso y desatentado, casi nada percibia de lo que tenia delante.

Voló enteramente por la ciudad la noticia de la llegada de *Robinson*, y de sus maravillosas aventuras. Todo era

hablar de *Robinson*: todos anhelaban verle, y oirle contar su historia. La casa de su padre no se vió en muchos dias vacía de gente; y no podia escusarse el recien venido de repetir mañana y tarde la relacion de sus varios acontecimientos.

En medio de la narracion jamas se olvidaba de exortar á los padres y á las madres que le escuchaban, diciéndoles: *Si amais á vuestros hijos, acostumbradlos con tiempo á la piedad, á la templanza y al trabajo.* Y siempre que entre los oyentes habia jóvenes, añadia este saludable consejo: *Obedeced, amados mios, á vuestros padres y maestros, aprended con esmero cuanto podais: temed á Dios; y precavéos, sí, precavéos de la ociosidad, que es madre de todos los vicios.*

El padre de *Robinson*, que era corredor del comercio, deseaba que su hijo se adestrase en este manejo para que algun dia pudiese sucederle en el mismo destino; pero *Robinson*, habituado á

pasar tantos años entretenido con el trabajo corporal, pidió permiso para dedicarse al oficio de ebanista. No habiéndole forzado su padre esta inclinacion, entró de aprendiz juntamente con *Domingo*; y en el espacio de un año adelantaron de tal manera, que presto se les recibió en el gremio de maestros examinados.

Pusieron ambos un taller, y pasaron su vida como amigos fieles y compañeros inseparables, despues de haber recibido *Domingo* el santo bautismo. La aplicacion y la sobriedad habian llegado ya á ser en ellos como segunda naturaleza, tanto que nunca les fue posible malgastar medio dia en el ocio ni en francachelas.

Para frecuente recuerdo de su anterior vida solitaria señalaron un dia de la semana, que habian de pasar, en cuanto fuese dable, del propio modo que cuando habitaban en la isla. La mutua concordia, la benignidad en perdonar las faltas agenas, la beneficencia

con sus conocidos, y la humanidad hácia todos sus prójimos eran virtudes con que se familiarizaron en tal conformidad, que no alcanzaban como habia quien sin ellas pudiese vivir tranquilo. Distinguíanse especialmente por su acrisolada y activa piedad; y así merecieron que la visible bendicion del cielo prosperase todas sus útiles tareas; llegaron con salud y paz á una edad avanzada; y la mas remota posteridad respetará la memoria de dos hombres que con el ejemplo han mostrado á sus semejantes como podemos todos procurar honradamente nuestro bien-estar en la tierra, y granjear la eterna felicidad de la salvacion.

Dijo el padre: y se mantuvieron sentados un breve rato los jóvenes, reflexionando entre sí que cada uno de ellos podria conseguir otro tanto con perseverar en el eficaz propósito de abrazar una vida igualmente virtuosa.

FIN.





